FARAGUAL
Y OTROS CUENTOS

Changmarín

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Impreso en Panamá
Por:
Imprenta Articsa

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

FARAGUAL

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Changmarín

FARAGUAL
Y OTROS CUENTOS

Manfer, S.A.
PANAMA 1, REP. PANAMA

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

La presente edición obedece al interés demostrado por la Universidad Nacional de Panamá y las escuelas secundarias del país por los cuentos de Changmarín.

Esta obra ha sido recomendada "como material de consulta para educadores, alumnos de educación media y universitaria", por el Ministerio de Educación de Panamá.

Se publican aquí cuatro cuentos del libro "Faragual, Segundo premio del Concurso Nacional de Literatura" Ricardo Miró, de 1959; "Seis Madres", premio nacional de 1947; "El Hombre de Catival", del libro de relatos de la cárcel: "Mansión de la Bruma" y otros cuentos, para ofrecer una muestra variada de la obra del autor, a través de distintas épocas.

—Los Editores—

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

INDICE

Página	
11	Faragual
25	La Vaca
35	La Tempestad
45	El Velorio de Nicolás
55	El Visitante
69	Seis Madres
87	El Diario de la Yegua del Alcalde
99	El Tigre
111	El Gato
121	El Hombre de Catival
127	Galápago en su Concha

Ilustraciones de Raúl Rolando Rodríguez, Herrerabarría Gisela Quintero y del Autor.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Faragual

A los campesinos del Sur de Soná.

Mes de diciembre. . . blancas nubes, cielo azul claro. Al fondo el sol encendido, sumergiéndose en lejanas y ondulantes colinas espolvoreadas de luz. Sobre los potreros inacabables cunde el oro viejo. El panorama ancho de yerbales parece un océano caprichoso de plumas y de moños que se mecen bajo la brisa moribunda, a veces verde ocre, y a veces de un castaño dorado. Cuando el viento cambia un poco y el sol agoniza, entonces la paja florecida se va tornando de color amarillento a rosa vieja. En ese mar de yerbas el ganado pace entretenidamente. Se multiplica el bramido.

Muge dolorosamente el viejo toro y en el horizonte crepuscular responden los terneros, cuyas siluetas graciosas son salpicadas de reflejos cegadores. El pajonal, estremeciéndose, doblega las cuchillas lanceoladas de sus hojas hasta rastrear el suelo.

Cede el azul. El cielo cambia su camisa por una franela roja. Amarillea a trechos. Sombras azafranadas y parduscas caen en las partes quebradas de las pendientes. La luz juega, sin embargo, en los perfiles de los cerros, altiplanos y montículos; como en las ramas de antiguos macanos y lagartillos. Poco a poco va oscureciendo el potrero inmenso, bajo el

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

suave aleteo de palomas que regresan a sus nidos y la música de millones de grillos veraneros.

Es la faragua florecida de las grandes haciendas de ganado; recortada contra un cielo maravilloso.

Cuando la estación seca avanza, entonces la faragua, reina de las yerbas, deja caer silenciosamente la semilla. Son pequeños y delgados estambres de color oscuro, que se mueven como un pueblo de hormigas. Van cayendo a la pata del matojo. Al mediodía, con el calor, caminan, andan como animaluchos de un lado a otro. Más tarde serán recogidos por los peones, para ser guardados en sacos y regados a su tiempo, en nuevas superficies, donde restallarán y millones de hojas nuevas poblarán las distancias de yerbas y más yerbas que han de servir para el ganado.

La hermosa faragua, bajo el atardecer, no sólo es bella y cadenciosa, sino que tiene un alto poder alimenticio para las vacas. De fácil crecimiento y reproducción, firme y siempre jugosa, se hizo presente e indispensable cuando las praderas de pastos naturales se agotaron.

Los dueños antiguos de la tierra comenzaron a dar parcelas a los campesinos para que las dedicaran al cultivo arrocero, con el compromiso de sembrarlas de faragua una vez que obtuvieran la primera cosecha.

Pero la faragua no sólo es alimenticia, sino temible.

Aquellas rudas manos de los pobres labradores, que echaron la menuda semilla en la tierra, iban, a la vez, cercando fatalmente su existencia de puñales que un día degollarían sus esperanzas humanas. Muy pronto, con el reventar de la semilla, quedaban encercados de potreros. Y la faragua volaba con el viento poblando aquí o allá, mordiendo la buena parcela; castigándola vorazmente; apretando su arcilla; aniquilando su negro humus; succionando su nitrógeno; en fin, devastando, porque allí en donde el faragual hincaba sus raíces, jamás solía levantar otra verdura.

La tarde fenecía.

El ganadero en su auto, junto al corral, ordenaba cosas a los peones y se detenía a mirar la vastedad de yerba salpicada de rayos de sol, meneada dulcemente por la brisa, y sonreía con gran satisfacción. Arrebujados entre la boñiga del ganado

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

y la miseria de las hirsutas cercas, arrinconados por su destino de hambre, los labradores hallaban que el atardecer sobre el faragual era un hondo océano de tragedia y desesperación.

—Faragual perrísimo, que noj arrabatjte er piazo e tortilla e la boca!

La lluvia cayó a fines de abril. No fue más que una ligera "garuita". Sin embargo, arreció, y luego los goterones sopetearon el suelo negro, recién quemado, y se hincharon las quebradas resecas. Los campesinos prepararon la semilla de arroz; afilaron chuzos de madera, y unos días después sobre la roza común, ve.. icinco familias sembraron, bajo ardiente sol, los dorados granos. El tiempo tenía cara de ser bueno.

El cielo estaba azul; la tierra, renegrida y suave. Los trabajadores, contentos, chuceaban el terreno; detrás iban las mujeres y los niños echando los granitos. Por la tarde volvería a llover como en días anteriores, y en ese tenor, ya para el mes de septiembre tendrían la primera cosecha.

Detrás de un fárrago de papeles, libros y periódicos, levantó su cara de ganzúa el jefe de tierra.

—¿Qué quieren?— —interrogó secamente.

Los campesinos ataviados con la tradicional "cotona" blanca y los pantalones de dril chino azul; con los sombreros de "cogollo" en las manos y los mechones de cabellos sobre las arrugadas y pálidas frentes, se miraron entre sí, y después de un rato, el hombre más hecho tomó la palabra.

—Siñol, unoj semoj la gente de la Llaná.

—Ah, ya sé . . . momento, momento. . . espérenme un momento— y tarareando un viejo son siguió hurgando expedientes, escrituras, planos, códigos. . . se incorporó; pasó a la oficina del gobernador.

El gobernador con una mano se rascaba la panza y utilizaba la otra para trazar una firma analfabeta. Los campesinos, intimidados, estaban como estatuas sobre sus anchas piernas y seguían con la vista temerosa los movimientos nerviosos del administrador de tierras. El viejo oficinista, como una cucaracha, hurgaba aquí y allá. No tenía fin su oficio de enredador de pleitos, de bellaco sempiterno, acostumbrado a poner a un pobre contra otro; cobrar dinero a los dos, para luego entregar el título de la tierra a un tercero. Muy enten-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

dido en el negocio de dar escrituras falsas, o transar con ricos terratenientes la forma de incluir diez mil hectáreas en donde figuraban legalmente mil. Con ese método no era de extrañar su menosprecio, a primera vista, hacia la gente paupérrima que le visitaba diariamente. Harto y aburrido de oír quejarse a los desgraciados del campo, los aborrecía, excepto cuando podía extraerles la sangre a trozos, las gallinas, los cerdos, en pago de sus trucos y engaños.

Los trabajadores sabían todo esto y se lo hablaban con los ojos, mientras le miraban ir y venir, cosa de nunca acabar. Pero no se atrevían a preguntar nada ni a solicitar audiencia. Habían llegado muy temprano, tras de caminar horas y horas, pero el funcionario sinvergüenza aún no tenía tiempo para ellos.

Al fin y al cabo, cuando ya se le ocurrió dijo:

—Ah, sí, ustedes son los de la Llanada. Ajá... para ver... sí. Pués, miren, aquí ha venido don Julio. ¿Lo conocen?

—Sí señol — respondieron a coro los atemorizados campesinos.

—Bueno distinguidos ciudadanos. Don Julio me trajo estos papeles. Aquí están. Léanlos. - - Extendió una vieja escritura. Los hombres miraron por encima del bulto.

—Tenga la bondad e lejlo ujté, siñol, que uno no sabemoj. Muy bien. No hay necesidad, jóvenes. Se trata de que don Julio quiere que suelten este terreno, pues legalmente le pertenece.

—Siñol — dijo el hombre más hecho - - ejta tierra ej di uno. Ujte mejmo noj certificó jace año, que era tierra libre.

—Je . . . je, está bien. Yo dije eso. Pero don Julio dice otra cosa. Luego entonces, muchachos, no sean tontos, busquen un buen abogado . . . miren, yo tengo un compadre. . .

Los hombres no oyeron las últimas palabras del administrador y salieron de la odiada oficina.

Ya el monte estaba cortado. Pronto iba a llover, pero no había dinero para pagar un abogado por la defensa. Los licenciados, como todo mundo lo sabía, resultaban por lo general, tan pícaros como los administradores de tierra y los terratenientes.

Cuando los hombres llegaron a la "Llaná" pensaban

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

3 4189 00019 6759

estas cosas. Luego, circularon las noticias. Al son de la cena y el chisporroteo de las brasas se hacían los comentarios. En la choza de aquel hombre más hecho se reunió la mayoría de los trabajadores y cada quien, en su lenguaje primitivo expuso el problema.

Nadie se acostó tranquilo.

Se sabía que don Julio agrandaba sus potreros y que desde hacía mucho tiempo le tenía ganas a los montes de la "Llaná". Pelear en las oficinas con don Julio era "pelea de tigre con chivo amarrado".

Estaba acostumbrado a ganar cuanto pleito se presentara. Para dar gusto a esa manía ponía toda la millonaria hacienda. Con tres toretes pagaba a un abogado; con uno más compraba a un administrador de tierras, a un alcaldesillo de distrito. Era dueño de ganado en este y aquel potrero; en la montaña y en los manglares. Vacas montaraces que debían ser cogidas a punta de escopeta.

Don Julio era peleador, porque se había levantado de la nada y realizando los más difíciles y riesgosos oficios. Comenzó de cimarronero. Para eso, tuvo que tener olfato de traficante y bandido. Pero andando el tiempo, se hizo poderoso. Y ahora era rico. Cuando iba en la mula, mascando su tabaco, escupiendo al paso de los campesinos, con la cara colorada debajo de su sombrero alón, nadie podía atravesarse en su camino sin previa inclinación.

—Buenos días, "Ñopo".

Con el poder del dinero en sus manos, en la faena política sacaba diputados, apoyaba candidatos a la presidencia; nombraba y quitaba alcaldes; festejaba curas. ¿Qué asunto podía ponerse frente a su ambición que no pudieran sus garras de pícaro de mundo apresar?

Muy al contrario los pobres labradores no poseían otra cosa que el monte recién tumbado, en donde cabrían veinticinco latas de semilla, maíz, frijoles y matojos de yucas, otoes y algunos plátanos.

Era cierto, que los domingos, don Julio y los labradores recibían la misma ceremonia en la iglesia. Ambos pedían a Dios la felicidad. Unos, los campesinos, rogaban para que el administrador de tierras, no les arrebara el monte ya tum-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

bado, y don Julio oraba para que el administrador sacara de ese mismo monte a los campesinos. A la hora de la limosna, la señorita que portaba el platillo abría sus ojos cuanto podía, cuando don Julio echaba diez pesos de plata, resonando cada uno, con metálico son, en toda la amplia nave. La gente iba contando: uno, dos, tres, cuatro, etc. Don Julio entornaba sus ojos, para levantarlos al fin y dirigir una mirada al altar mayor, de cuya parte superior, en una tabla, había pintado un ojo de iris azul, bien abierto y muy grande; el ojo de nuestro Señor, que miraba lo bueno y lo malo.

Los labradores no se quedaban atrás en cuanto a profesión de fe, y entonces al pasar la muchacha el platillo le musitaban por lo bajo: —Niña! — Y la muchacha, un poco admirada del asunto, porque suponía que esos pobres diablos nada podían dar, extendía dudosa el platillo relleno, como para que los limosneros no fueran a poner un real y sacar un peso. Y entonces los labradores sacaban sucios pañuelos de las faltriqueras, y de los reales que traían para la sal, la manteca y la "medecina" del niño, escogían la pesetita más limpia, más brillante entre sus dedotes ásperos y con devoción la depositaban en el esplendoroso platillo de nuestro Señor.

- - ¡Ave María Purísima!

"El esclavo debe resignarse a su suerte, y al obedecer a su amo, obedece a Dios".

San Juan Crisóstomo.

Frente a la roza, se espelucaban los potreros. Más allá, el ruin caserío: ranchos fantasmagóricos bajo la luz de una luna cadavérica. Fogones fríos, mesas vacías. Sin embargo, decían algunos hombres, cambiando una gallina, vendiendo un puerquito, podían juntar unos billetes. Y así deseosos de hacer parir la tierra, con el sudor y el dolor, llegaron al pueblo en busca de un abogado honesto, lo cual era como hallar una aguja en un pajar. Aún con la corbata fresca de luchas estudiantiles recién había llegado a la ciudad un joven abogado, lleno de bríos, como la escoba nueva, y sin contaminaciones con los negocios turbios de los ricos del lugar. Uno para los

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

otros se encontraron; realizaron entrevistas; visitas al terreno, discusión en torno a la pobreza de ellos y a la inexperiencia de él, y así hubo el necesario entendimiento para la no pequeña empresa de pleitear con el campeón de los pleitos de la provincia, don Julio.

En tanto se tramitaban las necesarias diligencias, los trabajadores continuaban vigilando su terreno y llevaban noticias al licenciado; y crecían diarias e interminables ilusiones. El abogado cumplía sus tareas a pedir de boca. El negocio subió al Tribunal Superior, y para sorpresa de la provincia entera, y de don Julio, el fallo resultó a favor de los campesinos de la "Llana". Lo que venía a ser como cosa hecha del diablo, ya que en la historia republicana, no se había visto que un Tribunal fallara en contra de un rico ganadero. Pero eso fue explicado, y lo supo el abogado, por intereses encontrados con otro ganadero rico, político y de mayor influencia en esos momentos; el cual tenía parientes entre los magistrados del referido tribunal. De la contradicción entre los dos ricos, se valió el joven licenciado y metió la cuña de la "Llana", obteniendo así uno de sus primeros triunfos.

La noticia llenó de júbilo a los incrédulos trabajadores.

Dieron gracias a Dios y prometieron pagar la otra parte del dinero del abogado, con la primera cosecha. Consideraron que no había abogado más inteligente en el país, y echaron, como siempre, a volar planes sobre la quema, la siembra y los demás menesteres. Fueron felices alguna vez.

Vino el tiempo de quemar y lo hicieron. Las llamas favorecidas por el viento suave, consumieron los árboles caídos los bejucos y matojos resecos. La quema resultó buena. Hubo poca necesidad del "balseo" posterior. Empezaron a construir la cerca con cuerdas de alambre extraída del mismo monte. Y como se dijo al principio, llegó abril, llovió y la gente procedió a sembrar. Debajo de tanto sudor, calamidad, y esfuerzo muscular, emergía la esperanza de todo hombre sano, que tiene certeza del valor de su trabajo y confía en que ha de triunfar.

Sobre la necesidad de satisfacer el estómago, de cubrir el pellejo con unas yardas de dril y emparapetar el rancho, aparecen ilusiones, amores, inspiraciones, y hasta poesía, que el

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

agricultor, cuando regresa, al anochecer, va improvisando con los últimos lamparazos de la tarde. La roza, el camino, el arroz amarillando, el maíz con la barba violeta que despunta, las muchachas que vienen a dejar comida, o a cosechar hermoseadas con sombreros de cogollo blanco . . . todo ello, a pesar de lo simple y primitivo, tiene para el agricultor el sentido de la vida. De allí que tras de la semilla tirada en un hueco humecido, vayan las esperanzas de días mejores y las ganas de vivir en el mundo. Es una migaja de felicidad en la miseria humana. Sentados en las banquetas rústicas o los tucos, tras de cenar frugalmente, mirando en lontananza, el hombre va imaginando apretados matojos de arroz, abultadas mazorcas de maíz, grandes hojas de otoes, verdes sandías, tiernos frijoles . . . Entonces dan ganas de salomar y hasta de ir a otro caserío, bajo la noche de luna, en pos de las muchachas casaderas.

El tiempo sería bueno, según pronósticos de los viejos labradores. Llovería lo suficiente. Por otro lado, se había derrotado a don Julio, y los comentarios halagaban a los hombres de la "Llaná". En fin la tierra era de ellos.

¿Qué más podían desear?

Dentro de breves días el arroz iba a brotar del suelo.

Primero serían como tiernas agujas verdes, pero ya, al día siguiente desarrollarían como pequeñas matitas. Luego, muy rápidamente aumentarían de tamaño, y lo que fue una mancha negra de tierra quemada se transformaría en una sábana de color verde amarillo, ondulante, llena de rocío, alegre y feliz. Si el tiempo era pródigo en lluvias, pronto las ondulantes colinas se vestirían de un relampaguente verdor, y el aire tomaría ese perfume característico de matas que trasudan oxígeno y vapor de agua; de yerbas recién cortadas, de capullos de maíz nuevo.

Y pasaron algunos días, hasta que, al parecer, todo iba a resultar así. Pero un día . . . un día, los hombres más avezados descubrieron algo. Al principio les pareció imposible, pero después pensaron que no era mucha cosa, aunque, al fin, terminaron por comprender en toda su trágica magnitud.

La noticia corrió por el caserío; pasó a los campos vecinos hasta llegar a las más remotas comarcas. No había forma

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

de luchar contra eso. Los trabajadores desesperados quisieron, mediante "juntas", eliminar el peligro. Muy pronto se dieron cuenta que el asunto era total e imposible de vencer, a esas alturas.

—Junaputa!

—Junaputaja, carajo!

A don Julio lo hallaron una semana después, tirado en el camino real. Una sola cuchillada le había sajado la barriga. Los campesinos le esperaron en una revuelta del sendero. Aunque venía acompañado de sus mayorales y demás mozos, no tuvo escape. Los labradores le cayeron como fieras. Pero bastó una cuchillada.

Aquel campesino más hecho, el tímido de la oficina de tierras había amolado la tarde anterior su cuchillo de "cocaíta". Lo afiló como una navaja; se bajó los vellos de la muñeca para probar el filo, y pensó que estaba bien así.

Don Julio cayó del macho al suelo. Trató de sacar el revólver, pero la cuchillada había sido honda y tajante. Metida con odio tremendo, con odio viejo, colectivo, fue suficiente para sacarle las tripas. La sangre barboteó. Los mozos huyeron. Los agricultores se dispersaron.

El rico de don Julio se estuvo muriendo allí, poco a poco, con las azules vísceras sobre las "cerbulacas" del camino. Un peón regresó entonces; buscó frescas hojas de plátano y con el mayor cuidado fue colocando el mondongo del amo, a manera de tamal, en ellas, y empezó con la basta de su camisa a limpiar las tripas de las arenas del suelo. A pesar de la claridad de la mañana, empezaron a llegar moscas de todos los tamaños. Unas moscas verdes y zumbonas pronto depositaron la "queresa".

—Ay!

El mozo corrió entonces al pueblo.

Don Julio perdió entonces la mitad de su conciencia, y entonces su cerebro empezó a repetir viejas memorias.

> Bajaba una vez a la quebrada, cuando su ayudante le gritó: —Don Julio, viene la renta!
>
> —Carajo, muchacho de mierda. . .te dije, ponte allá y mira la vaina que haces! . . .

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Entonces Don Julio corrió al caballo y, amenazando con un viejo revólver, ordenó al peón para que se quedara en el alambique. El patrón huyó.
– ¡Don Julio . . . don Julio!
Llegaron los inspectores y, apuntándole con sus pistolas le gritaron: –"Entrégate perro, o te tiramos". Entonces el pobre muchacho fue a la cárcel y la zorra escapó del gallinero. . .

Y de vuelta a su media conciencia, el patrón que se moría, pensaba que el mozo lo había abandonado, que no quería ahora salvarle la vida, y desangrándose caía de nuevo en el sopor y volvió a la pesadilla.

Cuando era ya rico ganadero, llegó una vez a la choza de uno de sus peones. Y sólo estaba la mujer. Llovía. La muchacha era muy hermosa. El patrón se tiró en el camastro y llamó:– "oye, Chencha"!– -Entonces la tímida mujer entró. El patrón la agarró y la tiró al suelo. En eso llegó el marido y vio la lucha. El patrón se incorporó como un animal y gritó "Carajo, so pendejo, te largas o te tiro–". Avanzó con el arma, y el muchacho fue reculando, hasta abandonar el rancho.

Y desembocando en su semiconciencia, don Julio repelaba los ojos y sentía la muerte deslizarse tripas arriba. Veía entre nieblas la imagen del labrador con su puñal refulgente. . . se parecía al marido de Chencha . . . luego millares de cabezas de ganado paciendo entre yerbales fecundos. . . cientos de mazos de billetes de a cien dólares. . . Entre la perspectiva de ese montón de dinero el cura de la iglesia mayor, con sus acólitos, cantando algo incomprensible.

Y sin embargo, el señor se moría. Ni todo el ganado de los famosos potreros, ni los miles de billetes de los bancos, ni los alcaldes, diputados, administradores de tierras, ni el presidente de la república, ni el arzobispo servían en esos lamentables momentos para nada. Aún resollaba vivo, porque tenía más sangre que una vaca. Todavía podía, de vez en cuando comprender lo que le pasaba. Recordaba que los hombres de

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

la "Llaná", lo habían derribado de su macho y le gritaron: "Junaputa, muérete" . . . y le zamparon la cuchilla por la panza.

Le venía la muerte. A un lado su macho roía la yerba espolvoreada al borde del camino y resoplaba. Entonces don Julio veía multiplicarse el tamaño de la figura del macho que tomaba proporciones fantasmales. Se desangraba totalmente. Después se lo comerían los "gallotes". O sería enterrado con cruz alta y misa de cuerpo presente. De todos los lugares aparecerían parientes conocidos y desconocidos. Pelearían la herencia la misma noche del velorio. Acudirían abogados. Pero don Julio se iría finalmente de la tierra.

"La muerte con pies iguales, mide la choza pajiza y los palacios reales".

Iriarte.

Bajo el sepulcro, los gusanos darían fin a su humanidad de hombre pícaro y bribón, aunque muy bien considerado entre lo más granado de la "sociedad". Tal vez, según misas y responsos, iría al cielo, o quizá pensaban los trabajadores, a la olla eterna de los infiernos; o simplemente, lo que era peor para su noble familia, se reduciría a polvo oscuro. Pero todavía estaba acabando allí, en el camino, bajo un enjambre de moscas y bichos. Hombre tan rico, digno para morir en los brazos de una doncella aristocrática, fenecía como un puerco degollado. Se fue desangrando lentamente y se "peló".

Los campesinos dieron con sus huesos en la cárcel. Allá el hierro oxidado de los barrotes empezó a corroerles el alma para siempre. La lluvia siguió cayendo sobre el monte que un día fue motivo de pleitos, luego de siembra y de esperanza. Aquella vez echaron la semilla en medio de grandes alegrías. ¿Qué podían desear si habían ganado el asunto y tenían tierra para veinticinco familias? Después se pusieron a esperar el nacimiento del arroz, porque seguía lloviendo copiosamente. Ellos, los labradores, que eran buenos, pensaban que el mundo era así. Cifraban las esperanzas en la cosecha. Pagarían al abogado y todo saldría bien ese año.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Un día sin embargo, los más cuidadosos descubrieron algo, que al principio no les pareció dañino, pero que después fue imposible de parar: entre las matitas de arroz que ya despuntaban fueron apareciendo, como terribles soldados, las bayonetas verdiamarillas de faragua. Cómo pudo haber sido eso, si antes no hubo allí pajonal de ninguna clase? Si aquello era un monte viejo y bien quemado. ¿Algún golpe de viento? ¡No! Porque sobre la extensión de las veinticinco hectáreas crecían cada vez más tupidas, las semillas de la terrible Atila, la faragua. . .

- -Carajo, ejto ej dañu! . . .-

Primero quisieron limpiar, desyerbar; pero a los pocos días, como cosa embrujada, fue creciendo el yerbatal y en poco tiempo lo que fue esperanza, sudor, esfuerzo, lomo, ilusión, poesía, junta colectiva y saloma, se transformó en potrero, en faragual condenado e incontenible.

Y no cabía dudas acerca de la mano criminal.

Una noche —eso aconteció después que los campesinos hubieran sembrado el arroz— una suave noche de abril, los peones de don Julio llegaron a la roza de la "Llaná", mientras los trabajadores del lugar dormían en sus camastros y soñaban con olorosos arrozales de septiembre. . . El patrón, disgustado por el fallo del tribunal, avengonzado por haber perdido prestigio político, pensando en que nadie se iba a burlar de él, envió una brigada de empleados a regar de semilla de paja faragua toda la roza de un lado a otro, sin dejar trechos.

Los vaqueros, bien bebidos de ron, carajeaban, escupían y bajo la luz de la luna ancha diseminaron la semilla con toda la experiencia que dicho trabajo, bajo el mando de don Julio, les había dado.

Fue así, con sus rugosas manos, como habían regado la tierra, ya sembrada por los campesinos, ahora con la poderosa faragua, fabricando millones de pesos y mugidos de ganado para el dulce y buen amo que les pagaba salarios miserables, los sábados, sentado en su fina hamaca de cabuya y chonta.

Cuando los empleados cubrieron las veinticinco hectáreas con la semilla temible de la faragua, treparon en sus caballos y se fueron salomando, seguros de que el mal no podía descubrirse sino cuando ya fuera imposible de parar.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Don Julio, el "ñopo" premiaría con creces esa labor: rodarían las botellas de ron y todo seguiría, al día siguiente, lo mismo:

Adelante, la vaca;
atrás, la vaca;
arriba el cielo
Dios y la virgen,
Y abajo Don Julio

Santiago de Veraguas, 1959.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

La Vaca

El vallecito terminaba a orillas del fresco arroyo. Más arriba ascendía la loma en forma abrupta, entre peñascos y rosados barrancales. Después de la colina seguía una meseta yerma. Desde allí se contemplaba el caserío. Pero la meseta concluía en ondulantes altiplanos y, más adelante se empinaba un cerro, muy particular, que surgía en forma de cilindro entre las demás protuberancias, y encima, colocada en la parte más alta, una piedra enorme, redonda como una totuma de diez metros de diámetro.

Desde todos los contornos y vecinos horizontes se divisaba la roca. Tenía sus leyendas entre la gente del campo: se dijo que nadie había subido hasta allá; que los norteamericanos anduvieron clavando señales por los picos más altos del Istmo, para sus bases militares, pero que no habían podido colocar una bandera suya en la peña del cerro. Se hablaba de duendes, o de antiguos indios que moraban en sus alturas y por lo tanto, los campesinos sentían temor de trepar tan alto. No había necesidad de aventuras.

En las noches de luna, el cerro se plateaba delicadamente y sobre el vallecito caían las sombras fantasmales.

El paisaje estuvo allí, la piedra, mucho tiempo antes de la fundación del caserío, sin otro interés que la belleza monumental y sus pretiles de legendarias y oscuras tradiciones.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

¡Marzo! . . . Los yerbales se tumbaban como en un mar terroso. Las pequeñas quebradas se consumían. Escaseaba el ganado por esas regiones, porque los pastos naturales resultaban insuficientes y los campesinos eran realmente pobres. Alguien tenía una o dos cabezas de largos cuernos y pequeñas ubres. Para esta época la gente empezaba a tumbar los montes que tuvieron algún verdor, ahora derribados y destruidos por el fuego aterraban al ganado. La meseta verde en mayo lluvioso estaba reseca y cuarteada por el sol. Para el verano, las vacas merodeaban por las huertas, o iban al cerro de la peña, porque allá arriba brotaba un límpido manantial que alimentaba a oscuros y quebrados pajonales.

La vaca fue trepando. Allá arriba estaba más fresco el aire. De vez en cuando, con sus lánguidos ojazos echaba una mirada a tierra. Observaba las casitas, como pequeños dados sobre un mantel amarillento. Ya, a esa altura podía advertir que los gallinazos volaban más abajo. Comió. . . tanteó con las manos. Continuó la subida. Trepaba palpando el terreno; olfateando, afirmando los cascos.

Avanzaba, daba vueltas al cerro por las laderas. Cuando subía una distancia prudente, echaba a un lado la nuca, "jondeaba" una chistosa mirada al valle. Seguía, como un animal puede hacerlo, sin temor a duendes ni a viejos indios; iba la vaca desenredándose de bejucos y ramas de pequeños matojos, se encaramaba cuidadosamente, oliendo la altura, buscando el plan del cerro. El aire celeste atravesaba su negra nariz. Respiraba profundamente y la sangre le palpitaba de largo a largo. La tarde enrollaba su cuerda, y el sol, desovillándose se quitaba el sombrero y pasaba la mano por la frente sudorosa. Trepó y trepó el animal curioso. Desde arriba se veía que el sol enorme tropezaba con todas las colinas del mundo, hasta perderse en el infinito. Cada colina se abrochaba una camisa de distinto color. El negro de las "quemas" tomaba un matiz violeta y se evaporaba en dibujos caprichosos, compitiendo con los encarnados cerros. Abajo, el humito de las "balsas" medio encendidas. . . los caminitos que llevan a los "trabajadores" los menudos habitantes que retornan de las duras faenas. . . los jóvenes vestidos de blanco, con orgullosos sombreros y tiesos garrotillos en las manos, camino a otros case-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

ríos. . . los animales en la llanada. . . la pequeña vida bajo el inmenso espectáculo del atardecer.

La vida amaneció casi la misma como ocurre en los pequeños caseríos. Los hombres madrugaron a sus trabajos; las mujeres, al fogón. Nadie notó nada nuevo en derredor. Los pájaros rompieron la madrugada pico a pico. Primero, los "marañoneros" después, a coro las "capisucias", los "arroceros", los perdices, etc. Los hombres amolaron; las mujeres molieron. El día se hizo claro.

La cosa pasó así: el muchacho que andaba correteando por la meseta, de repente miró hacia el cerro, y de súbito se detuvo asombrado. Siguió andando, y ya curioso tornó de nuevo la vista. Se sorprendió más y luego, bajó al valle. Iba tropezando guijarros en su carrera. Perdió el "biombo". Se pasó como un venado. Echó furtivamente otra mirada al cerro. La respiración le castigaba cortantemente la sangre en su naricita. Derramó de su chácara las piedras de pajarear que traía. Y como un cabrillo saltó de roca en roca, de roca en roca, hasta que al fin bajó, y atravesó el llanito.

–Máma. . . Máma! –gritó–

Cuando la madre supo, llamó a la comadre; la comadre enteró a la vecina, y así se supo la noticia. Pero la cuestión cobró mayor asombro cuando regresaron los trabajadores.

Entonces el llanito se cundió de gentes. Se hicieron los comentarios más diversos y todos mostraban asombro y curiosidad. Sobre la peña, la vaca miraba el paisaje vespertino. . .

Harta de yerba, había tanteado la redondez de la roca, hizo un esfuerzo y, al fin, se encaramó; adelantó pasos, y miró el mundo, hacia abajo.

Entonces, hubo quien afirmara que lo que veían, no era vaca, sino el "chivato" mismo, el demonio en forma de vaca o el espíritu de viejos indios.

Algunos hombres se dejaban llevar por las opiniones de las mujeres; pero otros, decían que era simplemente una vaca real que se había subido atrevidamente a la roca. Pretendían identificar el animal. Podría ser de Ño Juan, de Tino, o de Ña Teresa. Mas no pudieron; estaba muy alto.

Las conversaciones vinieron a rondar alrededor de la forma como el animal escaló semejante altura. Jamás ocurrió

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

cosa parecida en el lugar. Había sido imposible para personas y animales. Los hombres no lo habían hecho, por lo peligroso de la subida: chiflones, precipicios, rocas sueltas. Y, porque desde un principio, los tarabuelos aconsejaron que hacerlo era tentar la ira de Dios.

—A como subió tiene que bajal— concluían los vecinos.

La noche borró de un tirón el espectáculo. Y la buena gente se dispersó por el llanito hacia sus ranchos. No se habló de otra cosa que de la vaca. Hubo rezos, rosarios y peticiones, para que aquello no fuera el aviso de cosas peores.

Por la mañana todo el mundo miró hacia el cerro. El animal estaba allá, clavado imperturbablemente. El asunto empezó a inquietar.

— ¡Diáulo! Si no se apió anoche, maj menoj ahora de día- comentaron.

Cuando llegó el medio día, el sol templó y la vaca comenzó a sentir sed. Pero estaba como detenida en medio de la roca. Entonces hizo el primer intento para apearse. Se dio vuelta y caminó hacia una orilla. Olfateó, probó con las manos, fue orillando, pero el instinto la hizo retroceder con pavor. Sufrió vértigos profundos. La roca, en sus bordes, redondeada como una totuma, no prestaba asidero para que el animal bajara sin dificultad. La subida había sido otra cosa. Se desconocía el peligro. La bajada anteponía la sensación de altura, de profundidad, de vacío. La cuestión era echar, primero las dos manos, y no poderse agarrar con las patas traseras y ser empujada, entonces por la gravedad, al estrecho borde de la base de la peña y desbarrancarse precipicio abajo.

La vaca lo intuía. Se percataba de la horrible situación. Abajo la gente se veía pequeña como mazorcas de maíz; sintió horror. Retrocedió al centro de la roca y se detuvo allí quieta.

Del caserío, y de todos los rincones se miraba ahora la pobre vaca como una mancha, un punto negro desesperado. Su sombra crecía como una pesadilla. Se supo que faltaba la vaca de Ño Juan.

Alguien propuso subir al cerro y ayudar al animal. La mayoría se negó aduciendo que era exponer vidas y sobre todo, tentar a Dios.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Fatalmente la bestia debía sucumbir arriba, sedienta, muerta de hambre, o desprenderse y bajar hecha una masa de huesos y de sangre.

Si hubiera sido en otro sitio, en un farallón cualquiera... Pero acaso para salvar una vaca flaca, se iba a sacrificar a un cristiano... Ese era el asunto. Sobre todo, que si la vaca estaba allí, era, porque el señor así lo había dispuesto. Y por lo tanto eso no estaba mal, ni era cuestión humana oponerse a los designios del todopoderoso. Dios es perfecto, sus obras eternamente son buenas. Esa vaca arriba de semejante angustia era un símbolo divino. Alguien debía pagar su castigo. El castigo haría sufrir a Ño Juan por la comisión de algún pecado inconfesable; o a todo el pueblo, por el olvido de las cosas celestiales. Y ese era el fin de la vaca. Podía doler, entristecer y desesperar, mas no había que tocar el destino. Más o menos en términos simples, a esto se reducían los comentarios del caserío y de la gente más seria de las comarcas circunvecinas. Tal opinión se hizo opinión de mayoría. Por lo tanto no quedaba otra cosa a la cual recurrir que reunirse en la noche y rezar unos rosarios. Si Dios había mandado el castigo de la vaca, para que la gente comprendiera su pecado capital, entonces los actos de oraciones y ostensibles renunciamientos llenarían el cometido y luego, el creador ordenaría a la divina providencia lo que habría de ser.

Ya habían pasado dos días y la bestia no se meneaba. Nadie puso en duda la inevitable y terrible muerte. Muchas otras vacas terminaron descaderadas por los picados riscos de los cerros; otras, ahogadas, chupadas de gusanos, abatidas por la morriña. En pueblos más grandes sacrificaban más de seis, diez, cincuenta, cientos de animales diariamente y nadie se dolía por ellos:

"Dios ha dejado el animal para que el hombre coma de su carne".

Pero ahora no era una vaca cualquiera, ni una muerte común.

La tercera noche fue dolorosa. Las mujeres lloraron y a más de un hombre se le saltaron las lágrimas. La vaca, que había estado silenciosa, comenzó a mugir. Sopló viento y el aire traía al vallecito los angustiosos quejidos de la bestia.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Eran bramidos apocalípticos como de trompetas de viejos siglos anunciando el fin de las cosas.

A tal punto dolían los terribles estertores que la gente volvió a insistir que tal vez no había una vaca allá arriba quejándose de la muerte que le venía de todos los puntos, sino que el hecho era, más bien, una ilusión, una apariencia dolorosa. Pero a Ño Juan le faltaba una vaca. Además se percibían los mugidos perdiéndose en el valle, en las colinas.

Luego para mayor desconcierto sucedió que algún novillo desde abajo oyó la agonía de la compañera y empezó, en contrapunto doloroso, a responder con bramidos peores, más hondos y atormentados. Y esa dura noche se pasaron las dos almas bestiales rajeando un rosario en donde cada letanía acuchillaba de pena a la pobre humanidad de campesinos. Pocos lograron dormir, porque sentían ganas de bramar desde lo más recóndito de sus nobles y mansos corazones.

Mañana . . . ¡Oh mañana larga! tal vez el animal moriría y entonces la gente dejaría de padecer tanto.

La vaca hizo otro intento. Pero si al principio, llena de fuerzas no había podido bajar, ahora era más difícil. Resbaló y se detuvo con la nariz sobre la roca. Hizo esfuerzo y se tiró hacia atrás. Fue reculando. Cuando el sol se explayó, la bestia supo de la inminencia de la muerte. Luego empezó a temblar sobre las patas y sintió que se le nublaba la vista. Iba a entregarse al creador; empezaba la muerte a recorrerle los vericuetos de la vida.

Entonces aparecieron los gallinazos. Primero fue el "cacicongo", dominando en el cenit. Daba vueltas en semicírculos, clavó su ojo infalible y descendió como una bala. Al rato acudieron, de todos los rincones del azulado cielo, manchas negras que sacudían sus alas. Olían carne moribunda a siete leguas. Una nube de animaluchos volaba sobre la gemebunda vaca, como una ronda infernal. La pobre no se daba cuenta; había perdido la conciencia.

La lengua era un trozo de trapo seco, no olía, no oía, no defecaba. Entonces la gente, abajo se dio cuenta que, al fin, iba a concluir la agonía. El primer "gallote" cayó, picó los ojos de la criatura y los vació. Bajaron otros, raudos y voraces. La vaca meneaba la cabeza, entregándose a la gloto-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

con diversos artificios campesinos pasar el cuerpo exánime a la plataforma del cerro, en donde le hicieron una fresca ranchería para resguardarlo.

Los muchachos nunca se cansaron de contar la historia de la vaca. La forma como día a día bajaban y subían aquel cerro para curar y cuidar la bestia moribunda. El cuento corrió por los caseríos comarcanos.

La vaca, ciega y muda, que ahora anda por allí rumiando el verdor de las huertas, jamás ha querido poner, de nuevo, sus patas en las alturas y deambula sin más ni más que la realidad de sus ojos rotos para siempre, pero como una bandera viviente, de los arrojados corazones.

Santiago de Veraguas
1959

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

La Tempestad

Al escritor Carlos Wong

Llardo Marín tirado en el catre, miraba a través de la ventana la claridad del cielo seco.

–Tal vez no llueva nada- se dijo - y venga Flor María. Ella le prometió venir, caso de no llover, a eso de las cinco de la tarde. ¿Qué haría? ¿Se acostaría con la muchacha? Cinco de la tarde; ya eran.

–Si viene, bueno . . . ella sabrá . . .

Sin embargo, él no sabía, ya que al invitarla a su rancho no lo había hecho con segundas intenciones. Tal vez curiosidad, prueba; por su deseo vago, nada más, cosas del campo, chisterías. . .

–No está bien que la enamore. No es correcto -repetía mirando la limpidez del cielo, medio reprochándose por pensar tumbar a la vecina, aprovechándose de su coquetería, de su inexperiencia de su naturaleza de mujer. Porque Flor tenía diecisiete años crecidos entre arrozales y naranjos, hermosa, incontaminada de los vicios de la ciudad; ella podría pensar, en última instancia, que era muy apropiado el dar curso a su condición de muchacha, en pleno desarrollo y actuar como había visto que lo hacían las aves, las yeguas: buscar parejas y realizarse.

No obstante las excusas que Llardo se daba, no pasaban

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

de ser para él tímidas reglas de moral cristiana que en ese momento, tirado en el catre, pugnaban con algo que no quería tomarse la molestia en definir. Bueno, quizás quería estrechar sus manos, acariciarle a gusto, prender en su corazón la chispa de un amor clandestino, un arrebato silvestre, hondo, puro.

Por la ventana miraba el cielo, la loma y el caminito. Largo tiempo tenía de pesquisar en el horizonte. Se revolvía en el catre intranquilamente. Regresó de dar unas vueltas por la roza, donde acomodaba los muñecos espantapájaros, ya que las palomas y los "arroceros" sacaban el arroz tirado en la tierra, desde más de veinte días. Luego, aburrido se echó en el catre. Y allí estaba ocioso, mirando por la vereda.

Mientras no lloviera, mientras la sequía apachurrase hasta la yerba y partiera el suelo, Llardo Marín tendría un conflicto en su alma de campesino. En otros lugares los más religiosos hacían rogativas; pagaban al cura para que rezara a Dios. Llardo que venía de la capital, con nuevas costumbres no creía ya en eso, pero temía. Detrás de un aguacero estaba el porvenir: arroz y maíz para su madre, que ya vivía en la postrimería de su existencia. Sin embargo, de vez en cuando volteaba las hojas del almanaque "Bristol" que pronosticaba lluvias para muy pronto, y entonces se tranquilizaba pensando que los pronósticos habrían de cumplirse. Y también, porque confiaba en sí mismo; era un agricultor de firmes convicciones y hombre doble para la faena. Cerca de la Capital, en Tocumen tenía a su familia y cultivaba una hortaliza. Pero la madre, siempre "adolenciada" por lo que había dejado en el interior, mandó al muchacho al campo para trabajar el "culaito" de tierra que abandonaron cuando decidieron buscar mejor suerte en la ciudad. Los lugareños oían hablar de buenas tierras, de fincas situadas a orillas de la carretera, cerca del Canal. . . —Andá y sembralo Llardo, hijo mío.

A todos les causaba "cabanga" la dejación del campo: el viejo rancho con su caidicio de zinc rojo, los espaveces verdes y enormes, la quebrada bulliciosa, el caminito de tierra roja y lila. Por eso tumbó, quemó. Se hizo de algunos reales; cercó y con los peones echó la semilla más buena. El campo deslucía solitario. Una choza aquí, otra, allá. En la casa donde

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

había mujer, hacía falta el hombre; en donde había varones, no aparecían mujeres. La miseria cundía de rancho en rancho, y hasta la quebrada se había secado bajo el peso de las pezuñas del ganado ajeno y la tala de árboles. Todo en beneficio de la faragua. No muy lejos del rancho de Llardo, sólo la casa de la familia de Flor María guardaba la apariencia de aquellos días mejores, cuando había tierra y torcazas y los hombres aún no bebían el guarapo fermentado. Llardo se casó, tuvo hijos y vio que ya el pedacito de monte suyo no bastaría para los próximos años. Entonces supo que cerca del Canal había tierras; ciertamente ajenas, pero que podrían arrendarse.

—Máma, noj vamoj . . . le dijo a la Vieja.

La señora lloró. Ella había parido hijos, creado una familia, hecho una huerta, y ahora tenía que dejar todo para ir a otro sitio, a rehacer una vida, parar otra choza, sembrar la mata de caracucha, el palo de naranjo. Mas todo eso no tendría el mismo gusto, el son del paisaje del campo en donde había nacido. Pero el hijo era otra madera y no tenía corazón para estas lamentaciones. Miraba lejos, sin dolor del pasado. En sus treinta años, ya no tenía tierra para una lata de semilla; cuando llegara a los cuarenta, no habría espacio ni para enterrarse, y por eso siguiendo al hijo la madre se fue.

Llardo volvió al terruño, de paso, para hacerle caso a la Vieja, a sembrar para no perder la posesión; para sacar algunas manotadas de arroz del viejo barro, y algo de frijol, que supiera de verdad a frijol de palo. Pero allí estaba plantada la sequía, como una dictadora, abochornando la semilla, estimulando a los pájaros hambrientos para que devoraran la siembra; aculando a los hombres machos y haciéndolos rezar. Levantada la negra bandera del hambre, único destino de los campesinos sin tierra. Extendida anchamente sobre las negras superficies resembradas, la sequía paralizaba la vida humana. Nadie trabajaba. ¿Q é hacer cuando no llueve? Llardo, las cuatro de la tarde, miraba el cielo seco, la loma repelada, el camino polvoriento. Hacía días que el aguacero en ciernes aparecía con negros nubarrones; cambiaba el viento, tronaba, pero se arrepentía. El fantasma de la sequía llamaba al viento norteño, el verano vagabundo y reseco que aún divagaba por

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

la sierra lo llamaba para que arrasara con el montón de nubes negras. El cielo quedaba claro como una risa y los campesinos lloraban para adentro. Cuando de nuevo, "se ponía" el aguacero, los densos y amoratados nubarrones, estremecían de gusto a los campesinos, porque detrás del espejo de su negrura estaba el nacimiento de la semilla salvadora.

–Vengo, si no llueve- dijo Flor.

Llardo vivía solo en su rancho. La semana anterior, cuando Flor regresaba de lavar en el río pasó por la casa y el hombre la llamó. Ella se había quedado después, conversando un largo rato, sin entrar, pero sin ganas de partir. La entretenía conversar con aquel hombre que venía de la Capital, hablaba bien y era simpático. Decir una palabra y hallar respuesta era un gran placer para quien como ella no tenía otro mundo que el rastrojo que la rodeaba, el pozo de agua, el camino tupido de "cerbulacas" muertas, la madrugada, el fogón, los gritos de los vaqueros que arreaban el ganado hacia los corrales de los patrones; el duro golpe del pilón, al medio día.

Con la batea de ropa limpia en la cabeza, frente a la puerta del rancho de Llardo, Flor recién bañada- las gotas de agua- deslizándose de la cabellera, por la espalda- se había quedado allí, medio encantada, conversando riéndose, sin querer irse, pero sin aceptar los requerimientos de Llardo.

–Entrá, niña.

–Je. . . je . . . déjese, de eso, si ya me voy.

Llardo miraba la muchacha de arriba a abajo, desentrañando su belleza, su juventud, sin atreverse a decirle, ni siquiera una picante frase de amor. Estaba allí y la apreciaba como una mata de rosa, como un arroyo cristalino y puro manando belleza.

La conversación se hizo confidencial y entonces Flor le dijo a Llardo que muy pronto se casaría.

–¿Y por qué te quieres casar? preguntó el hombre.

–Porque estoy en la edad, pués.–

Pero había otras casaderas y no por eso iban al matrimonio. Existían otras razones. Ya los matrimonios escaseaban por los caseríos.

Aquella tradición de las lechonas asadas, de los dulces,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

del caballo, se derrumbaba ante el empuje de la miseria y de los cambios operados en las regiones más remotas del país. Otros jóvenes se hacían hombres maduros y no podían casarse, porque no había dónde clavar un horcón.

–¿De modo que, porque estás en la edad, y eso es todo? -Preguntó Llardo.

–Bueno– respondió simplemente la muchacha- pasa de que mi familia quiere.

–¿Y tú?

–¡Ni sé!

¿Cómo que no sabes? O es que te casas con uno a quien no quieres?

–Bueno, sí. . .

Bueno sí, respondió sonriendo, como si nada. Para ella cualquier camino era mejor que estar en su destartalada choza. No lo quería, era cierto. Lo había encontrado en el mercado del pueblo un domingo. Calladito, detrás de ella anduvo el forastero, en la procesión del Cristo en el burrito. Le hizo cortejos a la familia y después empezó a visitarla. A mirarla desde afuera; ella adentro, él sentado en una banqueta de cedro, hasta que la pidió y se la dieron. Cualquier otro hombre hubiera conseguido lo mismo. La cuestión era variar.

–Máma quiere. . . él me visita. Si me caso por acá, bueno acá casi "naide" se casa, a lo mejor me va "pior". Con este señor pueda que me vaya bien. . . quién sabe? Uno no sabe. . .

El novio parecía su papá, pero para ella la cuestión no era de buen o mal gusto, sino salir del rastrojo, de la choza, del monte agotado. Ir al pueblo y vivir con luz eléctrica y agua del grifo.

Cuando la muchacha siguió el camino con su batea, Llardo, que no había pensado en ella como una mujer de verdad, sino como una chica hermosa, vecina del lugar, sintió, entonces como una contrariedad. Saber que iba a entregarse a un hombre a quien no quería, pero que resolvería su problema de soledad, para bien o para mal. . .

–Oye, Flor, ven mañana por acá- le gritó.

–Si no llueve, tal vez - respondió ella picarescamente.

La muchacha siguió su camino. Varias veces tornó el

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

rostro, se sonrió y las ramas de los árboles cubrieron su figura. El cielo estaba ancho y claro. No había señal de agua por ningún lado. Los pájaros "arroceros" se daban gusto con la semilla. Los hombres del campo pensaban otras cosas muy distintas a las ideas de Flor. Querían agua. Sólo agua. En tanto que Llardo se había dado cuenta que ya no sólo quería agua, sino que se le había despertado algo imprevisto por la hermosa campesina que sonrió varias veces y le dijo que vendría, caso de no llover.

Esperando en el catre, mirando por el camino, se daba cuenta que una pequeña tempestad nacía en su corazón. Una tempestad movida por fuerzas contradictorias que no dependían de su voluntad.

—Si llueve, no viene Flor- se decía- Pero yo quiero que llueva, porque necesito que la semilla nazca, que verdée en el terreno negro. Yo he venido a eso.

Sin embargo, aquí emergía el conflicto, porque luego consideraba: bueno, al menos, que no llueva hoy y que mañana se raje el cielo. ¿Pero si viene? Bueno, yo no sé lo que hará si sabe que estoy sólo aquí. Sin embargo, proseguía, puede venir a conversar. Conversaremos simplemente, ¿por qué habrá de pasar otra cosa?

Llardo quería y no quería. Se atrevería a tumbarla. ¿No era ese deseo lo que estaba en el fondo? Quería tener a Flor en su rancho, muy cerca de sus manos. Pero apartaba la idea y pensaba que eso no era. Era sólo una conversa de gente de campo y nada más. Pero mejor era que lloviera. ¿Hasta cuándo sequía? Se perdería todo el trabajo. El se iba a la Capital, ¿pero el resto de los campesinos? Y a Llardo le dolían esas cosas.

Los nubarrones se ponían de un tono plomizo en el norte. El sur estaba transparente. Así pasaba todos los días y nada más.

—Bueno, tal vez llueve. . . pero si llueve, Flor, no vendrá. . . Y si no es hoy no es nunca, ¡qué vaina!

Llardo pensaba entonces que la muchacha había dicho eso de mentira- que vendría- puros cuentos para burlarse de él. Aquellas risas del día anterior, cuando iba por el caminito, ¿acaso no eran chisterías? Tonto él, pensar que una muchacha

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

campesina iba a atreverse a visitar a un hombre que está solo en su rancho alejado del camino. Qué pazguato, tirado allí en el catre, con el corazón sobresaltado como el de un mozalbete, con la vista aguada de tanto mirar por el sendero, deseando en su fuero interno que no lloviera, Flor riéndose de su graciosa tiradera.

Era algo tarde, Flor no venía; no iba a venir.

–Vea pues, ¡cómo me engañó!

El cielo había cambiado en el norte su color plomizo por un intenso azulinegro. Iba a llover.

–"Ombé", ¡si lloviera! ¡Si se resbalara un aguacerito!

Pronto verían las hojitas del arroz verdear, allí entre mata y mata sembraría el maíz. Se cundiría la roza de matojos y matojos. Habría cosecha. Tronó en ese instante y se espesó la tarde.

– ¡Carajo, va a llover!

A lo lejos se oían los gritos de hombres emocionados ante la posible lluvia.

–Ya no viene Flor. . . pero al menos, va a llover tupido y todo se pondrá verdecito.

Empezó a soplar viento del sur. El mismo viento del diablo engañador. Otro día había silbado entre las palmas de corozo, entre los espaveces, pero no vino el agua.

– ¡Que llueva! ¡Que no llueva! - peleaba, en el alma de Llardo su tempestad.

El viento loco, de pronto formó un remolino; envolvió el rancho, y haciendo una tromba de millares de hojas secas comenzó a rugir como un condenado. La tarde se oscureció violentamente. El remolino cruzó la huerta, desembocó por una llanada y se perdió entre las negras lomas, por donde los campesinos alborozados se oían gritando, como para desgarrar, con las salomas, las nubes cargadas de goteras.

– ¡Agua!. . . ¡Aguaaaaaa! . . .

Llardo pensaba en eso: agua para su pedazo de tierra llena de lenguas exhaustas y semillas sepultadas.

Entonces se oyó, a lo lejos, por el norte un murmullo. Venía lamiendo el monte, los yerbatales.

Un ventarrón padre de todos los vientos, los llanos y los valles, amenazaba como verdugo, castigando los ásperos y

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Llardo pensaba que era el fin de todas las sequías.

Aumentó la lluvia. Cerró él la ventana. Pero luego el viento tiró la puerta violentamente. El rayó iluminó la entrada y de pronto, en medio de la tempestad y de la noche, entró Flor María.

Santiago de Veraguas
1958

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

odiados potreros, porque éstos, en su codicia y ambición se habían tragado el boscaje y todo se iba volviendo yermo y duro. El viento torturaba a los árboles; metía miedo a las culebras y a los verdes borrigueros.

Entonces Llardo supo que venía el agua. El viejo higuerón lanzó un rugido estrepitoso de hombre macho; se volteó y empezó a rajarse por el medio; cayó a tierra como un trueno. El espavé cargado de verdes marañones se sacudió, sintió que sus raíces se reventaban y se desplomó. Arriba, mucho más arriba del "barrigón" y de los laureles sacudidos, sonó el trueno y fue corriendo por los pisos del cielo como cien automóviles desenfrenados. Chispeó. Ya no era necesario mirar por la ventana para ver si venía Flor. El viejo zinc tamborileaba de contento con las goteras, cuyo espesor crecía. Iban cayendo como piedras las gotas. Llardo salió del rancho, se mojó del agua, como todos los agricultores, con aquellas grandes y redondas goteras de la vida. Se desparramaba el cielo. Tronaba aquí y allá. Empezaba a crecer la quebrada. Se desbordaban las zanjas sucias. Iban las bruscas alegres del arroyo al río, del río a la lejana mar. Era, al fin el agua, la dulce agua, el agua libre; la todavía no conquistada, la buena para todos.

Oyendo la tempestad, Llardo sentía su corazón satisfecho.

—Es mejor que siga lloviendo, pues así Flor no vendrá. Si escampa será de noche. No saldrá, es imposible que lo haga.

En su corazón la pequeña tempestad de sus sentimientos se aplacaba, ante el torrente de vida que brotaba del caudaloso aguacero. La noche venía huyendo entre los truenos que castigaba su cabellera de rayos encendidos. El viento arreciaba, batiendo todo a su paso. La semilla estaba quieta, mansa, satisfecha en su abrigo cálido de tierra recién mojada. Todo el campo llovía, llovía y llovía.

Llardo se encerró en su rancho. Asomado en la ventana, de vez en cuando, los lampazos de las centellas dibujaban su recio perfil de hombre de campo. La noche es apretada espesamente; su rugido daba miedo. A lo lejos se oía el tronar del río y la caída de viejos árboles.

La tempestad crecía más grande que todas las alturas.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El Velorio de Nicolás

A Santiago Bastista

Cuando Victoriano Lorenzo, a principios de 1900 pasó por estas regiones, Nicolás dejó la guitarra mejoranera y arremangándose el sombrero de junto a la pedrada, terciándose la ruana de ballesta se echó una carabina al hombro, sin saber para dónde iba. Según él, porque un amigo lo obligó y al principio la cuestión no fue de su gusto, pues acostumbrado a vivir bajo la servidumbre de la ñopería conservadora del pueblo vecino, no entendía la guerra civil y le tenía miedo a la muerte.

Con los ojillos azulencos, y su mechón rubio de pelo amontonado en la frente hizo la guerra a su manera. De los días en que servía en las brigadas de caucanos que azotaban las fincas, robando ganado y granos escondidos; de las emboscadas atrevidas en Vueltas Largas y la memoria del fusilamiento de aquel Fidel Murillo en Santa Fe, ya nada le quedaba en los bolsillos de su vida, sino borrones, manchas lejanas, chistes, y hasta pedazos de versos que compuso en un cuartel.

A Nicolás los años le fueron cayendo como machetazos y se abrían en surcos de arrugas y cuarteaban el pellejo de rostro blanquecino, curtido por antiguos soles y tupidos aguaceros.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Encorvado, menudito, sordo y cegato; con la "cotona" raída, el pantalón chingo, remendado, dando traspiés; bajando con dificultad el caminito, con el "coco" de buscar agua en una mano y en la otra, la vara de apoyo, quejándose, aguantando la respiración, acuclillándose a la orilla del pozo, como duende, como abusión; algo que fue, pero ya no era sino una apariencia mirando al borde de la muerte, entonces no se podía creer que este anciano campesino fuese el que un día cantara décimas de amor, zapateara en las noches de San Juan y marchara por llanos y cordilleras, bajo La Comandancia del General de los Cholos, en la guerra de los Mil Días.

Pero allí estaban los higuerones, la curva del camino, el cauce de la quebrada, el barranco rosado, la loma, la estaca de macano que podían atestiguar su valor de aquellos años, su voz de oro, su guitarra de cedro y caracol. Sin embargo, todo cambia, pocas cosas de antes quedan, porque se fueron acabando al mismo son. Vinieron los alambres de los ricos del pueblo a recortar la tierra y a llenar el mundo de bramidos de toros iracundos. ¡De poco le valió servir y hacer la guerra con los pobres!

Llegó un día oscuro, pesado como un árbol, lento caluroso y los ojillos del viejo Nicolasito se fueron apagando.

—Compadre - le dijo a su amigo José Fele - yo me voy a sen un viaje ¿oyó? Compa y usté se queda solitico sin su compadre, ¿ya oyó?

Y así fue.

—Cuando ya me muera, ¿ya oyó? Cuando pele el bollo... pa esa ocasión; amigo me ponen la mua e ropa que dejó la dijunta, y la punta e cruj que me dio Bitoriano.

Y así fue.

Ya la muerte venía bajando la loma, por la curva azulita del camino y aún el guerrillero Nicolás conversaba en su mundo de silencio, sin sonido ni colores, consigo mismo, con su compadre, con las piedras del patio de la huerta ya sin puercos, ni gallinas, ni nada.

Y así fue.

—Compadre, tréigame la guitarra pa tocal un son por veinticinco...!

Entonces se acostó de medio lado y se murió.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Allí quedó inerte, pálido, esmirriado, empequeñecido, envuelto en harapos. Ese día era una clara mañana, todo estaba quieto en derredor. El sol, arriba, sin nubes salomaba y le "japiaba" a la tierra. Nicolasito, ya manso para siempre. Alrededor suyo el montón de vecinos somnolientos, tristones, arrepentidos. El compradre José Fele, tartamudeando un llantito. Nadie dijo nada, esperaban la muerte. Sabían que el viejo no pasaría de allí.

Primero fue la juventud: tumbó monte, quemó, sembró. Vinieron las cosechas. En eso, la guerra; conoció a Victoriano Lorenzo. Después, el andar escondido porque anduvo con los cholos. Al fin el amor, la guitarra, los hijos. Vivió siempre explotado como todos los de su clase. A menudo recordaba a Victoriano, y se quejaba de los conservadores y de los propios liberales que -traición por medio - lo llevaron al paredón, un 15 de mayo, para satisfacer las exigencias de los yanquis; para que hicieran el Canal. Los "ñopos" no conocían otra cosa que la traición. Nicolás conoció la lealtad a Victoriano, y después se halló, muchas veces, frente a la miseria y al hambre, porque, con la República vinieron, entonces los potreros y las vacas ajenas, y las muchachas lindas de los campos se fueron a las ciudades en busca de una vida mejor.

Así vino el tiempo tropezando y tropezando y todo se hizo estrechito: la tierra, la quebrada, el arrozal, la sonrisa. Día a día se fue volviendo viejo, pues conocía el mundo desde el mil ochocientos cuando pertenecíamos a Colombia. Con presidentes liberales y conservadores, todos del mismo tronco, de la misma clase. Vino la vida nueva: carreteras, escuelas, oficinas, impuestos, elecciones, persecuciones, automóviles, aviones, cercas y gringos.

Sin embargo, él mantenía la reciedumbre en su pecho, la dulzura en sus labios. Pero más pudo el tiempo y el corazón que se gasta.

Andando, y andando, un día llegó en que se vio sentado en un tuco de balso, sin poder andar, porque se había apagado el equilibrio en sus orejas, y empezaba a esfumarse la luz de sus ojos. Entonces se dio cuenta lo duro que había sido el tiempo. . . Su huerta, su hermosa huerta; morados otoes, verdes plátanos, rosadas yucas, rojos tomates, delgados cañave-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

rales . . . ahora, ¡nada! Todo caía a ras del suelo, como pavesa. Primero fue la difunta mujer. La llevaron por el camino real, al pueblo y no vino más. Dejó los palos de caracuchas lilas que florecían para la semana santa ¡qué flores para tan lindos ramos! A la hija mayor le entró la calentura, se pintó la boca y dijo: –Pápa ¡me voy! y se fue. Se juntó con un hombre de afuera y tuvo varios hijos. Un día volvió y dejó la cría, para luego partir definitivamente a la ciudad. El viejo se quedó con los nietos. Ellos empezaron a crecer lentamente entre boñiga de lechones y lombrices. Los muchachos no fueron sanos, porque venían tarados desde la barriga de la pobre madre, "perchona" ella, como toda su familia. Y no fueron a la escuela, porque no había maestros. Anselmo, el mayor no hubiera aprendido nunca; era el tonto de la casa, pero mogo de gran corazón. Se arrastraba entre rastrojo y rastrojo, pegando la vista mediocre hacia las ramas, buscando un gancho, un huesito de matillo para vender leña en el pueblo. Había que buscar el real para el café; traer el pan para el viejo abuelo. En esta forma anduvo siempre sucio, desgarrado, oscuro, corvo, lento, vacilante, como llorando para adentro; buey herido, perro flaco, pero no obstante, llevando diariamente la leña, las hojas de chumico, los tomates para conseguir el "piacito e cajne", el "miguito" de arroz, el poquito "corosin" para prender una mecha en la oscura noche del campo desflecado y sin contornos.

Los otros muchachos no eran más aventajados, aunque algo más despiertos. Como vinieron los días sin "maij" ni arroz, sin potrero donde asalariar; los días blancos, pegaron a tomar guarapo. Entonces, en la choza, en un rincón siempre hubo una vieja tula guarapera donde "la conga" putrefacta marcaba el ritmo a la existencia. El "bujo" sustituyó la vianda. Los pobres muchachos se atarantaron más. No vieron el camino claro, porque nacieron tontos y el guarapo con su mano pegajosa los llevó a la muerte diaria, a la inanición, a la pereza, a la brutalidad.

El rancho fue, poco a poco, cediendo a las fuertes brisas del verano o a las blandas lluvias de septiembre, se descarnaba. No había una mano para ponerle parche. En las noches, cuando llovía las estrellas mojadas se acurrucaban en el pecho

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

del viejo, y Anselmo rezaba Padre Nuestros cuando caían los truenos. Los otros, hundidos en el mar de la guarapera madre gritaban palabrotas y se santiguaban.

Así trotaba la vida en la miserable tierra cuando, al fin se murió Nicolasito. El mogo Anselmo se puso a llorar, pero no pudo, no sabía llorar, no había llorado nunca. Sus hermanos se alegraron, porque al fin y al cabo el viejo se pelaba y así no había que atenderle a toda hora, haciéndole orinar, defecar; limpiándole y dándole la comida en la boca, cuando había algún, caldito, o sufriendo al verle pedir, cuando nada había en las frías y sucias ollas.

—Jo ¡se arregló táta!— dijo un nieto, cuando el prócer murió y se tendió de medio lado. A esa hora todos estaban borrachos menos las mujeres y el mogo Anselmo. Entonces fueron de a prisa, a noticiar a Chente Marín, el rezador. Buscaron más guarapo. El sol subía, como si nadie se hubiera muerto.

Como el viejo se venía muriendo hacia una semana, de los apartados ranchitos llegaron vecinos y vecinas, y hasta gentes de otras comisiones lejanas. Eran los viejos amigos. Unos portaban café, otros, raspadura, y algunos, tabaco. Pagaban el peón. Se trataba de ayudar a bien morir, para eso era la vecindad. Pasaron allí todas las noches, para que el viejecito no se muriera solo y que no sintiera miedo de la muerte, aunque Nicolás se burlaba de la "dientúa" y a menudo la llamaba así, como a una puerca vieja y mala: :"Brr, chanchita, brrr. . . puerquita venga. . . Así la llamaba, no porque sintiera que carecía de fuerzas para continuar viviendo unos años más, sino, porque sabía que no encontraría comida para calentar la olla: arroz y maíz. La hija no volvió más al campo. Ya no había ni leña para que el mogo Anselmo consiguiera el "piacito e cajne". Los muchachos no hallaban peladeros donde sembrar, ni salarios que ganar. Comían de vez en cuando en la semana. Al llegar esa hora, Nicolás cogió una totuma, echó unos granos de arena y empezó a llamar a la muerte, como a una puerca hocicona, a quien no asustan ni alambres ni argollas de metal.

En esa larga agonía, los vecinos, todas las tardes, después de las faenas, venían al rancho de Nicolás. Con el sudor

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

hediondo a ganado y rastrojo, con el guarapo en la cabeza, se tiraban por el suelo, se acomodaban en tucos, y raíces de los árboles y empezaban a decir las cosas más absurdas de la vida, a hacer los comentarios más simples; los chistes sucios, las palabras vulgares y las risotadas. Y entre hablar y hablar, desgranaban frijoles de palo, y así pasaban la noche. Amanecían echados en el suelo. El fogón de la choza, apagado, las muchachas acurrucadas entre los troncos de viejos mangos; Anselmo, encendiendo el fogón; el viejito respirando corto, llamando a la muerte, hasta el día en que, al fin, se quedó frío.

Cuando vino el rezador, todos estaban jumados y hablaban tonterías. Nadie lloraba. Entonces el compadre Pablo Hidalgo, curandero, partero y hombre de bien, con una botella de seco en la mano, dijo casi gritado:

—Bueno, esto es muerto cadáver o es perro?

Y la gente se quedó perpleja.

—Digo, ¿si esto es muerto cadáver o es perro? . . .Porque si es que no van a llorar no doy un trago más!

—Qué deciis voj, Cristobalina, lloramos o no lloramos -dijo una vecina.

—Gueno puej, pegue ujté alantre. . .

—Ay . . . tan gueno quera ño Nicolasito. . . ¡ay . . . ay!

—Aja -dijo Pablo Hidalgo - ahora sí se entona la cuestión.

Después vino un "mestro" carpintero y empezaron el ataúd. Recogieron de los magros bolsillos los últimos reales. Prepararon la comitiva y se fueron al pueblo a darle cristiana sepultura, pero tuvieron una demora con el cura que se opuso obstinadamente a rezarle al muerto cadáver, si los campesinos insistían en cumplir el deseo del difunto de ser enterrado con la punta de cruz que le dejó "Bitoriano".

—¡Esas son herejías! ¡Victoriano Lorenzo fue un bandolero!

Cuando el entierro llegó al pueblo, nadie le puso mayor atención; era uno más. Un campesino que se pasó la vida trayendo tomates, encarbonándose las manos en el rastrojo; uno que sudó, trabajó al fin; ¿eso qué vale? Se murió y ya. . . las campanas sonaron con indiferencia. El cura le echó su oración más barata, disgustado por la cruceta de "Bitoriano".

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Nada cambió la faz del mundo; las cajas de música siguieron sus resonantes sones. Las gentes, por las calles. . . si hubiera sido un rico estarían compungidas; el municipo habría decretado duelo oficial y una cruz alta iría entonces, presidiendo la procesión. Pero éste era sólo un prócer de arcilla, un militar de bejuco, un irregular, y el bejuco no brilla como el oro de los terratenientes.

Los campesinos con su muerto pasaron el cementerio. Pocos sabían que allí, adentro del rústico cajón iba un poeta que conoció a Victoriano Lorenzo; cantó décimas de amor y labró la tierra dura. Nadie pensó que sus manos hacendosas hicieron posible la existencia de los ociosos ricos del pueblo que hoy miraban displicentes la madeja de agricultores, sin preguntar siquiera "quién murió". Después del entierro y las apagadas lamentaciones los campesinos regresaron al campo. Algunos se quedaron en las cantinas gastando un realito o pidiendo el trago, para luego caer, boca abajo en el piso, babeando el cemento con la lengua, orinándose en los pantalones, burdos, animalizados. Los demás se volvieron entre conformes y tristones; algunos, "tipliando", salomando, con el guarapo en las orejas traslúcidas; en los reventados pechos, y en la sangre aguada.

Al llegar se recogieron alrededor del ranchito. Anselmo los recibió dándose golpes en el pecho: Aquí - clamaba - aquí, y se aporreaba el corazón.

Una totuma de guarapo llena el estómago y el campesino puede seguir trabajando sin la necesidad de comer. Otra, emborracha. La vida pasa. No hay un pedazo de tierra libre, buena; ni el bocado caliente a la hora del almuerzo de los señores ricos, los dueños, amos y patrones. Pero el guarapo casi no cuesta nada. Una botella de miel, y ya hay bastante bebida, en pocas horas. Por eso trajeron más; ya Nicolasito se había ido en el viaje eterno.

Llegó la noche, traía una luna rojiza, por encima de los coposos mangos. La gente regresaba. Las mujeres, que no fueron al entierro, preguntaban sobre la cosa. Se fue tupiendo de vecinos, el patio. Tal como llegaban se tendían en la tierra. Algunos, ya roncaban, los niños comenzaron sus juegos. El rezador llegó y se tumbó, con los demás, en el suelo. Alguien

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

trajo un motete con gandules y las mujeres empezaron a repartirlos de grupo en grupo, para desgranarlos. Conversaban apagadamente. Se hablaba de la muerte, de las últimas palabras del finado, de la tristeza de Anselmo. Los muchachos hacían picardías a la muchachas. Ellas mostraban sus trajes rotos en alguna parte, porque no tenían vestidos buenos, sino para ciertas fiestas. Los hombres estaban en pecho de camisa. Llegó la hora de empezar el rezo. Mano Chente, el rezador estaba dormido.

– ¡Paren a Mano Chente!

–Mano Chente, carajo, ¡alevántese!

Mano Chente dormía la borrachera. No había medio de levantarlo, porque se volvía a tender. Los rezos demoraban. El alma de Nicolás estaba rondando la casa; bajaba en busca de agua al pozo; o se acomodaba en su tuco de madera, y mascaba su viejo tabaco. Así la entreveía José Fele entre la "ñiblinera" del guarapo.

–Compá, se va er compita pal viaje, ¿ya oyó?

– ¡Ay, santísimo!

–Ombé, paren a Mano Chente, que se jace noche.

–Ño Chente ¡párese!

Al fin, Ño Chente se fue incorporando, como si tuviera un tronco en la nuca; movió los párpados y entrevió la muchedumbre.

–Ejto, ¡perdonen siñorej!– dijo el viejo rezador y lo ayudaron a incorporarse del todo. La gente comenzó a reunirse alrededor. Empezaba oficialmente el rezo. Ño Chente se acomodó como pudo, sacó el renegrido rosario y empezó:

– ¡Ave María Purísima!

–Sin pecado concebida - respondieron en coro los demás.

El alma del viejo vino al borde del camastro descolgó la guitarra mejoranera y empezó a charrasquear el conocido socavón por veinticinco. . .

"Yo le quiero preguntar
a los sabios más profundos:
¿los que se van de este mundo
a dónde van a parar..?

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

—Oh María dulcísima, consuelo e laj armaj . . . Ejte pagre nuestro y diej avemaríaja te ofricemoj ar gozo que tuvijte, cuando saludá der ángele, anunció la encajnación der hijo e dioj en tuj entrañaj. . .

El alma del difunto bajó al pozo, hundió la guitarra y dijo: —¿"Ya pa qué"?

—Hijo e dioj en tuj entrañaj, por él te suplicamoj, que er arma e nuejtro hermano Nicolaj, y laj emaj der purgatorio. . .

El alma del finado, tomó la punta é cruz de "Bitoriano", se fue a la quebrada y se hundió en el charco azul. La luna empezó a alumbrar su martirio, aguas abajo, mientras los capachos cantaban. . .

El mogo Anselmo pelaba los ojos a la luna. El rezador se quedó callado, por un instante, como buscando en las cuentas del rosario la frase siguiente; luego se pasó la mano por la boca sudorosa y bostezó: —"muchacho— dijo - tréigame argo maj e "bujo".

Le trajeron una totuma rebosante. La alcanzó, limpió la espuma, la llevó a la boca y fue tragando, mientras entre los bordes de los labios chorreaban hilillos del burbujeante líquido color de ámbar, el hombre devolvió la totuma, se limpió con la manga de la camisa. Tomó de nuevo el rosario en su acostumbrada actitud de santón campesino. Entornó hacia la luna los ojillos azulencos:

—Ave María purísima - dijo y cayó de súbito al suelo, borracho definitivamente.

Los Leones, Santiago, 1959.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El Visitante

A Rosita Marín de Wong

Me desnudaba.

El aire viejo, enmohecido en el depósito me obligó a entreabrir la ventanucha. Allá, entre cedros y "caratales" se estremecían las estrellas.

La noche se expandía circular y clara. Era lo mismo de muchos años y siglos atrás.

Puse la ropa en el taburete.

¡Pero cuánto había cambiado . . . desde entonces! . . .Recordé cuando fui un chiquillo de pueblo:

—Oye, pelaíto puerco ¿por qué te bañas en las charcas de la calle?

¡Pau . . . pau! . . .

Daba ganas de andar en un potro, por el camino del viento o de los sueños viejos. Alargué las piernas, crucé las manos debajo de la cabeza. Eché a andar.

Mi patrona me obligaba a rezar antes de dormir. Eso había pasado.

Creo que me cambié de nombre. Y después, yo mismo no sabía o aparentaba desconocer de dónde venía.

Ahora, antes de dormir en lugar de rezar pensaba siempre esta misma historia inventada por mí, para engañarme y seguir viviendo.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Cuando dormía, no pocas veces, despertaba gritando. La cabeza sangrante de aquel viejo asesinado en mis manos, parecía escupirme. Pero esto eran simples pesadillas. No había en ello nada de verdad.

Prendí un cigarrillo. Era tarde... De lejos nerviosos centelleos predicaban algún aguacero. Los pajaritos de mis recuerdos, las palabras quisieron agarrarse de las copas de los árboles, a esa hora... ¿qué hora sería?... Pero se espantaron de las vacas que bramaban, y se fueron, con nubes presurosas hacia el sur. Detrás de los animales iban o venían ya los matojos de lluvias asustados. Por eso, las estrellas cerraron sus cantinas y centros nocturnos. Negreó la sombra. Silencio plúmbeo aturdió a los insectos.

—Tun... tun... tun... -oí tres golpes en la puerta.

—¿Quién es? pregunté sin moverme.

—Soy yo - respondió una voz grave.

¡Qué extraño! ¿Qué buscaba? Eran las dos o tres de la madrugada. En realidad sentí miedo. Por la ventana abierta vi la noche huir; la cerré.

—Soy yo - volvió a repetir la voz profunda.

Entonces ya no era miedo, sino pavor de culebra que se me enredaba en las piernas. Me creí valiente toda la vida, pero la voz de afuera; la huesuda mano que tocaba la puerta, repentinamente me hizo pensar en la muerte.

Era cierto que a menudo discernía, en ratos de soledad, que un día cualquiera me matarían por la espalda. Y este sujeto que ahora llegaba, cruzando el llano cenagoso y húmedo, hasta mi alejado barracón, a llamar, no cabía duda, era el que yo había imaginado a través de muchos años... venía decidido a matarme.

Entonces pensé en un revólver que no existía, en un arma blanca. Nada para responder a un ataque.

—Tun... tun... tun... sonaron los golpes, de nuevo.

—¿Quién es? - volví a preguntar, saliendo del sopor.

—¡Soy yo! —repitió la misma voz.

Escalofrío de perro empezó a recorrerme el cuerpo. Hubo un instante en que casi solicité a la voz que volviera a decir su: "soy yo", para ver si lograba recordar de quién era, ¿de quién?...

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

En esto estuve hasta que sentí hundirme en la cama. Empecé a luchar conmigo, con mi pánico. Me toqué, me pellizqué. Trataba de darme cuenta si estaba tirado en la cama, si ése que se había acostado era yo, Mundo Beltrán. . . Qué vaina más grande, ¿no? . . . ¿De dónde había llegado hacía un rato? Bien, del billar. ¿Pero acaso había entrado realmente en el cuarto? ¿El que estaba en el catre era Mundo Beltrán, yo mismo, o el que tocaba con insistencia la puerta? ¿Yo estaba en el mismo tiempo afuera y adentro? ¡Qué borrachera!

Para despejarme la conciencia, los golpes sonaron nuevamente.

–Dígame -casi grité- ¿quién es usted?

–Hombre, soy yo, pues, insistió la voz.

–¿Pero qué quiere en esta casa, a estas horas?

–¿Que voy a querer? Posada.

–Mire, señor, mejor váyase al poblado. Yo aquí vivo solo; soy soltero y no tengo en donde ponerlo a dormir.

–Eso no me importa, puedo echarme en el suelo, amigo. Vea ábrame la puerta por favor y le juro que no soy yo esa persona que lo va a matar por la espalda.

–Diablo. . . ¿y cómo sabe que me van a matar?– grité casi colérico, y me puse a pensar si yo había pensado en voz alta.

–Déjeme entrar, no tema, hombre. Mire que la lluvia me ha cogido aquí.

Era cierto, la lluvia golpeaba el techo de zinc.

Me levanté, por una rendija miré al paisano. Apenas lo veía. Haciéndome de valor abrí, al fin, la puerta.

–Buenos días- saludó el visitante, quitándose el mojado sombrero.

–Buenas noches- respondí, sin darme cuenta que ya era de madrugada.

El visitante miró sonreído como quien se encuentra en su casa.

–Entre, acabe de entrar- le pedí, un tanto desconfiado.

El hombre penetró. Encendí la lámpara. Miró detenidamente el cuartucho. Colocó en un clavo su sombrero; sacu-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

dió la ropa humedecida y me miró intensamente, con ojos agudos y rojos.

–Siéntese- le dije- ¿quiere fumar?

Tomó el cigarrillo, se acomodó en un cajón y empezó a fumar.

–Ud. se extraña que yo venga a pedirle una esquinita en su casa, pero le aseguro que fue algo casual, pues aquí me agarró el agua.

–No. . . está bien, está bien- respondí. ¿Dígame, usted no es de por estos lados?

–No señor.

Ajá, ¿viene de algún campo?

–Bueno, sí.

–¿Cómo es su nombre? . . .y perdone.

–¿Yo? Mundo Beltrán- contestó y bajó la vista.

–¿Mundo Beltrán? . . . ¿Beltrán? ¿Eso dijo usted?-

–Sí.

–Oiga amigo, esto es imposible. Sabe, yo, para que usted sepa, me llamo también Mundo Beltrán. Y no puede ocurrir esta coincidencia.

Esto. . . dígame ¿Beltrán, qué?

–Pues, Beltrán solamente- y agregó- Oigame, y no crea. . . no es raro, hay muchos Manuel Rodríguez, José Pérez. De modo que no tiene que sorprenderse de esto.

Vaya . . . vaya, pero Mundo Beltrán es otra cosa- respondí. . . sin embargo, ¡qué le vamos a hacer! Dígame, ¿pero en realidad, no le habían hablado de mí?

–No.

La "tulivieja" de la noche gruñía afuera. Vi en el sonambulesco rostro del visitante un sueño antiguo.

–Puede tenderse si gusta- le dije- indicándole el suelo. El se acomodó con soltura y fumando todavía, lo vi perderse en la penumbra. Cesaba la lluvia. De reojo observé la persona que yacía en la tierra. Apagué la luz. Pensé en lo que acababa de haber visto y oído. Pasé largo rato sin poder pescar el sueño. Volví a encender la luz. Allí estaba el parroquiano dormido ya. Seguí mirando tras de la ventana; no pude dormir.

De las huertas lejanas llegaron los desvaídos cantos de los gallos. Entre dormido y despierto me levanté del camas-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

tro. Vagarosa claridad entraba al cuarto. El visitante no estaba allí. ¡Vaya! ¿Quién sería? Abrí la puerta y en la esquina del galpón se veía la silueta del hombre, con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo amaneció? preguntó sin volverse.

—Creí que se había marchado respondí.

—No De todos modos, gracias por la posada.

—No es nada.

—Dígame -inquirió- ¿cómo es este pueblo o esta ciudad?

—Como todos. ¿Piensa demorar aquí por estos rumbos?

—¡Quién sabe! ¿Habrá trabajo?

—Ni sé. Esto no es un pueblo de trabajo. Si quiere podemos ir a tomar el desayuno y así lo conocerá.

Partimos llano abajo. Por el camino me preguntó muchas cosas.

Anduvimos juntos por el poblado. Regresamos, y el hombre se fue encariñando con el ambiente y al parecer conmigo. Ya fuera por una u otra cosa, o finalmente, porque no tenían a donde ir, se me plantó en la casa como el convidado de piedra. Participaba de las pocas actividades del galpón, como si hubiera pasado toda su vida allí. Pintó las paredes, sembró plantas; transformaba con tablones viejos hizo una cama grande para él. Todo esto, en el fondo, me disgustaba, mas no decía palabra, simplemente porque me faltaba el ánimo para hacerlo.

Pero yo tenía en el pueblo una novia, chiquilla hermosa, complaciente. En su casa no querían saber de mí, por vago, ella me contaba. La chica no hacía caso y convivía conmigo de vez en cuando en el viejo galpón.

—Mal te va a ir con ese fantasma del llano- le decían. Yo era el fantasma.

Desde luego, el visitante, al instalarse definitivamente, salía conmigo a todas partes. La gente pensaba que éramos hermanos.

Y, desde luego conoció a la muchacha. En realidad, desde ese instante, una chispita de celo se cuajó en mis ojos. Tonterías. Ella era así, coqueta.

Pasaron los días lentos de los pequeños pueblos entre viajes a las cantinas, juego de billar, peleas de gallos y bailes

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

sabatinos. Y diariamente dedicaba minutos a pensar en el visitante. ¿Vendría del cielo o de las estradas del infierno?

Estas cosas las traía envueltas en las borracheras, y entonces me daba por buscar la camorra. Pero el hombre, de una vez se dormía, y en la oscuridad, parecía desaparecer por la ventana en los caballos de las nubes. Siempre lo veía fugarse por los caminos que las nubes dejaban de trecho en trecho, en un caballo negro; él con sombrero blanquísimo y ropa negra, volvía el rostro y se reía a carcajadas.

Yo abandoné la escuela primaria cuando iba por el cuarto grado. Huí del pueblito aquel de mi patrona locaria. Era una señora buena y mala que solía darme rejo, pero de vez en cuando pan. Después olvidé la aldea y la patrona. No tuve otra familia en mi andar. Ahora llegaba el visitante; ¿Sería la patrona en forma de hombre, o el demonio mismo? Porque a una cosa imprevisible venía. A llevarme con el encantamiento de las tacitas de oro, a sus predios.

Cuando el visitante se sintió bien alojado hizo su primera prueba de dominio y objetó mis relaciones con la chica. Eso fue un domingo en medio de botellas y notas de sones populares en una cantina.

¿—Quieres que te diga una cosa-? le dije.

—¿Qué?

—Tú lo que quieres es quedarte con la muchacha.

—Te equivocas.

—¡Cuento! y agregué- no me vuelvas con esas "vainas". Creo que abundé en palabras de grueso calibre e insultos y los amigos tuvieron que intervenir.

Dejamos de hablarnos. Quise echarlo, pero- pobre de mí- descubrí que no tenía fuerza para tomar una decisión de esta naturaleza. La magia del visitante empezaba a podrirme.

Era acaso el asunto del viejo ricachón, de hacía veinte años, la venganza. Fui sólo una circunstancia en el asesinato.

Cierto que ya no soñaba con eso, pero los sueños me habían hecho huir del lugarejo, porque soñaba, casi siempre que le daba con el mazo en la frente, y le robaba el dinero que guardaba en la caja. Pero ahora en sueño o en realidad venía este Mundo Beltrán del carajo. Y aunque las relaciones entre él y yo volvieron al nivel de antes, por debajo algo anda-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

ba poniendo trampas en el camino. De seguro ya el visitante había averiguado lo que se decía de mí en relación al crimen. O podía suceder, lo que imaginaba, que el tal Mundo Beltrán no era Mundo Beltrán, sino otro tipo, algún pariente del viejo que venía a cobrarse la cuestión. Poco a poco, primero me quitaría la muchacha, luego el galpón, finalmente me mataría por la espalda.

De noche cuando quedaba, a veces, solo, sentía temor y confusión.

Por instante ocurría que todo cuanto oía, pasaba, veía, me parecía que hacía tiempo lo había visto acontecer en igual forma. Abría la ventanucha; entonces aquel toro que bramaba, la lluvia que empezaba a caer, el trueno de lejos, lo mismo me había sucedido a mí, en otras edades distantes.

No podía dormir y el amigo andaba por el caserío, me estaba aguaitando por las rendijas de la pared. Quedaba luego en espera de los tres golpes de la puerta y el consabido: "soy yo", que vivió repitiendo desde la primera noche.

Cuando recordaba la primera vez su "soy yo", por momentos se me obnubilaba el pensamiento y entonces me parecía que eso no había acontecido, que nunca había llegado el fulano de tal a la casa. O bien, creía que sí había llegado, pero esto databa de viejísimos tiempos, tan antiguos que tal vez, yo no existía. Mi patrona, quién sabe, me contaría un cuento parecido, cuando yo era muy chiquito y le tenía miedo de ir solo a obrar en el patio, porque un amigo mío me había dicho que allá en el fondo, en el platanal, a un primo suyo, que había ido a cagar de noche, no sé que bicho le había mordido los huevos. Pero tal vez mi patrona nunca me contó tal cuento y yo lo había inventado, porque de chiquito mi patrona me daba puro rejo y jamás me ofreció un beso. Sólo una vez me abrazó y salió desaforada a la calle, cargándome... fue para los temblores aquellos... los horribles trece temblores... Me oriné en la cama, volví agua todos los culeros y parece que yo mismo me hundía en el aguaje y los temblores, y en eso desperté y grité como diablo, y vino mi patrona y me abrazó.

– ¡Hijo... hijo mío!– y salió conmigo a la calle.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

—Desgraciado, ¡si estas meado y cagado!— nunca olvido que dijo esas palabras.

Bien, cuando entraba en estas consideraciones, sin llegar a comprender lo que ocurría, como para poner todo claro, en medio de la oscuridad sonaban los tres golpes y se oía: -Soy yo. . .

Era el visitante que venía con los vapores del aguardiente. Quien sabe si andaba con mi muchacha, por allá por los contornos del llano, a donde yo la llevaba ¡ay! hasta la habría hecho suya.- ¡infeliz!. . . Y fui sintiendo odio sutil por este hombre. El, por su parte, dueño de la situación, parecía burlarse y reirse de mí.

—Te equivocas- me decía- te cqnozco como si te hubiera parido; sé lo que estás pensando, pero no me voy de aquí.

¿Cómo si me hubiera parido? Matarme, eso sí, a eso venía el desgraciado. Aunque no demostraba mis aprensiones y temores, yo, en realidad no le tenía miedo. . . Miedo mismo, no. En el momento en que osara levantar la mano, lo mataría. Esta idea me llenaba de coraje. Lo voy a matar. . . lo voy a matar- me decía. Yo no me dejaría matar, ya lo había decidido. Pero no debía dejar traslucir estas intenciones. Cuando llegué a esta decisión entonces sentí alivio y prácticamente me liberé. Lo iba a matar. Me estaba quitando la muchacha y lo iba a apartar de esa ruta. El trataría de esperarme una noche oscura para acuchillarme, pero yo le iba a sorprender.

Y pasó lo que tenía que suceder. Fue una noche de fiesta, en que como de costumbre tomábamos en un centro de baile. La muchacha estaba allá, en otra mesa. Habíamos reñido, por algunas tonterías. La miraba como con indiferencia; lo mismo hacía ella. Discutíamos el visitante y yo en la mesa, como era lo habitual, y con el pretexto de calmar el alegato, él se levantó. Lo vi ir precisamente hacia la muchacha. La invitó a bailar y ella, sonriendo le acompañó. Yo, desde la altura de mis tragos, aparenté que no me molestaba el incidente. Terminó la pieza; volvieron a bailar. Yo seguí tomando mis tragos. Luego me dije, casi gritando, para oirme, en medio del escándalo de los altavoces: ¿a que si la vuelve a sacar a bailar le pego a los dos? ¿A que les pego de todos mo-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

dos? ¿A que me atrevo a abofetearla y a otras otras cosas? Todo el cuerpo se me fue crispando y ahora, una ola calurosa me subía hasta el cielo de la boca. Entonces vi que la convidó de nuevo al baile. La llevaba con una decencia desusada en estos "pindines". Pura hipocresía, me dije. Me levanté bruscamente del asiento y se derramaron las botellas.

Fui cruzando violentamente entre los bailadores. Cuando el visitante me vio hizo gesto cortés para cederme la muchacha. Yo la agarré, ella sonrió. La tomé por el escote y le rompí el traje. Creo, o eso oí en el tumulto, que quedó casi desnuda. El visitante me agarró; le pegué, lo patié. Saqué la cuchilla y lancé la puñalada violentamente.

– ¡Policía. . . policía. . .!

Creo que el hombre cayó ensangrentado.

– ¡Lo mató, carajo, lo mató. . .Criminal. . .lo mató!

– ¡No . . . no está muerto!

– ¡Hijo de la misma. . . la mujer quedó pelada! . . .

–¿Las luces, desgraciados, quién apagó las luces? ¡Policía!

Sentí golpes, trompadas, empujones. Me tiraban botellas. Pero huí en medio del apagón. Salí del recinto, tomé la calle pasé las huertas, gané el campo abierto. Parece que el gentío me seguía.

– ¡Cójanlo, allá va!- gritaban.

Pero más corría yo. Afuera, en el llano, la oscuridad sin estrellas, las piernas rápidas del pánico. Me quedaba toda la noche para desaparecer.

En medio de la desaforada marcha pensaba si en realidad había sacado la cuchilla y había herido al hombre. Le pegué o lo corté me preguntaba- ¿Y en dónde estaba la cuchilla? ¿La sangre? Huía acezando como pobre perro del mundo y nada más. Ya lejos, detuve la carrera. No me cazarían; tal vez ni me seguían. ¿Toda la algarabía que escuchaba detrás de mí no sería el oleaje de la sangre en las sienes? Entonces me fue tumbando el alma una pena mojada, espesa y fría. Yo, Mundo Beltrán, hombre macho, huyendo como abusión, como fantasma derrotado. El fantasma del galpón. . . No era mejor devolverse y entregarse, reconocer el crimen, ir a la cárcel. . . ¿Diez, veinte años, la muerte lentamente? Una culebra de duda empezó a enroscarse en mi cuello. Dentro de mis

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

músculos, los nervios se habían soltado como un millón de hilos de pescar. Eché a andar despacito; al llegar a una hondonada, bajo grandes árboles que allí vi, me eché. Aparecieron a través del follaje muchas estrellas y las conté, en mi angustia, una por una. Quedé dormido en el raizal.

Al día siguiente, ya el cielo claro, ¡pobre de mí! . . . seguí mi rumbo o la huida sin norte. Por los caminos olían las estacas florecidas. No hallaba sentido ni en las flores ni en el camino fresco. . . Caminé . . . caminé y caminé hasta orillar la tarde. La noche venía galopando más ligero que yo. Decidí escalar una loma altísima. Aunque se me iba el aliento en cada resuello, ascendía como duende asesino y derrotado, pero subía. Más me pesaba la conciencia y la angustia que los propios huesos. Me detenía para echar una mirada abajo, en donde todavía los pájaros de luces del crepúsculo revoloteaban. El Valle se extendía: "trabajaderos" maizales, cosas. La noche, con su pollera de luto vino y arropó en su vuelo las distancias.

Me senté sobre una laja negra y redonda. Arriba de mí subía un árbol viejo, muerto, de huesudas ramas. La negrura trajo estrellitas lejanas y un viento, al principio medio tímido y después aullador. Serían todos los perros del mundo que ladraban del otro lado. Ahora, en esta inmensidad nadie podría dar tres golpes de puerta y decir: "soy yo" . . ., porque los golpes, tendría que darlos un gitante, esos de los cuentos de patronas y de viejas, y ahora no había gigantes ni cuentos. De pronto, el escalofrío de la vida que me bajaba del corazón se me concentró en las puntas de los pies y sentí como si por los dedos empezaran a botar caños de agua.

– ¡Diablo! –exclamé– ¿qué es esto?

El corazón se me vino, como potranca asustada, a la boca. Quise incorporarme, pero no pude. Era como estatua de plomo sobre la piedra. Sentía la impotencia que se produce en ciertos sueños cuando, al parecer, se huye de un toro bravo y se queda uno clavado en el sitio. Me descalcé y sorprendido de los dedos gruesos. El hilo de agua se despeñaba hacia abajo, hacia el vallecito.

Esa noche ancha y terrible, sobre el fantasmagórico árbol cantaron y cantaron el "cocorito" y el búho, y alrede-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

dor, cientos de miles de capachos. El sueño se me fue de los ojos para siempre y así estuve despierto, sin dolor, con un ojo de agua, esa noche larguísima como la historia de la tierra. Cuando apuntó la mañanita el surtidor del agua me subía pantorrillas arriba. Asentado con las manos hacia atrás, afirmándolas sobre la roca, el pecho erguido miraba el centelleo de luces amarillentas que iban limpiando el hollín que aún quedaba de la noche. Los pájaros oscuros y pavorosos se habían ido. El día traía otras aves, otros chillidos. Entonces me di cuenta que la conciencia se me iba también con los chorros de agua. Traté de hacer memoria y sólo me acudían pedazos de cosas; algunas sensaciones confusas. Me parecía que después de estar agotado por esfuerzo descomunal me hundía en un remanso fresco. . . fresco, fresquito. . .y que me deslizaba vida abajo.

De lejos, de la profundidad lila del mundo observé un remolino de luz que se acercaba. Advertí que era un ángel. Debía ser tal como me contaba mi patrona que eran los ángeles. Pero este ángel transparente era una muchacha desnuda con las alas de mariposas. Daba vueltas en derredor como pájaro que ha perdido sus polluelos. Los lunares de sus senos formaban palabras como versos o poemas, pero no podía, con exactitud descifrar qué mujer de mi vida o de mi muerte era este ángel o diablo alado, o simple sol restallante. Iba el día abriendo sus cuchillas de diamante o de fuego que herían mis ojos. Ya los muslos se me habían convertido en agua. Yo, río abundante arrastrando piedrecillas de colores. Adelante iba a ser río de renombre. Se diría entonces. . . alguna patrona vieja contaría a su empleadito loco que una vez un hombre solitario que vivía en el llano. . . y una noche, muy tarde cuando se oyeron tres golpes en la puerta y dijeron "soy yo" . . .O bien el cuento sería otro cuento y simplemente se contaría al pasar: miren esta quebrada se llama la "quebrada del hombre", porque dicen que hubo una vez un llano, una muchacha y una vieja casa llena de fantasmas, allá afuera, pero que ya esa casona no existe, porque eran puros cuentos de los mayores que vivieron en el pueblo y ahora, en donde dicen que esos hombres vivieron está el cementerio. Y los muertos según se supo, de noche no fueron como los otros muertos que salían, sino que siempre estuvieron muertos. . .

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Mundo Beltrán es un bonito nombre y nada más, tal como una mujer desnuda es hermosa, convertida en ángel, con alas de "chigarra" Palabras. . .

El ángel o la muchacha desnuda me dijo:

– ¡Adiós Mundo, vida mía!

Y yo no respondí porque el agua me subía por el pecho y ya no podía decir nada.

Dicen que cuando el ángel o la muchacha desnuda bajó al vallecito se le quebraron las alas y quiso levantarse y caminar, pero vinieron mil "tuliviejas" que le echaban adelante cerros de alfileres. . .Entonces, en un remanso azulito que mi quebrada había creado en aquel charco de mi vida o de mi muerte. . .la niña desnuda decidió ahogarse, hundiéndose, pero pasó un alcatraz celeste y la dejó encantada. Ella en su encanto, de vez en cuando solía clamar, cuando alguien pasaba en las noches por allí: -Mundo, Mundo, Mundo Beltrán, ¡vida mía! . . . Vida mía, Mundo Beltrán. . . Mundo. . .

Eso se contaba después de mí, cientos de años. La gente lo decía, las abuelas en distintos idiomas indígenas.

En las azulinegras alas de una parvada de patos migratorios se fue el día zambullendo en la última noche de la cual yo pudiera dar cuenta.

De noche siempre temía que me tocaran la puerta. Y aquella maldita voz de "soy yo". ¡Oh!

También sabía fijamente que me iban a matar por la espalda, y por eso cambié mi destino matando al visitante. Pero ahora era la noche con el agua y los pavorosos "cocoritos" y capachos a mi alrededor. Sobre la piedra solamente quedaban mis ojos de cuarzos vivaces manando y manando agua. Punteó la luna su guitarrona, allá entre nubes que tenían forma de grandes caballos negros y azules. Sobre esos caballos apareció la cabeza sangrante del visitante y empezó a reirse. También los caballos se reían. Había además gatos de nubes y ellos respondían con maullidos peores: ñaauuuuuuuuuuuuuuuu. . .uuu. . .uuuuuuuuu. Se perdían lentamente las úes bramantes en el valle: ¡UUUUUUUUUU!

Sólo mis ojos, brotando agua sobre la roca negra, como cuarzos o cristales de roca, o chispas. Un descarriado pájaro

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

"brujero" acompañaba a los otros animales de la noche diciendo: Fi. . .fififi. . .fifififi. . .fi.

En eso vino un halconcillo de fuego y agarró los ojos entre sus garras y se los llevó a la luna que venía brotando inmensa y pálida de la tierra. La quebrada, bajo la tibia luz seguía su curso murmurando: rrr. . .chus. . .chus. . .bulúm. . . chiguas. . .uas. . .rr. . .suas. . .guas. . .chill, siur. . .urú, urú glu blu, urú. . .

Santiago de Veraguas
1948

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Seis Madres

A Faustina Marín Hidalgo

"En realidad, Seis Madres, es un anti-cuento a prueba de mentes burguesas"- Manuel Ferrer Valdés.

I

El mes de octubre se porta como es; las horas se deslizan de las nubes en hilillos de plata. Al caminar mi caballo se humedece y los zapatos se empapan en los charcos de agua. La gente observa y habla, tal vez de mí. La lluvia sigue. Yo cruzo la calle de regreso de la inútil búsqueda de trabajo; a mí me empuja el hambre, a mis vecinos, los detiene, en la esquina, también el hambre.

Lector, perdone que le diga algunas razones que considero de fuerza para comprender por qué escribo. Usted piensa encontrar un cuento y tal vez lo hallará líneas adelante. Le advierto que modifico lo que el año pasado elaboré, pues este trabajo ya fue publicado. Lo hice realmente para ganar el premio de un concurso y esta corrección se debe a la necesidad de mejorarlo. Un cuento, como todas las cosas, se transforma. Y algunos críticos consideraron que la obra estaba muy mal escrita y era cierto. El novelista Ramón H. Jura-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

do dijo entonces: "el cuento de Changmarín nos pareció bueno. Por momentos llega a tonos de confidencia que apena. A ratos juega con el lector con una claridad y candidez que nos vence. Pero quisiéramos decirle a Changmarín la importancia que para nosotros tiene la forma. Hay que castigar la expresión. Ligeros descuidos marcaron párrafos de gran belleza y sentido". . . Esto se explica, -digo yo- porque no soy un profesional de la literatura, sino uno más empujado por la realidad social, fundamentalmente en las batallas por los pobres, y decir tanto como que tengo tiempo para quemarme las pestañas en el ejercicio y la maroma del lenguaje y del estilo, sería fantasioso de mi parte. Pero admito que los buenos consejos no hay que echarlos en saco roto. Desde otra posición el escritor Renato Ozores dijo esa vez: "qué se ha propuesto Changmarín al escribir este cuento cruel", -Y agregaba: "Seis Madres da la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo sin contención una serie de emociones fermentadas en silencio y usando las palabras no para vestir, sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno" . . . "Seis Madres no es un cuento o al menos, no es un cuento cualquiera. Si acaso, es un gran cuento. Estilo descuidado, palabras repetidas innecesariamente, desarreglo en la forma. Todo cierto, pero ¿qué importa? Con todos estos defectos es un gran cuento, un cuento vigoroso. Hay en él una enorme sinceridad y lo importante es decir las cosas- afirma Pío Baroja- el gran desaliñado de la literatura- y no la manera de decirlas".

Llego a la casa, cuelgo la camisa de un horcón; me descalzo y noto que las medias están mojadas. Con las chancletas que elaboré de unos zapatos viejos paso el resto de la tarde. Es octubre llorón. Al menos la sopa está caliente, en medio de la frialdad malárica. Después, la digestión se retarda bajo una cosa simple: la noticia sobre un concurso de cuentos. Pagaban cien balboas, o dólares, por el primer premio. Confieso que pasé varios días discutiendo con mi mujer si debía participar. Yo, orgullo seudointelectual por medio. . .aquello de escribir por encargo . . . decía . . . Pero venció ella.

¿Y qué significan cien dólares en la vida de un hombre? Pero yo he repetido varias veces esa gran suma de dinero: si tuviera cien dólares en mis manos, cuántas cosas resolvería

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

con ellos. Sin embargo, ¿no dicen que en los concursos hacen trampas?

—Bah- argumentó mi mujer- échalo a la suerte.

Y la plata es necesaria, porque el trabajo, el "camarón" hoy, y el "chirito" mañana no resuelven la cuestión. Es mi problema y el de la mayoría de la gente. Los ricos también trabajan- dicen ellos- porque ponen a trabajar a los demás. Me quejo y no me quejo de la situación. La cosa es que la familia crece y en las tiendas suben los precios. Y esta frialdad y los catarros, las cagaderas de la niña, las glándulas inflamadas; las medicinas por las nubes, todos: yo, mi mujer, la niña, mi madre. . .

Esto es: cuando agarro unos reales se esfuman entre pagos de la comida, la luz, el alquiler y las deudas. Vivo con unas deudas largas y pienso que eternamente estaremos endeudados, vendidos, alquilados. . . ¡Caramba. . . que vaina no! Y vuelva a los "camarones" y a los "chiritos" por allí. Cae la niña enferma. En los hospitales la gente está a tres por cama y no hay ni yodo. Corre uno a casa del amigo para pegarle un "plomo". Va al médico, a la clínica privada, se hace la visita con pago. La consulta, por lo barata, no baja de seis dólares (y no digo balboas, porque son eso, exactamente dólares) luego, las recetas. . .

—¡Cállate, no hables de los médicos!—

Después hay que pagar la deuda, viene el papelito discreto, luego la llamada indiscreta. Anda uno huyéndole a las "culebronas", como prófugo de la sociedad.

Había un sastre en el pueblo que siempre hacía la cátedra en su tallercito: "Hay que luchar por una sociedad en la cual no se permita a unos morir de hambre y a otros de hartancia".

Mi mujer decía justamente que debía escribir el cuento por los cien dólares.

—¿Si un obrero trabaja por dólares, por qué ustedes los intelectuales- decía ella- piensan que no pueden escribir versos a tantos pesos por línea?-

Aquí llueve todos los días, no hay manera de secar la ropa y los únicos zapatos; deshumedecerse un poco. La noche de octubre es así, trae la tristeza. Sin embargo, hay cierta

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

belleza en todo. Mi mujer dice: -"Yo no entiendo, porque tú vives hablando de la "octubrera" y que si la lluvia y cuento, y luego hablas de la poesía de las goteras de agua". . .?

–¡Son las contradicciones, no sean tonta!–

Ella se revuelve en la cama con una barriga de ocho meses; se levanta y va a ver a la niña de dos años; regresa, jala la manta y dice: -"Son como las doce de la noche; esta es la hora en que tu máma y tus hermanos no podrán dormir, porque ya te dije que el agua se cuela por todos lados en esa casucha vieja"-

Y así amanece: la lluvia traspasada por una miseria de sol. La niña parece una muñequita sucia; llama y besa, pide tetica y la mamá la complace. Echo el agua en el platón. Huele a café.

–Fríete unos plátanos- digo-

–No hay plátanos.

–Bueno, yuca. . .

Tomo la niña y espero el café. La mujer carga, tal vez un "pelaito" en la barriga, ciudadano de la patria que hallará, según van las cosas, una situación peor. El Presidente puede hablar muchas vainas en sus discursos, pero no entiende la barriga de mi mujer. Ellos se las arreglan sólo en las borracheras del Club Unión, con sus "rabiblancas".

Y entonces viene diciembre y los curas hacen las comuniones de los niños inocentes, y los comerciantes engordan con los regalos a las madres. Mi caso es llevarla al hospital, para que la próxima criatura no se nos muera como la anterior, por un mal parto, y habrá que pagar el hospital; porque de otro modo, en la llamada sala de caridad –¿caridad? bueno, eso es más o menos a la suerte–.

Con un pedazo de pana limpio los zapatos húmedos; arriba en la estufita que querosén está la camisa, ya seca y la tomo. Doy un beso a las dos mujeres y salgo. La pequeña dice adiós detrás de la rejilla. Tengo un "camarón" visto y voy, como de costumbre, pero con otros pensamientos: buscar el tema para un cuento. No obstante la gente, los jóvenes y niños saludan, sonríen, algunos cantan. Yo imito y avanzo con un poco de risa. Paso por el hospital, recuerdo la cuestión. Tal vez cien dólares sirven para asegurar el parto.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

–Tú tienes miedo de ver el asunto como es -habla mi mujer- Dices que no te importa si voy a la sala de caridad, pero es cuento. Sí te da pena eso, porque a fin de cuentas, eres un intelectual.

–No me importa, te lo digo, ¡cierto!

Pero finalmente ella me convenció y cuando supo lo del concurso no me dio tregua: Tú puedes ganarte esa plata, escribir un cuento no será más difícil que parir. Y ahora te digo como el sastre: déjate de pendejadas, "pequeño burgués", y échate a la candelada-

En esto, como en otras cosas, yo andaba titubeando de un polo a otro, y sacaba mis teorías de la independencia de criterio, porque, en fin, yo no vivía de nadie, ni quería andar de político engañando a la gente. También había política en mi lugar y ofrecían dineros. Ese camino podía seguirlo, y de pensar lo que había hecho un tipo revolucionario, rebelde y huelguista, me dio mucho que pensar, porque al final de cuentas, de marxista que era el hombre, según decían las malas lenguas, terminó, ya como funcionario del gobierno prosternándose y mandando a los revolucionarios a las cárceles. . . Y vivía en una eterna duda de todo, porque en el fondo, yo veía la vida perra, pero andaba buscando un centro, una especie de paz sin odios y discutía con los amigos sobre la posibilidad de una sociedad en la cual patronos y trabajadores se entendieran y se amaran. Bueno, al día siguiente todo se me caía al suelo, en los debates, y la realidad me quitaba los argumentos. El sastre me la llevaba ganada cuando al término de la discusión me decía con mucha suficiencia: "¿Y tú crees que Carlos Marx era tan güeveta para no entender que todo esto no es más que el fruto de la lucha de clases?"- Y con esa sabiduría de sastre, él afirmaba cosas que yo aceptaba como ciertas: "-Proudhon (Yo no sabía quién era él) fue el primero en sostener científicamente que la propiedad es un robo. . . Y Lenin el gran bolchevique; gritaba nuestro amigo- dijo: "Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro"- Si dijeron eso o no,- nadie lo discutía; en la placita, el sastre era la cátedra.

Sí, claro, por lo menos debo intentar escribir el cuento y con estas esperanzas vuelvo por la misma calle vieja, llena

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

de lodo. Al regresar paso por el mercado, por si las moscas... pero ya no queda más que falda y huesos de cabeza; compro los huesos.

—Lo que le pasa a usted, mijito, es que no cree en Dios. Vaya a la iglesia, rece, encomiéndese, ¡arrepiéntase!-

—Déjese de fábulas, doñita, que Dios está tuerto y sordo; ¡no oye a los pobres!

—¡Ave María Purísima...! ¡Virgen del Rosario! ¡Alabado sea el Santísimo! ¡Satanás! . . . ¡Canalla del desierto!...

Como todas las noches rebusco y no encuentro el tema para el dichoso cuento. Son cien dólares. Allí esta la compañera. Sus ojos cambian de verdosos a casi amarillos. Borda sobre el tambor algún juego de camisa para el que viene. Esto es el fruto del catre. Yo mismo, para ahorrar hice el catre; es sólido, no se ha roto. Cine de pobre, el catre, la noche lluviosa, la manta hecha de sacos de harina "mariposa", el amor.

No hay nada más bueno que moler a rejo limpio con tiempo de lluvia, es mejor que la carne asada, que un trago de buen ron, que un poema de Rubén Darío, que un auto de último modelo, y por eso nacen las criaturas.

El sastre en su cátedra decía: "Ese Malthus tuvo que ser un clérigo cabrón, porque dijo que la culpa de la misera de los pobres la tenían los nacimientos de los niños y por eso se justificaban las guerras..."

—¿Encontraste la cuestión del cuento?

—No linda, lo voy a escribir sobre ti...

—Sí, ahora mismo, ¡métete! . . .

II

Decidí venir al campo a buscar el cuento. A la sombra de un alto espavé meto los pies en el arroyo que pasa presuroso; tal como ha ocurrido cientos de años, el agua corre.

El sol se limpió la cara y todo brilla, ahora sin la garúa de octubre. Cedros, guayabos, rocas negras, el llano suave, quieto, silencioso. Sobre aquellas lajas, debajo del ciruelito, mi madre, cuando yo tenía cinco años, me enseñaba a contar. Utilizaba la metodología de una totuma con granitos de maíz

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

que yo debía contar uno a uno. Pero dice que era muy flojo y me ponía a llorar. En estos contornos nacimos. A la maestra del maíz, mi madre, se la llevaron cuando era bella y cantaba tonada de tambor; pero en la ciudad la pájara quedó muda y no cantó más. Nacieron otros en la casa. Un día como a los siete años de edad -me dijeron: "vea niño, ese es su papá"- En el poblado anduvimos como perros extranjeros, de cocina en cocina y de tugurio en tugurio, y así nos "alevantamos". Cargar solita con ese peso la enfermó.

El cura solía decir: "Felices los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos; palabra de Dios".

Alguna gente conocida afirmaba que la culpa la tenía ella, por enamorarse de poblanos, por andar con las novelerías de la ciudad. Pero la primera vez que conocí al sastre, éste enfurecido en la placita gritaba: -"Qué carajo, si los alambres de los ricos le fueron quitando la tierra a los campesinos y así tenían, entonces suficiente mano de obra libre para alquilar comprar y vender".

Yo a veces salía de madrugadita a vender tortillas y arepas que mi madre hacía y de vez en cuando, alguna rifa. Uno de niño entiende, desde luego, muy pocas cosas, pero cierta mañana mi madre con unos ojazos- que ahora entiendo eran de amargo llanto- me aconsejó que me portara bien, que yo me quedaba en el pueblo donde una gente, para hacer la escuela y ella, amarrando unos bultos de ropa se los puso en la cabeza y se volvió al campo. Después una señora vecina me dijo algo que tampoco comprendí aquella vez: "No llore mijito, lo que pasa es que su papá la echó, porque va a meter a otra mujer allí. ¡No llore, que eso no es nada niño!- Y para contar, podría contarse, pero la historia es larga y dolorosa, mejor es darle vuelta al asunto.

Distinto era el problema de la vecina, la esposa del ingeniero, porque uno no podía entender la crisis de ese matrimonio que no tenía, al parecer, nada que pedir: linda casa, lindos niños, lindo carro y hasta lindo perro alemán.

Pero algo no funcionaba. Mi mujer descubrió que había otro hombre metido, porque las mujeres captan estos asuntos con un olfato policíaco muy desarrollado, y yo no lo creía. Pero era así. Una viejuca que solía llegar a la casa y que

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

metía su hociquillo por doquier, sostenía en largas discusiones, que en realidad la vida de los pobres era mejor que la de los ricos: -"porque usted ve que esos señores blancos del otro lado se la pasan peleando como perros, y no son felices; los ricos, repetía, no pueden gozar la plata, porque hoy, es la pelea en la familia; mañana, una enfermedad mala en la misma raíz del culo. . ." – ¡Vieja mal hablada! . . .

Mi compañera daba explicaciones muy claras acerca de que esa teoría de la felicidad en la pobreza eran puros chismes de ricos y curas para que nosotros viviéramos como tal. Pero la viejilla, enseñando con su flaco dedo a la vecina en forma acusadora, insistía en que ella tenía la razón. Uno no podía creer las cosas, porque la vecina se desvivía en el barrio por la gente y nunca se dio tono de muy emplumada. Sus niños se emporcaban con los pelaos de la calle y todo allí permanecía normal. Tal vez el asunto venía de mucho antes, o eran puros chismes.

Un día, no obstante, se oyó gran escándalo de: "- ¡me marcho con los niños! ¡Que no! ¡Tú no comprendes! ¡Me mataré! etc.".

Y el marido la dejó sola con la cocinera y la casa vacía, sin los niños y hasta sin el lindo perro alemán.

La dama se encerró.

Nadie la vio más.

Se puso rara y la llevaron a la capital a una clínica. Se suicidó.

Miro el agua, cruzan las sardinas como puñales; los "chogorros" azules, nerviosos camarones, piedras y yerbas de colores. Fragancia de guayabos e higuerones florecidos, es el campo. De lejos, en el viento, bocinas de autos, la ciudad. En realidad en Panamá llamamos ciudad a pequeños poblados, porque tienen iglesias, cantinas, tiendas y otras cosas. Mi tendencia es escribir sobre el campo, no porque crea que es lo más fundamental, sino por cuanto está metido más en mí que la ciudad. Y recuerde lector, que ando buscando el tema para los cien dólares.

Sí, la llamada ciudad, la aldea con autos y anuncios comerciales. A menudo paso por una casa donde hay un niño

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

que me gusta mucho. Le dicen el gringuito. La abuela vive de hacer rifas y yo soy un cliente viejo.

–¿Usted cree? -dice- no ha debido tener ese hijo. Es una loca. Eso le pasó por andar con los gringos. Desde que los norteamericanos pusieron esa base militar del diablo allí, ¡¡para que fue la cuestión!. . . el mujeral detrás de los soldados del caraste. Pero, en fin, las muchachas de hoy, hum. . . son como son . . . ¿Antes a quién se le ocurría salir con forasteros y mucho menos con gringos? Y allí está su fulito cagaleche, y ¿a dónde fue a parar el desgraciado del padre? A ella se lo he dicho: no quiero que pise más esta casa. Pero la culpa la tiene el padre, porque la consiente. Yo, como es de su conocimiento soy una mujer, carajo, de quien nadie puede decir nada. ¡y que lo digan! . . . Mis hijos, con excepción de ella me salieron rectos. No es que yo sea de malos sentimientos. . . ¡no lo permita mi Padre Jesús de la Atalaya! Todos los días rezo por la buenaventuranza de mis hijos, pero no por ella. Me esmero en que sus esposas los traten bien. Quiero a toditos los nietos, menos a ése. Pero mi marido es otra cosa, porque en verdad él sí es gringuero, y como no le cuesta nada criarlo, porque yo soy la que mantengo la casa, hum. . . ¡Y que traten de traérmela aquí! . . . Que vaya a ver por cuál guerra del mundo anda su soldado . . . ¡Pobrecito el gringuito, si el niño no tiene culpa de lo que hicieron sus padres!" . . .

Empezó a chispear menudamente; de nuevo la lluvia. Salgo del arroyo y camino hacia el ranchito. En la cocina está mi abuela. Me echo en la hamaca chinchorra con el cuaderno de apuntes: ris. . .ris. . .ris. . . la hamaca en su viejo ir y venir, su rasgueo, su canción de cuna, cosas de los pobres. Los delgaduchos perros husmean junto al fogón. La abuelita usa pollera montuna de zaraza y no quiere ponerse la moda de la ciudad. Nadie pudo sacarla del lugar, a pesar de los alambres y del ganado del terrateniente. Va al mercado del pueblo, con su sombrerito, una flor: caracucha o clavel en la oreja, y su andar de palomita tierrera. Llega el abuelo con el motete en la espalda.

–¿Jallo la vaína?

–No señor.

– ¡Mucho jumo, doña!

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

–Curpa suya que ya no sabe ni descoger la leña buena.

–¡Perro! Ajá. . . si usted quiere cuentos, cuentos tengo yo para llenar este rancho.

–Venga niño a la mesa.

Hora del almuerzo: caldo de yuca y ñame, con culantro, arroz blanco, un huevo frito, tajadas de plátano. . . El agua entra por la varazón del rancho; oscurece, hace hambre. La abuela pone el vinagre oloroso.

Ella era el orgullo de la familia que se dispersó por la ciudad a buscar salarios. Era la raíz, el origen, el verbo. Y nadie pudo llevársela del rancho: su palo de ciruelas de San Juan, la piedra de moler la masa para la tortilla, la quebrada con sus sardinas y su cancioncilla de espumas. Tenían, ella y el abuelo, tres vaquillas; después solamente una. Y también la vaca vieja estaba allí como una estampa, rumiando; los perros, a la orilla del fogón, el gato, su mundo pequeño. El abuelo en las tardes tomaba la guitarra socavonera, punteaba recostado en su banquillo de cedro amargo; tocaba un punto montijano y en el crepúsculo llegaban los vecinos a oír al "mestro" "guitarrero".

–Buenas tardes-

Y el mundo se apagaba.

La gente se fue del caserío, nuestra familia, principalmente, y en la casa, los últimos en emigrar fuimos mi madre y su prole. En una carreta tirada por bueyes cupo todo cuanto teníamos y una mañana dejamos el campito por el viejo camino, entre carates, ciruelos de puerco, y árboles de barrigón y Panamá florecidos. Nunca olvidó que detrás de la carreta caminaba la abuela llorando.

III

Se me hizo noche. Para regresar al pueblo tomo otra vereda. El chis chis del agua continúa; de lado y lado, cercas; aquí el rancho abandonado de los hijos de Nicanor Pino; allá la choza de Chutra Caparacho el viejo que tenía fama de brujo y no era brujo. El caminillo oscuro serpentea y se empina, por lo abrupto del terreno. Algarrobos, lagartillos y esta-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

cas de balo; estrellas chorrean entre la ramazón; se prenden y se apagan. De vez en cuando se desgaja una rama vieja; entre mugidos de otras ramas, allá arriba de las copas de los corotúes. Los bejucos cuelgan con sus manos de fantasmas. Se espesa la noche hecha agua y lodo; hacia un lado se desbocan las lomas y los picachos en imperceptibles precipicios.

Para espantar el miedo canturreo un son y hablo conmigo: un cuento, hacer un cuento, tener necesidad de plata. Yo soy un hombre de la calle y los cuentos los busco entre las gentes. Por este camino retorcido y negro nadie escribe un cuento. Un cuento, un cuento, un cuento, un cuento. . .

– ¡Ay. . .ay!

Ahora no soy yo. Es un grito lamentable y quebrado, diluido, arrastrado, un grito de llanto, un llanto de grito. Y el eco se lo lleva por las lomas oscuras: ¡ay. . .ay. . .ay!

Algo chapalea débilmente en la ciénaga; gime, parece que brama. ¿Animal? ¿Gente? Algo camina o se arrastra.

– ¡Ay. . .ay!

Por los caminos, de noche, bajo la lluvia, oscuro, dicen las gentes que salen las abusiones. Se me paran los vellos de los brazos y la nuca. . .De nuevo el ¡Ay! . . . Es el llamado de una mujer. ¿Cómo puede ser?

– ¡Oiga, señora, mire!

La tulivieja o mujer, la cabellera desgreñada y suelta; la veo al trasluz de los relámpagos, poco menos que arrastra el cuerpo escuálido de una persona muerta. La silueta o sombra flaca carga, empuja, solloza; lleva a su hombre difunto por el lodo y el agua sucia del sendero. ¿Quién será? Debe ser Esperanza, porque dicen que ya estaba loca; loca de amor y desesperación.

Valerio Hidalgo muerto; se fue muriendo poco a poco. Maltratado peón de vaquerías y de potreros, tuberculoso abandonado de los hospitales y los médicos; vencido en la gris y subterránea batalla del bacilo y del hambre. Ahora, tronco podrido, capullo mojado, tusa, estopa, mierda, cagajón humano, de regreso al campo, no en su caballito de paso- Valerio Hidalgo era el único muchacho que tenía un caballo de paso en el lugar, en sus buenos tiempos-, para el San Juan, la cantadera, la "rabiadera" de ganado; él, gritador y salomador

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

bueno para una mocha y para el desbrote del potrero de don Lucio. Entonces, recio macano, tenía, un valor y un precio; sus manos producían monedas para el señor de las vacas y de paso iba al pueblo a comprar cositas y hasta algunas telas para hacerle la ropa a los niños. Esperanza misma la cosía, pero de repente, un día sintió el hombre que las canillas le flaqueaban, que no tenía "juerza nada", que se ponía amarillo y "cuencón", y escupió, una vez, un poco de sangre. Y al principio creyó que era cualquier catarro mal cuidado y siguió en la joda del trabajo, pero cuando ya era claro que estaba sumamente tísico, don Lucio lo despidió del trabajo para que no contagiara los demás peones y al ganado de leche.

¡Qué mala leche de Esperanza! ... Porque todo se vino abajo; la fruta se cayó del árbol y sobre las cuerdas de alambre del camino se espantaron, como derrotados torditos negros, las esperanzas. Alguién le dijo a la mujer que llevara a Valerio a la capital, porque en el interior no había cura para ese mal. Y después cuando fue a buscarlo, no se lo querían entregar. Para que no se muriera allá tan lejos del campo, prácticamente hizo que el hombre se fugara; era la fuga con la muerte que traía adentro.

– Es por gusto, Esperanza, ¡si ya estoy muerto! –

Esperanza vendió el caballo, los pedazos de cortes de montes, algunos enseres y quedó realmente en la miseria. Entonces empezó su vida de pordiosera, se fue a la ciudad y en las plazas gritó:

– Señores, me muero de hambre. Yo tenía un hombre y ustedes me lo dañaron. Señor alcalde, déme algo. Tengo tres hijos, también con hambre. Yo soy la mujer de aquel Valerio Hidalgo que votó por su partido y le trajo la gente; votos para su diputado, aquel "ñopo" que nos prometió el mundo... Usted maestro, mestrico, que me apuntó los niños para la escuela, yo soy Esperanza, sin esperanza; ¿para qué iban los niños a aprender a leer y escribir, para qué, niño?

Los curiosos rodeaban a la pordiosera; la loca, la que siempre venía a pedir limosnas y hablaba por las esquinas; la que concluía sus delirantes monólogos insultando a don Lucio: -"Don Lucio lo mató trabajando...

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Alguna gente mala de la calle se burlaba de sus imprecaciones y le gritaba: –Loca. . .loca. . .

Y ella, la loca Esperanza se defendía diciendo, desde lo más profundo de su miseria: ¡Junaputas! . . .

Para aquella época, el niño más chico murió, como se mueren algunos angelitos en el campo, comiéndose a sí mismos, royendo los huesitos de las manos. Esperanza lo enterró, ella solita, sin rezos ni lamentos, cantando a la usanza vieja un "punto e llanto" casi hecho gemido y saloma verde; le puso una cruz de rama de guayabo y no se cansó de cantar la copla toda la tarde y toda la noche:

"Adiós lucero del día,
estrella de la mañana,
que tengo la teta llena,
y ahora, a ver, quién me la mama!"

A Valerio, los vecinos lo llevaron en hamaca al pueblo para que recibiera la bendición del santo cura, porque los caminos estaban hechos fangales y el religioso le tenía temor al lodo.

–Hijos, si me lo traen acá, pues señor, esos caminos, válgame dios; además acá les sale más barato. . .–

Después de la bendición, según algunos, era cuestión de horas y llevaron al despojo "llamarse" Valerio Hidalgo a un galponcito abandonado, situado en el viejo camino real y allí estuvieron ese día los trabajadores del campo; uno de ellos, intentando latinazgos y frases de rezos viejos; persignándose todos para ayudar a bien morir una criatura hecha de Dios, toda revisada y disminuida, sometida a lastimera y contumaz agonía, para pagar así los pecados capitales de los nunca arrepentidos de este mundo. Pero Valerio se moría, aún parecía duro, todavía era hombre y se agarraba frenéticamente a la pollera de su mujer, al filo de la vida, para no irse y dejarla a ella, en peor muerte. Tres días largos estuvo el moribundo y sobreviviente de la sociedad democrática, apostólica y romana, el expeón de don Lucio, el rico del pueblo en la angustia de fin de vida y no acababa del todo.

– "Hay que acabar con esas ideas extrañas del sastre

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

-había dicho una vez el señor cura- Estan corrompiendo a la juventud y a los campesinos. Ya empiezan a faltarle el debido respeto a sus padres y patrones. Sastre luceferiano, algún día habrá que llevarlo a la placita. . .sí, amarrarlo a cuatro caballos y descuartizarlo, para salvar la civilización y la santa religión".

Por eso los vecinos regresaron al campo. Alguien comentó: son cosas del diablo -Ella, la loca estuvo con su hombre hasta el final. El, en un momento tomó un impulso, se incorporó, pronunció la palabra vital: - ¡Esperanza! . . .y se desgajó. Ya era de noche y llovía.

Como no podía resistir un llanto de siglos, ni llorar a falta de lágrimas, porque sus ojos se habían volado; porque todos los alambres de los infinitos latifundios se le enredaron en la garganta, ella, la abandonada, la negada por la sociedad, la enajenada; solita, allí en su velorio de miseria, en su absoluto silencio de neblina, de verdecita garúa de octubre, entre las sombras breves, con el desprecio de los blancos de la ciudad, por su jerarquía inútil, a esa hora; ella también gabazo, desecho, pavesa, ceniza, tizón apagado, resto, residuo, despojo, migaja y piltrafa, Esperanza, la loca tomó lo que quedó de Valerio Hidalgo -que casi no era nada material, tan sólo la cascarita subhumana- y lo arrastró de vuelta al campo: con el escudo sobre él. . .

– Esperanza– le dije.

– ¡No!

– La ayudo.

– ¡No, carajo!

– Oiga. . .

– ¡No. . .yo no quiero que nadie me ayude! Ayayai. . .por este mesmo camino me trujo él a mí, en el caballo, cuando me robó de la casa. Ahora, lo llevo yo (se desploma sobre una roca con las huesudas manos en las rodillas) ¡Vale mío muerto. . .ay! ¿Quién tiene la culpa? Sí, la culpa no la tuvo nadie: ni don Lucio que lo mataba trabajando para sacarle la última gota. Ni los que no me quisieron ayudar. Ni el monte que se nos terminó. Ni los niñitos que también se morirán. Ni yo que me estoy muriendo. Ni Dios. La culpa, ay Vale mío, sólo

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

la tenías vos! Eso es lo que nos merecemos por ser lo que semos-

Sobre mis hombros subo el difunto, guitarra sin cuerdas, tallo deshojado.

– Siga Esperanza.

La lluvia arrecia. De los árboles caen frutas y pepitas. Resbaló sobre el camino. Por la espalda corre el agua que chorrea del cuerpo del muerto; bajan quebradillas por la frente y se cuelan por mis labios. A cosa mala sabe el jugo de los difuntos. El viento mojado me traspasa, la manos inertes del finado me tocan así como se llama a las puertas cerradas. El camino se retuerce negro y resbaloso como sierpe. Delante de mí, no llora, sino grita Esperanza. El eco de lluvia y lamentaciones se pierde sobre los oscuros rastrojos cosechados. Y así llegamos al ranchito. En la puerta están los niños, pero es como si no estuvieran. Son criaturas transparentes. Así como están pueden morirse esta misma noche; un viento fuerte y se caen. En la cama de madera lo deposito, lo envuelvo con algunos trapos y sacos de henequén. Esperanza se recuesta en una banqueta, solloza; la tiento y parece afiebrada. Así en el insondable silencio quedamos. Los niños no se duermen, sino que miran despabilados y me dicen: -¿Siñor, tata se murió? ¿Sí, verdad? ¿Se murió Vale?--Les digo que eso es cierto, que Valerio se murió, que se acuesten, que duerman.

–¿Nojordaá? . . . ¿Se murió tata? ¿Vale se murió, siñor?

No hay luz; entre la varazón del rancho, algunos pedazos de estrellas. Pero aparecen en la penumbra las cosas materiales, los haberes de los expropietarios de la tierra, los ciudadanos, hijos de Dios. . .De la oreja de un horcón cuelga la mocha vieja, ya sin filo, a su lado lo que fuera un motete; dos o tres camastros de carricillo, cueros de vaca como colchón; allí mismo, las tres piedras frías del fogón, y ni siquiera un perro flaco o un gato hambriento; todo hecho mugre y silencio. Esta es, a la hora de la muerte, la sagrada propiedad de la familia Hidalgo.

"–A ese sastre bolchevique, agitador y terrorista que está envenenando la mente de nuestros feligreses, señores; especialmentemente la de nuestros mansos y creyentes campesinos –decía el cura– hay que descuartizarlo en la placita,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

porque está contribuyendo al derrumbamiento de la familia humana, al desquiciamiento de los eternos valores del espíritu y de la propiedad privada. . ."

De lejos, el fucileo nervioso de las centellas, y el tum bulum bum bum. . .de los truenos. Un cocorito se plantó a cantar en el higuerón. Los niños parecen figuras de almanaque pegadas en el bajareque, calcomanías grandes, llena de inmensos ojos preguntadores.

Salgo a mirar el rumbo de los astros, a calcular la hora de acuerdo con los entrecortados cantos de los gallos. Se presiente el gemido del amanecer. Pero el campo ya no es el campo, y la tierra de Esperanza no es su tierra.

- ¡Se murió Valerio Hidalgo. . .!- Dirán los campesinos de choza en choza. Los pájaros en la alta copa del espavé cantarán, como si nada. El día viene sin tomar en cuenta que unos rían u otros lloren. Pienso que ya, con las primeras claras del día alguien pasará y me ayudará a enterrar al hombre. Allá en el patio, la pequeña cruz de guayabo. Esperanza no respira, es como si también se hubiera ido con Valerio. La toco, busco el pulso. Salgo de nuevo al llanito, pero no viene nadie; sólo transita la menuda lluvia y de vez en cuando, entre laberintos de nubes pasan las tres marías, el carro y el lucero moledor, arriba el horizonte.

Cuando Esperanza era una moza y llevaba la comida, al medio día, a la peonada, todo mundo tenía que hacer con ella, por sus ojos verdes y su mata de pelo negro.

Pierdo el sentido del tiempo aquí en la estrechura del rancho; los bultos tendidos, los niños pegados a las paredes, como carteles de anuncio de la miseria. Al fin los chicos caen rendidos, como espigas; trato de acomodar a Esperanza, pero descubro-todos recordaban sus inmensos ojos verdes y su brillante pelo negro– que la pobre, la loca, la amante, la desesperada yace definitivamente muerta, para siempre y se junta con Valerio en su silencio.

Señor lector, por estos caminos he viajado muchas veces, con mi sombrero y mis sentimientos campesinos enredados en los sueños. ¡Cuántas ilusiones nacieron en sus recodos llenos de pájaros y de palomas titibúas! Cuando florecían las estacas de balo en el mes de febrero, sus racimos lilas; o los

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El Diario de la Yegua del Alcalde

A Luis Hernández y a
Manuel Torres Sánchez

6 de Marzo. 12 m.

¡Diablos, qué sed!

Allí viene el juez municipal, como siempre: bemba caída y ojillos de comadreja metidos para adentro. Mezquindad hecha persona. Ayer se me quedó mirando, burócrata empedernido; no cabía duda, miserable, se burlaba. Contemplar a una yegua como yo, sin amo en el mundo y amarrada a este palo de almendro, en donde la justicia de estos sinvergüenzas me ha colocado. . . ¡qué destino! Por ser animal de cuatro patas, yegua estúpida, incapaz de advertir que la plaza pública no es un lugar para cuadrúpedos.

Yo tengo cuatro patas. Cierto. . .aunque el juez puede tener más que un ciempiés y hélo allí, de funcionario judicial. Bueno, repito que bajaba de su oficina, prendió su tabaco inmundo. . .se me quedó mirando. Luego se acercó con esa risa boba de imbécil y echándome un mundo de humo en la cabeza empezó a revisarme. . . ¿qué buscaría? Sé que no soy una hermosa yegua, pero si me veo desmercida ha sido por la perra vida que he llevado.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

tupidos ciguas canelos olorosos. . .entonces salomaba y la melodía zigzagueaba por la ruta y el lomerío. Vine, como dije al principio, a buscar el tema para un cuento. Todavía llueve. Lo he hallado, pero comprendo que definitivamente no lo voy a escribir.

Santiago de Veraguas, 1947

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Digo que el hombre juez llegó, y en lugar de comportarse como correspondía a su cargo, negociante, al fin, lo hizo como el más vulgar de los tratantes de blanca: me levantó el rabo y exclamó con toda grosería:

--Esta puñetera no tiene ni fierro; ¿de quién será?- Entonces se le acercó un policía y entablaron el diálogo. Dijeron en resumidas cuentas, que no valía la pena pagar al municipio ni un balboa por mí. Sinceramente creo que puedo valer unos doce dólares, para decirlo en inglés. Soy útil: cargo leña, puedo hasta moler en un trapiche. Todo depende de que me den buen pasto. ¿Por qué dicen que no valgo nada? En razón de que consideraciones me evalúan. Comprendo que los patrones pueden poner un precio a una mercancía por debajo de su verdadero valor, magia de los mercaderes. Si no estoy equivocada, de esto habló con mucha eficiencia Carlos Marx. Y tal vez sea posible un grado de comparación entre los valores que represente el juez y yo, no comprendo mucho de las relaciones humanas, ni de economía política. Pero hay una cuestión de ética: yo no me estoy vendiendo. Lo que ocurrió —oh, ¡mala estrella! . . .— fue que tontamente salí del callejón llamado "El Chorrillo" y desemboqué en la "Calle Real". Allí me lazaron, y aquí me tienen. El magistrado ha dicho que no me compraría ni por un dólar. Nadie lo tiene amarrado, aunque se sabe popularmente que a él lo compran hasta por mucho menos.

Ahora veo que el juez se despide. Allá va: enteco, lujurioso. Yo, amarrada a un árbol. . . ¡tremenda injusticia! El me levantó el rabo. ¿Para qué habrá hecho eso? pregunto. . . Y dijo que no tengo ni un fierro que me distinga. ¡Cierto! El sí tiene uno bien marcado, para diferenciarse del resto de animales que le rodean. **¡Fierro negro en su alma de zorra. Putrefacto!**

Termino de escribir por el momento.

¡Bendido sea Dios, señor!. . .

¡SED TENGO!

6 de marzo. 11 p.m.

Ni siquiera el pedazo de soga con el cual me tienen atada me permite estirar el pescuezo para morder aquel montoncito

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

de hierba. Si pudiera prenderlo me la pasaría mascando toda la noche así casi tan inútilmente como el Juez masca diariamente su chicle. El rocío caería más tarde y remojará el montoncito de paja. Yo sorbería gota a gota, porque la garganta se me parece a un camino polvoroso y reseco.

La noche resulta ventajosa para este martirio. No hay moscas. Como tengo el rabo pelado se dan gusto de día.

Hace algún tiempo: "juventud divino tesoro", tuve una cola hermosísima, casi plateada, motivo de rebuznos de categoría. . . ¡Ay, pero eso fue en otro tiempo! . . .Era para la época en que tenía yo un amo, amito bueno, cariñoso, que me trataba como a su igual, como si me hubiera parido.

Recuerdo cuando regresaba de las lomas, cargada yo de sacos de maíz, él arriba. Me parece oirlo:

--Sea por Dios, señor, me apeo en este punto, porque la pobre "animala" va muy cargada-

Y el amito adorado se bajaba: me acomodaba la carga, y al llegar a casa, antes de cenar él, me daba de comer a mí. Me picaba un poco de caña, y de sobremesa me regalaba mazorcas de maíz. Incluso, me acariciaba la crin; me decía palabras cariñosas. Pero está visto que lo bueno no dura. El viejo se acabó y una tarde se lo llevaron en una caja negra y todos los vecinos iban detrasito, "adolenciados".

Y yo llevo su luto todavía, porque desde que él murió no he hecho otra cosa que ir cuesta abajo, amigo, hasta ayer, cuando sin darme cuenta -- ¡qué burra soy!- fui a dar a la calle principal en donde vive la "ñopería" del pueblo, y en eso pasó el jefe de la plaza al mando de esta zona, en su carrazo y me disparó un insulto propio de su condición:

-- ¡Vea usted, la yegua del carajo!-

Luego, para mayor desdicha e ironía me corretearon los presos amarrándome a este viejo árbol de almendro, en el parque del poblado, frente a la casa municipal, justamente al lado del cuartel. . . ¡Qué vida! No aparece el ánima del viejito amito para que suelte a su yegua querida. ¡Qué buen hombre

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

aquel! . . .Era un campesino luchador, no un juez almidonado.

Allí vuelve a asomar su hocico "mi capitán", como le dicen servilmente los subalternos. Altanero e hipócrita. Siempre con los ojos por encima del hombro. Su frente estrecha, la quijada de banqueta. Pelado al "coco" para infundir pánico. Sólo sabe gritar. Adora el elogio. Pero cuando aparece un superior, luego se arrastra como una babosa, y hay que verlo miserable y lacayuno, frente a los oficiales yanquis que le visitan a menudo. . . ¿para qué vendrán esos gringos?

Sin embargo me contaron que hace algún tiempo, cuando se alzaron en la sierra unos muchachos, entonces "mi capitán" se metió debajo de la cama de su querida y allí lo halló un sargento cagado de puro miedo. Bueno, frente a mí es otra cosa, pobre yegua sin respaldo económico, social o político, ¡cómo me grita! Entonces sí es valiente. No ese valor mío de yegua desamparada que soporta esta tortura, sino la prepotencia de quién, subido sobre sus botas, y armado hasta los dientes, cree verdaderamente que su base es inconmovible, su sistema invulnerable, eterno. El valor del tigre frente al chivo amarrado.

Ocurrió que jalando y jalando, hace un rato, me pude soltar. ¡Santo Dios! . . .Salí como loca, despavorida- ¡ah error! . . .hubiera esperado la noche. Salté por encima de las matas del parque. Di vueltas y seguí hasta hallarme junto a una estatua. De lado y lado me atajaron chiquillos mocosos. De una vez acudieron los presos de "confianza" -pobres desclasados-. . . -encargados de recoger a todas las bestias que andan sueltas por las calles. . . ¡cómo se complacían!. . . Mi tragedia era su gozo. Antes de que me echaran garras no sé como fui a dar a la puerta de la iglesia, en medio de la batahola exclamé: –¡Virgen. . . en la casa de Dios, respeten mi angustia! . . . ¡Qué va! Al llegar a la sacristía hacia donde huía para arrodillarme y pedir perdón por haber osado pisar la calle de los ricos me volvieron a tirar la soga en el pescuezo. "Mi capitán" mandó a que me dieran una garrotera de padre y señor mío.

–Yegua irreverente, atea, comunista, -oía entre palo y palo. Los garrotes me dejaron la frente hecha un "rajadero" de leña, y por eso estoy sangrando. Nada puedo hacer. ¡Qué

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

aquel! . . .Era un campesino luchador, no un juez almidonado.

Allí vuelve a asomar su hocico "mi capitán", como le dicen servilmente los subalternos. Altanero e hipócrita. Siempre con los ojos por encima del hombro. Su frente estrecha, la quijada de banqueta. Pelado al "coco" para infundir pánico. Sólo sabe gritar. Adora el elogio. Pero cuando aparece un superior, luego se arrastra como una babosa, y hay que verlo miserable y lacayuno, frente a los oficiales yanquis que le visitan a menudo. . . ¿para qué vendrán esos gringos?

Sin embargo me contaron que hace algún tiempo, cuando se alzaron en la sierra unos muchachos, entonces "mi capitán" se metió debajo de la cama de su querida y allí lo halló un sargento cagado de puro miedo. Bueno, frente a mí es otra cosa, pobre yegua sin respaldo económico, social o político, ¡cómo me grita! Entonces sí es valiente. No ese valor mío de yegua desamparada que soporta esta tortura, sino la prepotencia de quién, subido sobre sus botas, y armado hasta los dientes, cree verdaderamente que su base es inconmovible, su sistema invulnerable, eterno. El valor del tigre frente al chivo amarrado.

Ocurrió que jalando y jalando, hace un rato, me pude soltar. ¡Santo Dios! . . .Salí como loca, despavorida- ¡ah error! . . .hubiera esperado la noche. Salté por encima de las matas del parque. Di vueltas y seguí hasta hallarme junto a una estatua. De lado y lado me atajaron chiquillos mocosos. De una vez acudieron los presos de "confianza" -pobres desclasados-. . . -encargados de recoger a todas las bestias que andan sueltas por las calles. . . ¡cómo se complacían!. . . Mi tragedia era su gozo. Antes de que me echaran garras no sé como fui a dar a la puerta de la iglesia, en medio de la batahola exclamé: –¡Virgen. . . en la casa de Dios, respeten mi angustia! . . . ¡Qué va! Al llegar a la sacristía hacia donde huía para arrodillarme y pedir perdón por haber osado pisar la calle de los ricos me volvieron a tirar la soga en el pescuezo. "Mi capitán" mandó a que me dieran una garrotera de padre y señor mío.

–Yegua irreverente, atea, comunista, -oía entre palo y palo. Los garrotes me dejaron la frente hecha un "rajadero" de leña, y por eso estoy sangrando. Nada puedo hacer. ¡Qué

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

anti-militares. Los apalearon (No sólo a las yeguas, me dije yo: mal de muchos, consuelo de tontos).

A las cinco y media pasaron junto a mí dos viejas beatas con chalinas negras tiradas por sobre sus hombros caídos -digo yo- por los años y las malas intenciones. No hay beata buena. . . Se detuvieron y empezaron a hablar de mí:

—Estos animales -dijo una- amarrados en el parque, llenan de estiércol el ambiente.

—Es verdad -dijo la otra- tan cerca como está de la iglesia, no debería ser sitio para estos asuntos.

Murmuraban de un hecho simple, aislado de los acontecimientos, pero no se apiadaban de mí, lo que debía ser justo, de acuerdo con sus normas. . .¿qué normas? No se afligían de que yo estuviera presa durante tres días con sed y hambre (dar de comer al hambriento. . .) ¡eso no! Y como al parecer, todavía no daban el tercer toque, se sentaron en una banca vecina y volvieron a soltar la lengua.

—Oigame, no supo lo del padre P?

—Para que usted vea, pues. . .

—Eso estaba visto.

—Sí.

—Dicen que ahora lo van a mandar para Guatemala o para guatepeor.

—Así dicen.

—Pero cree usted señora que la fulanita abortó de veras?

—Hija, estoy segurísima.

—No, porque yo pensaba que el motivo era la otra.

—¿La doña aquella?

—La misma, ¿qué le parece?

—Bueno, pero le diré que la culpa la tienen las mujeres.

—Estoy con usted, ya que no deben tentar a los curas, mija, si ellos también son varones. . .Oiga, y las tentaciones son las tentaciones!. . .

—Pobrecito el padre P, fíjese, tan amable, . . .con esa sonrisa delicada de Papa Santo, ¿y qué ojazos, no?

El último toque llenó el parque con su pollera de niebla estremecida. No entendía ni pizca de lo que hablaban las viejas, porque siempre fui atrasada en religión.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

¡Ah! . . . ¡viene el día con el grito de los trabajadores y el zumbido de las moscas asesinas!

¿DIOS MIO, DIOS MIO, POR QUE ME HABEIS ABANDONADO?

7 de marzo.

11 a.m.

Algún día este alcalde imbécil las pagará. Un poquito más y me voy a caer desplomada. ¿Quién me lo mandó? Si me hubiera quedado con la recua por el llano, a estas horas estuviera rumiando, al menos las estacas de las cercas de estos ricos. ¿Qué importa, si ellos tienen el mundo entre alambres, estaca más o estaca menos? Luego me daba mi buena remojada en la quebrada de San Juan. ¡qué gusto! . . .Pero - ¡ah. . . vanidad de mujer! . . . ¿qué hacía yo por las calles?

Ese día andaba con un caballo, un poco joven él. Pero como tenía hierro en el anca, a la hora vino su dueño; pagó al tesorero la multa, el tesorero le mandó esa plata a su mujer para comprar la carne, y el caballo se fue con su amo.

--No te preocupes- me dijo entre relinchos- buscaré a un abogado para que te ponga una fianza o un habeas corpus. . . Hum. ¿tinterillos conmigo? La justicia es relativa, o mejor dicho, es cuestión de clase social. El caballo del alcalde y el burro del gobernador andan sueltos y nada les pasa. Así es la vida. El mundo tiene muchas cosas que nosotras yeguas sin imaginación, no podemos adivinar. Hay también ciertos caballos y burros de categoría, sobre todo si pertenecen a las grandes haciendas y tienen marca norteamericana. Estos son intocables y patean a la humanidad. Pero yo soy una pobre yegua del proletariado caballar, y no tengo derecho a otra cosa que a permanecer aquí, amarrada a este viejo árbol, puesto que aún no tenemos conciencia de nuestra fuerza. ¿El abogado que iba a venir? ¡Ah, caballo demagogo!. . .

Justamente detrás de mí hay una piedra grande, amarrada a ella con un perno, la vieja cadena a la cual ataban en la época colonial a los rebeldes, a los esclavos y a los negros cimarrones. Los azotaban y después para calmarlos les untaban sal. Ahora me azotan a mí. Pero algún día azotarán al alcalde. No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Después de mi muerte, puesto que de esta ruta ya nada me

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

apartará, huesos quedarán en los llanos que contarán a las generaciones venideras la injusticia que se cometió conmigo. Y hasta será posible que algún piadoso o romántico concejal proponga que se cambie el nombre a la "Calle Real" por "Calle de la yegua mártir". . . O levanten un monumento sencillo en donde graben estas palabras: "Aquí yacen los huesos de una yegua torturada en la época en que los ricos pensaban que dios los había dejado para explotar y joder a los pobres. El martirio a que fue sometida para aquellos tiempos demuestra que todavía la diferencia entre los alcaldes y las bestias no eran de significación alguna".-

La ilusión que tengo de saber que ha de llegar un día justo y luminoso para todos, hombre y animales, sin "Calles Reales" ni categorías absurdas es lo que, en cierto modo, me da un soplo de aliento y el estoicismo necesario para resistir los empellones de esta muerte. La veo llegar, ya no la temo.

Para decirlo casi filosóficamente, no me queda otro rumbo que desembocar en las profundidades angustiosas, sin contornos, en donde una deja de ser yegua, ente material, para transformarse en materia inanimada, en cuero, cagajón o flor. Sé que por momentos volaré en el pico de los gallinazos. Al menos los gallinazos tienen la virtud de empaparse las alas en el puro rocío del mismo cielo, y sabré si de verdad el cielo es azul o no y si tiene ángeles. Yo creo y no creo.

Pero estos jueces, capitanes, alcalduchos y torturadores de la humanidad, no tienen por delante sino la noche oscurísima, apenas iluminada por ráfagas de fusiles, o destellos mortales de cuchillas. Serán desnudados y con ramas de ortiga venenosa los azotarán por el mismo culo, para que recuerden la primera camisa que les pusieron. Mi sangre derramada no será inútil, como no ha sido inútil la de los héroes del pueblo.

¡Ay . . .Pero que sed, Dios mío! . . .

Nadie se apiada de mí, porque en este mundo los hombres han invertido el valor de las cosas y a lo bueno le llaman malo, y a lo malo bueno. ¡Ah. . .perro mundo alienado! . . . Para algunos tan sólo soy una idea, una apariencia amarrada a este árbol. El árbol, en tanto árbol, es también otra apariencia. Mas sin embargo la vida se me está escapando como la lucecilla de una vieja lámpara campesina.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Carajo, y no me quejo ni grito, porque soy muy yegua.

"PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU".

8 de marzo.

2 de la tarde.

Los ojos no me caben en las cuencas. En estos momentos acaba de pasar el caballo del gobernador cerca de mí, y aunque hablamos el mismo lenguaje, se hizo el desentendido. La diferencia de clase sigue determinando mi angustia. Las patas me tiemblan. Tengo frío. Una mosca que se encarame en el espinazo y me tumba. . .

8 de marzo.

4 de la tarde.

Sufrí la primera caída. Entonces el alcalde ordenó que me torcieran el rabo o me metieran un palo por atrás. Miserable. Alma de perra.

Hice profundos esfuerzos y me incorporé. Pero me estoy derrumbando de nuevo en un precipicio infinito.

"HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO".

9 de marzo.

No sé qué hora es. Cuatro días tenía de estar atada al árbol de almendro. No comía, no bebía; sólo defecaba, hasta cuando se me acabó lo de orinar y deponer. Bajó la noche a los techos feudales de las casas y parecía venir con un manto de negruras y puñales escondidos. Oía sobre el asfalto de las calles circunvecinas el tintineo de la "carretilla de la muerte" . . .De pronto un hálito de vida rebotó en mis orejas. Un hombre apareció en la plaza. Gritaba. Luego supe, por los policías, que era Luis Hernández. En el poblado todo mundo conoce a Luis Hernández, porque es un famoso carpintero; muchacho inteligentísimo, corajudo y de buen corazón. Luis nació en la calle del "Chorrillo", puro pueblo, no en la plaza mayor, la de los godos.

Eran las nueve de la noche, aproximadamente. Ya las beatas habían pasado a sus cubiles y por las ventanas de los palacetes de los ricos destellaban los programas de televisión. Pero una discusión rompió el silencio de grillos y ranas. Con Luis venía otro carpintero, Manuel Torres Sánchez; al parecer

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

regresaban de alguna cantina en donde habían pasado el sábado entre copas y copas.

–Mira, Manuel Torres -dijo Luis.

–Manuel Torres Sánchez, que no somos iguales- respondió el otro.

–Bien M.T.S., te voy a decir una cosa.

–Venga.

–Mira, yo soy hombre.

–Yo también.

–Soy hombre aquí y en todas partes y te lo voy a demostrar. ¿Ves a esa pobre yegua que desde hace casi cuatro días estoy viendo amarrada a ese palo de almendro?

Un chorro de sangre me recorrió todo el cuerpo. Me ruboricé.

–Este alcalde -continuó Luis- no comprende, carajo, que las yeguas son humanas, que tienen alma y que el Código Penal en su artículo tal y cual castiga toda clase de torturas...

– ¡Adentro abogadillo!

–No, si yo conozco algo de letras, pero este alcalde es un pobre capador de perros, y lo manda el capitán, que es un jodido.

– ¡Muera el capitán!

– ¡Abajo el gobierno!

Ante tales gritos las viejas de caras enharinadas asomaron sus trompitas por las ventanas... ¡lechuzas! Pero la guardia no hizo caso, porque ya conocían la boca de Manuel.

–Mira M.T.S. -insitió Luis- para probarte que soy hombre aquí y en todos lados, y además hombre de sentimientos cristianos y de "ñapa" revolucionario, porque de que soy soy, oye, a que suelto a esa pobre yegua, aunque me lleve el diablo. ¿ah? Te apuesto Manuelito el trago de anis, ¿ah compadrito?

–A que no la sueltas, carajo.

–A que sí la suelto. Lo que pasa M.T.S. es que tú no sabes quién soy yo aquí en este pueblo y muchos están engañados conmigo.

–Cierto.

–Yo me atrevo... ¡cómo que no me atrevo! Voy a soltar esa yegua aunque, ¿me oíste? . . .aunque los de allí enfrente, me lleven preso. La cárcel es para los hombres. . .La suelto,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

compadre, porque en mi casa me enseñaron a respetar el dolor ajeno.

–Soltála, Luisito, soltála, que si sale el capitán capitancillo, le voy a decir en su propia cara esto y aquello.

Entonces vino lo más peliagudo para mí. Se acercó el carpintero Hernández. Yo temblaba. No sabía si podía huir, si tendría fuerzas. Pero, cosa insólita, ya no me preocupaba mi propia suerte sino el pensar que por libertarme a mí fueran a encarcelar al buen hombre. El muchacho vino, me pasó la mano suave por la cabeza, como lo hacía el amito dulce y me soltó, ante los confundidos ojos de los policías.

– ¡-"Juye, yegüita linda"-!– me gritó.

Pero yo no podía mover las patas. En eso llegaron los policías y los dos protestantes se pusieron a gritar con más encono.

– ¡Abajo la policía!

– ¡Abajo el gobierno!

¡Y yo, madre mía, sin poder moverme! Los gendarmes agarraron a los dos sublevados y los ataron, al igual que yo, a sendos árboles. Me volvieron a encadenar a mi almendro. Oí voces agrias, insultos procaces, bofetadas; cosas de policías.

–¿Viste, viste, yegüita bruta, por qué no "barajustaste"?– me recriminaba Luis.

–Estamos amarrados –exclamó Manuel– en estos históricos palos de almendros, bajo cuyas sombras se firmó el acta de la independencia de Panamá... ¿Te das cuenta Luis? Iba por el acta de independencia de esta desgraciada provincia nuestra. Decía que estamos atados los más importantes de la región: Yo Manuel Torres Sánchez, Don Luis Hernández y la doña yegua, carajo... ¡abajo el gobierno, vuelvo y digo!...

– ¡Abajo!

Yo no pude oir más. Sentí venir la muerte que agonizaba desde mi rabo, pasando por el espinazo. Sufrí una pesadilla babosa, deseperante. Soñe que comía, que comía y que comía y que comía...Luego sorbí ríos de agua fresquita...Agua...agua...Luego me vino gana de defecar, y lo hice con facilidad, pero no echaba mojones, sino que cagaba

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

al juez, al alcalde, al gobernador, al capitán, a las beatas, al cura burlador, a los torturadores, a los emperfumados de la plaza mayor y a los ricachos de la "Calle Real" ¡santo Dios! . . .Al final de la pesadilla vislumbré, entre nieblas a los insubordinados carpinteros, allí amarrados, pero ya no parecían figuras humanas, sino personas como yo. . .

Y cosas de la hora de la muerte, acudió a la memoria la santísima figura del amito. Después la borrosa estampa de mi madre. ¿Saben? . . .Cuando anduve con ella, yo potrilla, ella madre orgullosa de su cría. . .cuando, ya destetada y medio abandonada me pusieron aquel fierro que se me borró con los días y los caminos.

Adiós, adiós. . .comencé a trepar por el almendro con la música de la muerte, dulzona, gelatinosa, apagadilla. Sentí un impulso brutal por implorar al cielo, y me queje:

¡"CONSUMATUM EST"!

--Es por gusto, -murmuró, cerca de mí una cigarra verde- Dios no existe.

Santiago de Veraguas 1965

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

-Y dice don Quinterito que si le mata el gato le pagará bien, amigo Tranca. Porque tienen mentado por allá, que dizque es el único cristiano que podía acabar con el animal. Pues dice el patrón, que tresantes ayer le comió tamaña novilla. De modo que vuervo y digo que si mañana siempre va, pa entonces dir con usted yo y otros más.- dijo desde su caballo el vaquero.

–Apese, amigo.

–No, gracias.

Era uno de esos domingos largos y desesperantes de la sabana, que suelen no acabarse nunca.

Tranquilino, al frente de su choza afilaba una daga nueva.

–Ajá. . .

El hombre dejaba de amolar, vacilaba, se rascaba la cabeza. No se atrevía a tomar una decisión. Porque ese mismo día, en el pueblo, el guardia le había entregado la tercera boleta para que compareciera, precisamente, el lunes a la alcaldía, para el asunto de Don Quinterón.

–¿Entonces? -inquirió el mandadero- Dice don Quinterito que el tigre lo vieron en el breñal de los guarumos. ¿Sabe? En el plan del cerro.

–Abájese. . .

–No, si voy de apurito.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El tigre, un jaguar, al decir de la gente, estaba muy desarrollado... ¡Qué manazas! Tenía más de dos meses de hacer daños en las haciendas de los Quintero. Resultaba extraño, pues éstas no eran tierras para tigres, ya que todas habían sido transformadas en potreros. De seguro, era un animal extraviado, huido de sus guaridas, ¿quién sabe por qué...?

La difícil situación que rodeaba el animal lo convertía, no sólo en desenfrenado carnicero, sino en un tigre verdaderamente feroz, dispuesto a enfrentarse a cualquier hombre.

Los Quinteros decían que el gato era un bicho cobarde frente a las personas y pagarían una buena suma a quien le diera muerte, ya que los daños eran cuantiosos.

La fama del gato creció entre los campesinos, quienes tradicionalmente sienten pánico por las fieras mayores, sobre todo, cuando se supo que se había comido a un muchacho de diez años.

Tranquilino Rodríguez era hombre manso y bien trabajado. El espeso cabello greñudo y sus pobladas cegas negras, contrastaban con los ojillos azulencos. Era el único hombre de por esos rumbos que tenía un par de ojos azules. Y se le veía, por la mirada, que tenía un "cararter" amable el campesino. En ese puesto había deshojado los sesenta años. Una casita de paja, al lado del camino real, a dos horas del pueblo. Vivía ahora solito, porque los hijos se le casaron y la mujer se le acabó. Como por no decir, y para un cierto pasar, cultivaba la huerta: plátanos, frutales y un cañaveral.

Para los meses de verano se iba a los ingenios. Una o dos semanas, según aguantara el penoso trabajo, y el resto del año... entre la huerta y la cacería. Entre un salario de doce reales y un desayuno con guineo chino. Pero su fama de cazador y hombre valiente, era de sobra conocida. Por eso don Quintero pensó en él para darle fin al gato.

Sin embargo Tranquilino tenía un problema grande.

A hora de su choza, camino real arriba, estaba el pueblo. Era una aldehuela que tenía un campanario, un cura y un alcalde. Pero más importante que la misma iglesia, primor de blancura en la lejanía, era el grupo de casonas de los Quintero.

Toda la mejor tierra de los alrededores les pertenecía.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Los campesinos habían quedado arrinconados aquí y allá, en las faldas y laderas de los cerros pelados. Los Quintero tenían la comunidad en sus manos, sin embargo entre ellos grandes contradicciones; a menudo se peleaban por un torete, una muchacha, o por un quítame allá esa paja. No se podían ver don Quinterito y don Quinterón, dos primos, de los más encumbrados. Quinterón era nombrado Apolonio Nepomuceno Quintero Díaz. Por mal nombre le decían también –pero jamás en su presencia– "Tío Tigre". Tal vez por lo peludo de su pecho y de los brazos, o por su voz tronante, o por las cejas rizadas y terminadas en punta, hacia arriba, tal como dicen que las tiene el diablo. Quinterito –así le apodaban, porque era chiquito– llamaba José de Jesús Quintero Pérez. Sangre de un mismo tronco, no obstante, tenían sus propiedades tituladas, cada uno por su lado.

"Tío Tigre" era de temer por el dinero, su influencia y su pasado. Pero también por su gran tamaño, de donde le venía el sobrenombre de Quinterón; apodo que sí le gustaba. En realidad era el padrote de la familia y el cacique del distrito. Se había quedado con las mejores tierras, y se contaba, que cuando un primo lo quiso parar en el camino de sus atracos, "Tío Tigre" lo aguaitó en una curva del camino real y le atajó el resuello.

Por eso se decía que "Tío Tigre" debía vida, pero nunca fue a presidio, porque aquello había sido por el tiempo en que se "arrastraba la manta" y se hacía la ley de cada quien, como que Quinterón, para esa fecha, era el alcalde.

Quinterito creció bajo su alero, pero cuando en una política se le fue a la oposición, lo apartó violentamente.

Al único que en cierto modo, temía Quinterón era al señor cura, porque, a pesar de todo, le tenía miedo a la muerte. Con todo y eso, el mismo cura, al frente de don Apolonio parecía simple sacristán de obispo. Pues aunque ya estaba riquito y tenía, también sus cabezas de ganado cebú, blanquito, eso lo había logrado amparándose en "Tío Tigre", que le había permitido encerrar algunas hectáreas, sobre la base de servir al amo, desde el púlpito o en el confesionario.

Las tierritas del padre, que se titulaban, tierras de la Virgen de la Concepción, quedaban justamente en la parte

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

sur de la huerta de Tranquilino, ya que en el norte empezaban las de don Apolonio.

La disputa que tenía Tranquilino con "Tío Tigre" ocurrió porque los camiones, a falta de buena carretera, no podían llegar al poblado, en el invierno, cuando llovía mucho, a buscar el ganado del señor. Y Quinterón había decidido construir un embarcadero de ganado, precisamente en la huerta del pobre cazador.

En realidad, el embarcadero no ocupaba ningún apreciable espacio, pero "Tío Tigre", además, pensó hacer un corral grande; enderezar su alambre, y era por lo tanto mejor quitarle todo a Tranquilino.

El alcalde había citado a Tranquilino, ya varias veces.

—Vea manito Tranca, vaya a la oficina, le digo . . . vaya. Ya usted sabe quién es Tío Tigre, yo sé y todo el mundo que usted tiene la razón . . . Pero mejor, véndale al hombre el sitio y déjese de líos— le dijo el policía la primera vez que lo notificó.

Pero Tranquilino no se atrevía a ir. Ese domingo, otra vez el guardia lo halló y le extendió el papel.

—Carajo, esta es la última —le dijo— como no vengas mañana lunes, amarrado te voy a traer.

Y pensando en eso estaba: ir o no, cuando llegó el mozo de don Quinterito, con otro asunto: a que ese mismo día, el lunes, le matara el tigre.

Tranquilino dejó de amolar. Anochecía.

—¡Ombé, qué vaina, no! . . . —exclamaba por sí el hombre atribulado.

—Va o no va . . . ¿qué me dice? —insistió el mozo.

—Le digo, que ni sé— fue la respuesta.

—Bueno, lo que es que si va —recomendó el mozo recogiendo la nuca del caballo— se lo noticea tempranón a Quinterito, pa' dir yo y otros varios.

El mozo arrancó su bestia y allá en el fondo se hizo un puntito. La manta de la noche de un rabazo prieto lo tapó bruscamente. La última chispa de luz dio en la cabellera de Tranquilino. Los ojillos azules refulgieron de repente.

Pronto quedó el cazador sumido en esa soledad vagarosa, interminable de los caminos de campo, por donde ya

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

no transitan las personas, ni se dejan oir "salomas" ni palabras.

De que el tigre era feroz, eso no se discutía. Si Tranquilino se disponía a tropezarlo por aquellos riscos, no sólo corría riesgo, sino que ponía en peligro lo que le restaba de vida. El animal debía estar en constante acecho. Dominaba el altiplano desde el breñal, allá arriba de la montañita. El ya estaba viejo, y su vista no era la de antes. Cojeaba un poco por el reumatismo.

¿Cazar el tigre ese lunes? Le iban a pagar, cierto, aunque los Quinteros tenían fama de tacaños. Pero, ¿qué diría la gente si no se atrevía a echarle mano al jaguar? El día coincidía con la última boleta para ver el caso de don Apolonio Nepomuceno Quintero. De no comparecer, la guardia vendría a su choza, lo amarrarían y, si hacía oposición, de seguro lo apalearían, como ocurrió con su compadre, que falleció después de la "leñera".

Noche "escura" sin contornos la de este domingo. ¿Ir o no ir?

Era fama de "Tío Tigre" el andar, diariamente con un "chirrión" o vergajo en su mano derecha, con el cual solía tocar o chicotear a los vecinos; a veces por juego; otras, para que no olvidaran quién era el amo del lugar. Cuando entraba en cólera, las puntas demoníacas de sus cejas, se arqueaban más hacia arriba, hasta tocar las anchas de su sombrero de junco amarillo. "Tío Tigre" no sabía perdonar; era vengativo. Resolvía sus pleitos y asuntos, a su manera. Cuando le daba la gana llevaba la víctima a la oficina, para jugar con ella como el gato con un ratón, pues allí tenía a las autoridades en sus bolsillos. Pero cuando algún campesino osaba oponérsele, delante del mismo alcalde, lo agarraba a foetazos.

Tranquilino ya se veía delante del guardia, llegando al poblado, pálido, como una hostia; con la cabeza agachada. Pasaba por la casa de "Tío Tigre", quien estaría ya, a esa hora, sentado en su sillón de cedro, con el chirrión en la mano y sus cejas arqueadas, riendo socarronamente. Allá la iglesia —primor de blancura— en la puerta, el cura con la sotana raída. Más adelante, la casa de don Quinterito, que le había mandado a matar el tigre.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

–Puñetero, ¿por qué no fuiste a matar el tigre que me comió otra vaca? Te voy a joder– eso le diría Quinterito.

Seguía el pobre ajusticiado. El policía detrás, en su caballo. Alguna gente recogida en la plazoleta. Al fondo la alcaldía. Todo mundo sabría ya que la suerte de Tranquilino, el único vecino que tenía, por esos rumbos, los ojos azules, era la suerte del perro viejo.

Muy cierto que la huerta le pertenecía; allí levantó su familia, se le había muerto la mujer, era la sagrada propiedad. Dios en los cielos, tenía que saberlo; santos Don Bosco y San Gabriel, deberían conocerlo. Padre Jesús de la Atalaya, estaría de su parte . . . ¿Por qué habrían de arrebatarle ese "Culaito" de tierra?

–¿Padre, deberé dir o no a la cosa del hombre? –Le preguntó un día, al cura– Usted es sabedor de que esa huerta es mía. Que colinda con sus tierritas de la Virgen de la Concepción. ¿Qué me aconseja usted señor cura, que es tan sabio?

–Mira, buen hijo –respondió el cura– yo mismo perdería esta tierrita, que como tú sabes, no es mía, sino de la Virgen, si me meto contra el hombre. De modo que, mejor, no le busques las cinco patas al gato.

Don Apolonio es don Apolonio . . . y has de saber que los que como tú, aquí en la tierra, son los últimos, cuando mueran serán los primeros, allá en el cielo, al lado del Señor.

Ya se veía Tranquilino entrando a la alcaldía. Desde que recibió la primera citación, había estado con diarrea. Temblando esperaría la orden de sentarse en el banquillo. El secretario leería un documento, pues el alcalde era medio analfabeta. Luego aparecerían de algún viejo cajón, un par de códigos. Para Tranquilino los códigos eran, algo así como esos libros de lomos dorados que hay en lo profundo de las iglesias; o como esos estantitos, en donde el cura mete el cáliz, algo verdaderamente sobrenatural, con un tal poder de castigo, que de sólo verlos, ya se exponía a pasar el resto de la vida en los oscuros y fríos calabozos de las lejanas cárceles de las ciudades. Por allá, en donde los policías usan carabinas con bayonetas caladas y aperrean a la gente.

Un frío de "peje" le estremecía las vísceras al pensar en

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

la cárcel. Verse amontonado en un presidio, abandonado de todos, siempre mandado por guardias altaneros, eso le hacía temblar en el asiento de la alcaldía, sobre todo cuando oía el taconeo de don Apolonio que entraba en el despacho como en su propia casa. Tranquilino sabía que sus manos iban a sudar; que no le saldría una palabra de la boca, de puro miedo, de un gran miedo, de un pavoroso miedo que iba a sentir frente al dueño de la región, con su chirrión en la mano, junto a un guardia vestido de verde -muy amigo para pedirle regalado yucas y plátanos, y muy soberbio cuando se plantaba frente a Quinterón- . . . y la maldición de esos códigos, leyes, artículos. Luego la voz del secretario que leía sin levantar los ojos la sentencia, acordada la noche anterior en la tienda de "Tío Tigre". Su huerta era su huerta, muy cierto, Señor del cielo . . . si todos los santos eran testigos . . . pero su miedo era su miedo.

Y en ese momento su pensamiento lo llevaba, como a un sitio lejano en la historia y en la distancia, rodeado de soledades y altiplanos, en donde él, como un mono solitario, imploraba al cielo cosas imposibles; porque todo, todo estaba contra él, y el universo era muy grande, inmensamente grande, y él muy chico, muy débil, infinitamente incapaz de oponerse a nada. Grandes tormentas hacían maldecir al cielo en rayos ensordecedores, y las aguas se derramaban violentamente. El era una cáscara de naranja en el océano, un miserable frijol, en la infinitud del mundo . . . Ya le parecía escuchar el trueno de la voz de "Tío Tigre" en aquella maldita alcaldía, y saber él, Tranquilino, que nada podía objetar, nada podía decir, y que incluso, si lo quisiera, desde lo más profundo de su alma, nada se atrevería a decir . . .

Entonces, ya con el fresco de la noche y el parpadear de las luciérnagas, Tranquilino dejó de pensar en eso. No pensó en nada más y allí quedó dormido, recostado de la pared de su rancho, perdido como un mojón en el camino real de la curvatura de la tierra.

Pero tampoco el sueño lo dejó tranquilo. Aguijoneado por los nervios continuó tejiendo la trama de sus emociones de esa tarde.

Se vio, en el sueño, de pura madrugada, cruzando los

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

alambres de los Quinteros, con su escopeta lista, la daga afilada, y su perro que le seguía los pasos. Iba con los pies barriendo el rocío que menudeaba aquí y allá, sobre los montoncitos de yerba mordida por el ganado. El perro, entonces tomó la delantera y el hombre apuró el paso, hacia el breñal de los guarumos que sobresalía entre las nieblas. Apurando, para que el día no lo agarrara antes de llegar al altiplano, el hombre apenas tenía tiempo para detenerse a prender la pipa y seguir apremiado por la aurora que venía detrás, con su cendal de estrellas. Debía coger al tigre en su hueco. Subía y bajaba lomas, guiado por la lámpara de sus pies, y el olfato de su perro. De vez en cuando se topaba con una vaca, que de repente se levantaba del suelo resoplando. El frío de la mañana le templaba los nervios. Su mano cargaba la escopeta con holgura, su pulso lucía sereno, los pies acudían en las distancias con aplomo, el corazón latía rítmicamente, como el de un niño. El tigre podía salir de un momento a otro, detrás de un matojo, cuando ya dejara el ganado y empezara a escalar la loma. El animal iba a estar, como decían los mozos, en los huecos oscuros que hay en la montañita de los guarumos. Allá, entre unas rocas grandísimas, de seguro estaba el gato. Y fue trepando el altiplano con decisión firme. Y en la medida que ascendía, iba percatándose que detrás suyo, venía el claror de la mañana, abriéndose como abanico. Entonces el perro flaco indicó, con sus orejas, que algo extraño olía en el aire; el cazador adivinó el lenguaje de su "cucho". Ya se veían las piedras que sobresalían de lo alto de la loma del breñal. Se detuvo para trazar el plan maestro y, luego continuó por una ladera. De pronto estuvo detrás de una roca emparapetado, contra el viento, para que el tigre no descubriera, todavía su presencia. Y allí estuvo con su perro, amenazándolo para que estuviera quieto. Si entraba unos pasos más iba a quedar casi dentro de la madriguera, en donde vivía el gato. El rastrojo le iba a impedir ver con mayor claridad, y estaría en desventaja.

Largo rato esperó y ya la mañana se había espolvoreado por todas partes. Echar el perro era mandarlo a la muerte de una sola manotada del tigre.

Tranquilino, por el camino había pensado que la lucha

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

con el gato iba a ser difícil, porque el animal estaba espantado, y porque iba solo, sin compañero. "Cucho" lucía bien para correr venados, pero un tigre bravo era otra cosa. No obstante se enfrentaba decidido, dueño de sí mismo, sereno, sin experimentar el menor temor, dispuesto a jugársela esa mañana, con el terrible enemigo. Lleno de confianza, sabía que mataría al animal. Se le ocurrió entonces tirar una piedra, para hacer bulla . . . Nada de tigre . . . ya era de día. Se puso a pensar . . . el alcalde habría, de seguro, mandado al guardia a buscarlo. El guardia estaría llegando a su casa. En el pueblo la gente esperaría verlo entrar amarrado, como una vaca.

Tiró otra piedra, y oyó ruido adentro de la caverna que tenía a unos veinte metros de distancia.

Es posible que los mozos hubieran ido a su casa, también, tempranito, a buscarlo, para cazar el tigre, y llegando a la choza, se habrían hallado con el guardia.

—¿No han visto a ese Tranquilino del diablo? —preguntaría el guardia.

Voy a entrar —diría uno— si la escopeta no está, el hombre se iría al breñal.

Entonces los mozos arrancarían con sus caballos para acá, y detrás, vendría el guardia, con la boleta en el bolsillo.

En eso salió el tigrazo. ¡Qué bella pieza! Cosas del diablo, se sentó como un "micho", recogió el hermoso rabo y se puso a lamerse las manos. Afilaba las uñas. No quiso Tranquilino hacer el disparo. Cazador viejo, quería darse gusto mirando. Tan cerca tenía de si la muerte, más sin embargo, el hombre, recostado con la escopeta a punto de disparar, contemplaba al tigre, sin el menor temor, sin escalofríos, ni temblores en las piernas, como en sus mejores días de monteador, quince años atrás, cuando mató el último macho de monte, allá en la espesa montaña.

Los mozos vendrían a todo galope, detrás el guardia. Los muchachos de don Quinterito temían que Tranquilino se enfrentara solo a la bestia, porque sabían lo que era el gato. Había que hacerle "junta" con lanzas y machetes, para rematarlo en todo caso.

Y el guardia, empleado cumplidor, órdenes son órdenes,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

debía llevar a su hombre a la alcaldía. Pero "cucho" de repente ladró y dañó el plan. Saltó con toda su bravura de "conejero" diestro y el tigre de un solo golpe lo derribó. En eso, Tranquilino disparó . . . En realidad la cuestión fue al unísono: el perro ladró, saltó, corrió; el tigre se puso en guardia, le dio el zarpazo mortal. Tranquilino disparó, pero el tiro le dio tan sólo en la paleta izquierda; el gato malherido se afirmó en el suelo para saltar y abatir a Tranquilino.

Fue relampagueante la acción sucedida, arriba del breñal de los guarumos, cuando ya el día estaba claro como el papel. Pero el tigre al escalar hacia donde estaba el cazador, se trabó entre unas piedras filosas y las raíces de un higuerón. No pudo el hombre volver a cargar; blandió el machete que bajo el sol relucía como una centella. Allí muy bien plantado Tranquilino, con los ojos azules clavados en los amarillos de la bestia, esperaba el momento decisivo de la pelea. El tigre iba a subir, de todos modos, y bramaba rompiendo el raizal. Aunque estaba en desventaja, en la desesperación de su dolor y su bravura de animal salvaje iba a dar la batalla. En eso, aparecieron los mozos y advirtieron la peliaguda situación de Tranquilino. También venía el guardia con la boleta de citación. Los mozos gritaron. Tranquilino volvió la cabeza. Saltó el tigre. El cazador agitó el machete como un rayo. El animal, bajo el golpe, como que se detuvo. Tranquilino dio vuelta tras de un árbol. Dos hombres se acercaron con sus dagas. La bestia estaba acorralada. Uno de ellos se le acomodó por la parte trasera e iba a darle un machetazo en el espinazo.

—¡No! —gritó Tranquilino— no . . . ¡que me le daña el cuero!

Y al levantar el tigre la iracunda cabeza, el cazador le zampó el machetazo mortal, y la bestia empezó a desgajarse, como una rosa de sangre, en los estertores de la muerte.

Tranquilino se quedó mirando su presa vencida. Allá, su perrito degollado y los mozos que no salían del asombro.

El hombre limpió su machete, acomodó la escopeta y fue a ver el perro.

—¡—Pobre cucho! —exclamó.

El policía, después de la sorpresa, se acercó al tigre y dijo:

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

–¡Qué hermoso gato! Usted es el diablo ¿ah Tranquilino?

Tranquilino no dijo nada. Entonces el guardia acercándose, sacó de su bolsillo un papel arrugado: la boleta de citación y le dijo:

–Ya Usted sabe que tengo que llevarlo a la alcaldía, y que si se resiste, deberé amarrarlo. Allá lo están esperando Quinterón y el señor alcalde.

Los hombres se encargaron del tigre muerto y Tranquilino bajó seguido del policía. Al llegar a una ladera de difícil paso, Tranquilino dio un salto, cruzó velozmente al otro lado y empezó a correr . . . a correr como un venado . . . como nunca lo había hecho en su infancia.

Sentía venir, en el aire el chirrión de "Tío Tigre", siguiéndole los pasos, el guardia y los mozos, a caballo. Pero él corría más que todos los caballos. Huía por altiplanos nunca vistos, y daba zancadas estupendas, parecía llegar al fin de la bolita del mundo. Detrás lo seguían el alcalde, los códigos, con negras alas. Le parecía que iba debajo de la manta de una noche oscurísima, y que de lejos sonaban trompetas del juicio final.

La huerta era suya. Dios y todos los santos lo sabían. El sólo tenía un perro flaco.

De pronto, en su loca carrera se detuvo. Le parecía ser un mono solitario que imploraba al cielo cosas imposibles; porque todo, todo estaba contra él, el universo era muy grande, inconcebiblemente ancho. Se sentía simplemente como un frijol en la infinitud del mundo . . . y así, viéndose como pobre frijol, Tranquilino se despertó del sueño.

Había amanecido. Se restregó los ojos. Se incorporó. Hizo candela. Puso café en la ollita. Y allí estuvo esperando. Tomó la bebida y luego se puso, otra vez, como el día anterior a pensar ¿qué hacer: ir a la alcaldía o subir al breñal de los guarumos, tras del gato de Quinterito?

Al fin, tomó la escopeta, su machete, llamó a "cucho" y se fue, entre claro y oscuro, por el potrero, a cazar el tigre.

Santiago de Veraguas 1966

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El Gato

A Raúl Rolando Rodríguez

Nadie sabía de dónde vino. Era grande, negro de ojos verdes. De noche, en la oscuridad sólo se veía el rasgo de cocuyo diseñando palabras mágicas u obscenas, en el lenguaje de los gatos. Y hubo noches interminables y frías en las que Lurda, después de apagar las luces, desde la cama miraba en el rinconcito las dos brasas verdes, fijas; a veces restallantes hipnóticas; otras, pálidas y sonambulescas del animal despierto . . . despierto . . . despierto, que parecía rodearle la nuca a la muchacha, con la sierpe del pánico. Y por esta razón tuvo por costumbre dejar encendida una diminuta bujía, sobre la mesita de noche, que según cuentan, alguien la apagaba, al parecer, a eso de las tres de la madrugada.

El gato se acostumbró, más tarde, por requerimiento de Lurda, a dormir recogido entre los pliegues de las frazadas, o en el ángulo de las piernas y los muslos; o bien, a sus pies, y no pocas veces, según los meses fríos, justamente en el vientre, al amor de las manos que le acariciaban las orejas y la naricita, antes de que llegara el sueño a recoger las cosas.

Dicen que fue noche de lluvia, con granizada previa, turbulencia de vientos huracanados que cabalgaban aulladores de la cordillera: algo en el traspatio, como hoja de zinc suelta golpeaba y golpeaba. Varias veces se apagaron las luces

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

eléctricas y volvieron por los alambres, temblorosas chispas. Al fondo del patio maullaba la noche, o el gato.

–No es un gato –dijo ella– es la noche que llora, porque llueve.

El zinc tocaba para que abrieran. Luego el maullido anduvo rondando, y rondando; solicitando socorros imposibles a esa hora. –Pero la muchacha se echó sobre su desnudez y el calientito del cuerpo una capa de gamuza o de olvido y abrió la puerta, siguió por el pasillo y ajustó la oreja tibia en la pared y oyó a la noche llover y al gato. Y entonces dijo que era un gato. Abrió. Era la puerta antigua, de época de guerra. Por allí, al tratar de huir el oficial patriota, el siglo atrás, noche como ésta, sintió la puñalada de vidrio que le sajó la nuca. Y la mujer enviudó virgen en la misma ancha cama de nogal, negra del tiempo, donde ahora dormía Lurda.

La puerta tenía nombres grabados y marcas de generales que habitaron la mansión y ella la entreabrió, porque afuera maullaba el gato o mugía la noche.

–La noche no podría ser– exclamaba.

Al otro lado, el animalito o lo que fuera arañaba y arañaba, pero Lurda no lo veía. No podía captarlo, como luego se supo, porque era negro y la noche, esa vez estaba más pura que nunca, sólo de vez en vez salpicada de cristales de roca de la lluvia. Fue cuando, mirando bien y abriendo más la puerta, ella captó el par de ojos verdes de la pobre bestia maltrecha al saltar el muro, y huyendo de cosas y distancias fantasmales, o de lo que fuera . . . ¡pobrecito!

Vio que era un gato. Se agachó, tomó la criatura y la entró a la casa. Secándolo con la frazada, haciéndole cariñitos observó que tenía la mano rota y se la untó de amor y de calorcito. Lo condujo, vuelto un botoncito de montenegro, al rincón; le dio leche blanca de vaca tibia, y aceitunas negras, y le dijo cosas de cariño, compadecimiento y amor, que el animal no maulló más, y se quedó quieto como pedazo de rocío, pero sin cerrar los ojazos de gato. Así, al tenderse de nuevo, en su desnudez de geranio o de fuego, la muchacha, en la cama antigua, y al arroparse para matar el frío, con un restregarse de pies, de piernas, de muslos y mantas; ovillándose, acurrucándose; sola en el cuarto, en la casa de los

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

veinte cuartos, la mujer Lurda miraba el rincón, los tizones fluorescentes del animalito . . . Y el gato, la miraba a ella.

Afuera la lluvia empezó a desmenuzarse suave, lenta y suave. Adentro, los veinte cuartos, la muchacha rendida bajo el peso de los anchurosos ojos de color café claro. En los anchos ojos algo empezaba a desvanecerse, a liquidarse, a entregarse . . . la pequeña muerte del sueño le tumbaba la vida. El cuarto se fue llenando de suspiros hondos y más hondos, entre los rumores del subir de los senos celosos y recelosos que jugaban a fabricar pirámides y volcanes debajo de las mantas, mientras que en el rinconcito los círculos verdes de televisión, de semáforos verdes, de esmeraldas traspasadas de láser, de luciérnagas, no se escondían, ni se clausuraban y estaban allí fijos, como farolitos verdes que en la calzada, la llovizna se hubiera olvidado apagar.

Lurda bautizó el gato con un nombre: Lumbre. Le daba aceitunas; él las tomaba entre sus garras; tirándolas al suelo corría detrás de ellas, las atrapaba, manoteaba se acostaba y patas arriba hacía maromas. Al final, muy goloso, las comía.

Era un gato especial y Lurda lo mimaba. Lo quiso porque llegó esa noche tocando la casa de la lluvia con su hoja de zinc de los siglos pasados, tras la puerta, por donde, al huir el oficial patriota, sintió en la nuca la puñalada.

(Se comentaba que el padre de la virgen, el general de la guerra, para que jamás supieran del rumbo del enamorado oficial, lo enterró aquella misma noche, en el fondo del patio, junto al viejo pozo brocal de la familia, y nunca, nunca se supo de él, sino que se dijo que había ido a presidio por desertor, o que habría muerto en la guerra . . .).

Lurda lo fue queriendo, porque al llegar esa noche por la puerta del patio, el animalito fue mordiendo y espantando la soledad de los veinte cuartos de la casona, en donde vivía solita, con su cama, sus senos y sus frazadas. Por eso lo quiso. Y el gato la quiso a ella, porque lo recogió, le curó la manita y solía darle aceitunas negras. A veces las aceitunas parecían azules, pero eran negras, y de sabor entre ácidas y dulces.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Pequeñas peleas de juguete o de mentiras ocurrían entre el gato y la muchacha. Lumbre, con su disgusto de merengue, porque ella no le trajo aceitunas negras y Lurda, porque al dárselas o no dárselas, él le arañaba las manos. Y entonces ella pasaba más de quince días con los rasguños, o los garabatos del gato grabados en la piel. Reñía y le decía algunas palabras feas y no le traía aceitunas negras, sino pan con mantequilla que el gato no comía. Pero eso no era nada, porque resultaban ser cosas de gato. Pero en la medida que crecía el cariño y el amor, cuando ya le dio a Lumbre, en sus juegos locos de animal de espuma, por rasgarle las medias finas y transparentes, entonces sí que de verdad peleaban el dime tú que yo te diré y a no darle aceitunas, y hasta castigarlo con golpes. Porque, de verdad, no sólo rompía las medias, sino que hendía la carne rosa de las piernas de Lurda, que eran como mandadas a encargar de puro sólidas y elásticas y desnudas. Pero luego venía el arrepentimiento de ella y las zalamerías del gato, y de nuevo, una noche sí, otra noche no, el animal se quedaba acurrucado allí donde Lurda tenía su taller de sueños y de angustias. Algunas veces, ya se ha dicho, el gatito saltaba desde la cama, abandonaba a la amada Lurda semidormida y semidesnuda, y allá, con los ojos de azufre verde y abiertos se la pasaba toda la noche, toda la noche.

El cuarto parecía un cielo oscurísimo con dos estrellas vivas, caídas en el rincón.

Corría el tiempo y ya habían pasado las lluvias, pero seguían las noches rigurosamente y la bujía del velador justamente a las tres de la madrugada era apagada, sin que Lurda supiera quién lo hacía. Ella empezó a sentir miedo de los veinte cuartos vacíos, de la casona, de la noche y de muchas otras cosas.

Cierta noche fingió dormir para ver, al fin y al cabo, quién apagaba la luz, pero se durmió de verdad y no se dio cuenta. Otra vez hizo mayor esfuerzo y estuvo mirando al gato, y el gato, mirándola a ella con los faros verdes, impagables. A ratos se caía de la vigilia al suelo en donde estaba el sueño y volvía a levantarse. Despertaba a medias y decía: ¿En dónde estoy? ¿En dónde está Lumbre?

Y Lumbre estaba allí, en el rinconcito suyo, con los ojos

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Solamente el general ofendido conocía la entera verdad de su crimen, y la razón que lo llevó a anteponer sus intereses personales a la necesidad de ganar la guerra a los liberales; sólo él sabía de la puñalada vuelta rosales de sangre y chorros de claveles, que se fueron apagando hasta el fondo del patio, donde enterró el cadáver. Sobre el túmulo de tierra creció una fruta rara la cual según dichos de la vecindad, siglos después, brujas que allí vivieron hacían vino o chicha. Pero el parral se secó y sólo quedaba la puerta con letras grabadas a punta de puñales.

¿Quién contó a Lurda esas historias? Ella no sabía. De muy chica las había oído. Las supo de textos escolares, o todo lo tenía confundido en la cabeza. O, en realidad, nunca en esa casa de los veinte cuartos habían matado a un oficial por cosas de amores. Si eran los sueños o los gatos, ella tenía alguna duda.

Esperó la noche siguiente, y la otra noche. Una sí y otra no, de nuevo vio aparecer el hombre de labios anchos, pero entonces, ya no sintió miedo, porque el caballero al principio se dedicaba sólo a apagar la bombilla y luego se metía dentro del gato, cuando éste estaba en el rinconcito con los ojos abiertos. Después, si la veía desarropada, levemente con manos de lirios o de malva, como podría hacerlo realmente un gato, la cubría, le acomodaba el trigal de los cabellos, cerraba una u otra ventana abierta; si el frío crecía, encendía el calentador y nada más. Ella volvía a caer en la espuma del sueño perseguida de besos en la frente, como mariposas tibias, o gatos azules y amatista.

Primeramente los besos fueron en la frente, apartando las espigas de los cabellos, y según las noches pasaban, bajaron por los ojos, cerrándolos. Más tarde los besos, uvas ardientes o palomas de fuego, llegaron hasta la boca madura, y ella se despertaba, porque sentía ahogarse, evaporarse, trasmutarse, sin poder zafar la angustia que estallaba en sus senos, haciendo temblar toda la noche de los veinte cuartos, con sus quejas y suspiros y movimientos. Rígidos los muslos, más tarde suaves, laxos, hasta cuando la figura del hombre desnudo que tenía casi estrujado entre sus brazos se iba resbalando bajo las frazadas, y entre los malos pensamientos de sus labios,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

verdes encendidos, mirándola. Ella volvía a desgajarse del sueño o de la vigilia, y en este andar, envuelta en las frazadas, juntando los muslos para arroparse toda por dentro, las manos entre ellos, entrelazadas, haciendo ángulos su cuerpo, la cabeza envuelta en los cabellos pardos o dorados, de sus trigales de pelos que caían sobre la frente y empañaban los ojos; esa cabeza de Lurda sobre la almohada, sus ojos de café claro mirando al gato y a la bujía; la boca, en un intento de cerrarse y abrirse; más bien entreabierta como fruta, en eso iban a dar las tres de la madrugada, porque de lejos, la campana antigua de la torre vieja, sonaba igual que en los tiempos de la guerra, cuando asesinaron al oficial . . . en eso dicen que Lurda vio surgir entre luces lejanas y morigerantes, del bulto en donde debía estar el gato Lumbre, la figura desnuda de un hombre pálido, pero hermoso, que avanzando con pies de gamuza o de polen, se acercó a la lamparita, la sopló con sus labios anchos, coronados de negro bozo y se apagó.

Súbitamente rasgó su grito ella; prendió de nuevo la bujía . . . Al fondo, en el rinconcito, sólo el gato y nada más que el gato. Se incorporó temblorosa sobre la cama; estuvo así sentada con los senos entre las manos y el trigal de cabellos sobre la frente; la boca hecha de chispa, los ojos pardos o café, abiertos como el mundo, mirando a su gato Lumbre, sin atreverse a razonar si era el gato o el hombre, porque entonces, le iba a dar pánico de los veinte cuartos solitarios. En tal forma estuvo Lurda, la pálida de miedo y no durmió ni un centímetro más de su frazada, y se puso el pantaloncito rosa, y el corpiño lila, hasta cuando decidió levantarse, tomar el gato Lumbre en sus manos llevarlo consigo a la casa, acurrucarlo debajo de las mantas, en el regazo de sus muslos tibios y espantados, y así, estatua y mujer, la hallaron los jazmines de la mañana y los pajaritos blancos.

Todo el día lo pasó Lurda pensando en el hombre de los labios anchos y negro bigote.

—¡—Diablos! —se dijo, riéndose de sí misma— ¡sin son los sueños . . . sin son los gatos, sin son los sueños! Pero ¿quién apagaba todas las noches la bujía de la mesita?

Los cronistas de la guerra nunca supieron ubicar el destino del oficial. Y la virgen aquella murió virgen intocada.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

resbalando y resbalando, hasta que se metía en el caracol del gato Lumbre, que asido por las manos exánimes y derrotadas se arrebujaba, perezoso, en el regazo de las angustias, en donde Lurda, lo hacía dormir cuando hacía frío. Y era la hora en que se apagaba la bujía y se escapaban los ruidos con las sombras.

Por las mañanas Lurda tenía su cuerpo rasgado de arañazos sutiles y rosados, pero no le daba susto, porque sabía que Lumbre era tan malo. En el baño ella pasaba las yemas de los dedos por los rasguños, desde el origen de toda su geografía, hasta el punto donde se cruzaban los caminos, y los curaba con salivita tibia y salada y con jabón de olor y agua transparente. La tina donde se bañaba estaba llena de amor.

Sin embargo, fue motivo de riñas, el que Lumbre, caprichoso y juguetón, algunas noches no quisiera acurrucarse en la cama de Lurda, sino, pasar las horas allá en el rincón. Entre ella y el gato crecían metros, kilómetros de distancia. La muchacha, su cabeza de oro sobre la almohada, de soslayo miraba la perspectiva hacia donde huían los ojos verdes del animalito: lejos, lejos, lejos... Por allá, por el empezar del mundo, a eso de las tres campanadas de la vieja torre de la iglesia aparecía, pequeñita la figura del hombre de los labios gruesos, como luciérnaga desnuda, que empezaba a caminar hacia ella, caminar, caminar y caminar, y no llegaba nunca. Y por eso al día siguiente Lurda no le daba al gato sus aceitunas negras.

En las sucesivas noches, por tales razones, lo ataba a una cadena de cariños y de amenazas, en la cama, y así pasaban muchas noches y ya no era necesario encender la lamparita, porque el miedo se había fugado por entre las tablas viejas de los veinte cuartos del tiempo de la guerra y toda la casona se llenaba de rumores pálidos, de palabritas cortas, de conversaciones interminables, de cosas de amor y de guerra, como de amantes de verdad, y como de fantasmas.

Desde entonces ya no se dormía de noche. Al amanecer, con las primeras chispas, el caballero desnudo se desataba de los brazos de Lurda y se metía en el gato. El día hallaba a Lurda dormida bajo el trigal de sus cabellos; o con el gato entre los brazos, sujeto a su cuello, o bajo las frazadas, junto a sus pies, recogido como ramo de gladiolos negros.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Pero dicen que una noche sonaron las tres campanadas y el caballero del gato no salió de adentro donde vivía. Entonces Lurda encendió la bujía y vio junto a sí sólo el gato despierto con los ojos de azufre. Y pasaron noches y noches, y ya la muchacha no amaneció con los rasguños y esta desesperación que le azocaba la lengua y las puntas de los senos estalló la mañana en que descubrió que Lumbre no estaba con ella, en la vieja cama de nogal, bajo las mantas, ni en el rinconcito, ni en los veinte cuartos, ni en el patio, ni sobre los muros, ni en los techos vecinos, ni en ninguna parte . . . y lo llamó . . . ¡- "Lumbre . . . Lumbre. . . Venga Lumbre, Lumbrita, mi gato, venga!"– . . . Y el gato no apareció ese día, ni en la noche, ni el día siguiente, ni la otra noche, ni después de veinte noches, ni nunca, jamás volvió Lumbre.

—Lumbre, ¡Lumbrita . . . mi gato lindo, venga, sí mi vida, mi muerte, venga! . . .

Así se quejaba Lurda en su camisón verde, o en su camisa azul transparente, de noche, desnuda de pies, con su trigal de cabellos derrotados, como lluvia sobre su frente, derramándose, con los ojos café tibios y mojados de la angustia; lloraba y lloraba.

Pero el gato negro de los ojos verdes, el tal Lumbre, así como vino, se fue quién sabe a qué hora. Y dicen que la pobre mujer lloró de seguido muchos días en su cama fría, sin gato y sin nadie.

Pero una noche se decidió; buscó en el cuarto del depósito de la casona la piqueta herrumbrosa del tiempo de la guerra. Caminó bajo su camisa de nieblas hasta el fondo del patio. Al lado del pozo brocal; a cuatro metros, según la historia, empezó a abrir la tierra vieja del parral, donde el General enterró al oficial enamorado, para que nadie supiera de su crimen. Cavó y cavó toda la noche, toda la noche; solita. Soltó la torre sus tres campanadas. Siguió ella en su empeño, fatigada de rocío; cavó y cavó. Y cuando, al fin los pajaritos traían muerta de risa la mañana, escarbando en lo profundo, tras de levantar una lámina de olvido o de sombras, Lurda halló el cuerpo frío y palido del gato muerto.

Santiago de Chile 1971

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

El Hombre de Catival

A: René J. González

Tres meses después de haber llegado a la Isla Penal de Coiba, de la barraca hedionda en donde me habían metido con un centenar de reclusos, me sacaron a vivir en un ranchito. Iba destinado a realizar junto a otros presidiarios que sufrían largas condenas, tareas de mayor responsabilidad en el trabajo carcelario.

Fue allí en donde hallé a un veterano de la mansión, quién había cumplido diecisiete años de la pena de veinte que le impusieron, acusado de haber asesinado a su hermano, por cuestiones de tierra.

—Aquí en Catival pasan muchas cosas —me decía el viejo— y ya que usted es nuevo por estos lados, le voy a contar varios hechos que no son cuentos ni historias leídas, sino las puras realidades de esta isla. No me creerá usted, mi amigo, pero un tal Blas Pérez, que pasó buen tiempo aquí y creo, ya murió —que Dios lo tenga en la gloria— éste hombre, le digo, tenía pacto con el diablo . . . Yo lo creí siempre y lo sigo creyendo, aunque él me lo negaba mucho. Había también otro colega, llamarse Castillero. Era cuando yo trabajaba en el trapiche; él sabía bastante y me quiso joder, pero no pudo. Yo no sé nada. No me gusta entender de cuestiones malas. Bueno, para decirle que resguardos, sí los tengo, por-

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

que aquí hay que andar bien provisto. Yo una vez me aprendí la "oración del sol para la muerte" . . . ¡uj! . . . podía matar a quien se la echara, pero no . . . eso no es bueno, y a mi me la estuvo rezando aquel Castillerito . . . fue por el puro gusto; no pudo hacer nada. Sabe, un día le dije: –Bueno, Castillero, yo he tenido noticias de que usted me está rezando . . . Si me quiere matar, saque su machete, pues los dos somos hombres y por algo estamos en la Isla.–

El hombrecito, así era de chiquito y de malo, se me quedó, ojo conmigo, y después me contaron que él había dicho que, en verdad, me estuvo rezando por mucho tiempo, pero yo tenía resguardos, y consideró que era mejor dejar esas vainas, y al parecer, así fué. No señor, ¿saber cosas malas? ¡no! Fíjese, la "oración del sol para la muerte" se me olvidó todita, y sin embargo, cosas del señor . . . le puedo recitar la "oración de la virgen del Carmen" . . . Le diré, además, aunque usted no me lo crea, que yo me he encontrado, varias veces con el diablo, en persona, en esta Isla . . . Sí, amigo, yo lo he visto y he tenido propuestas de su parte. Cosas muy buenas, por cierto, como fugarme del penal, sin que nadie me viera, navegando en una barca invisible . . . oiga, pero tenía serios compromisos. Y yo, para que usted lo sepa, siempre he sido muy cobarde. Sí, ese crimen que me achacan, eso no fue como lo cuentan . . . que yo dizque lo aguaité y le metí diez puñaladas a mi hermano . . . ¿Yo? Eso no lo quiero recordar, pero son cuentos. Y estoy aquí por el puro gusto de los que me condenaron; pero dejemos esa historia . . . Lo cierto es que el diablo habló varias veces conmigo y no acepté. Era así, alto, moreno él, de ojos verdes pero medio enrojecido, y con olor de azufre.

Pero yo estoy aquí limpiamente, ¡ay si me hubiera escapado en aquella barca de cristal! . . . "Es una barca invisible, transparente" me decía el diablo. "Llena de plata y oro, y te vas para otros mundos, a vivir la vida de los ricos con mujeres y vinos" . . .

¡Oiga usted, como me quería ganar! Pero ya estoy terminando esta pena, solo me faltarán unos tres añitos; ya no son nada. Y tengo algún dinerito, porque siempre hice tabacales en la Isla, aunque aquel sargento, hijo de la madre,

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

me pidió prestado casi la mitad, y luego se largó. Bueno, padeciendo y esperando, en fin, estoy en las puertas de la salida, sin trato invisible alguno.

Era de noche, el viejo presidiario encendía su tabaco; el fósforo iluminaba su rostro blanquecino y delgado; la nariz larga y astuta, los ojillos penetrantes.

—Blas Pérez, —continuó— sí tenía trato con el "hombre", aunque me decía lo contrario, que era yo el que tenía tratos y convenios . . . Yo le quiero contar, joven, que aquí la vaina más jodida es la falta de mujer; sobre todo para quien es hombre entero y ya ha conocido la suya. Se sufre mucho. No voy a hablarle de lo que otros le habrán dicho a este respecto. Puesto que no hay mujeres en este penal, aparte de la del señor capitán, los guardias y los confinados andamos como caballos . . . Y por otro lado no sabe usted la cantidad de maleantes que se han vuelto maricones, allá en las barracas, en donde viven . . . Yo me dije: te echaron veinte años sin derecho a rebaja de pena . . . y para mi eso fue la vida y la muerte. La vida y la muerte van juntitas, ¿ya oyó? A veces la muerte es la vida y la vida es la muerte . . . Para mí, yo le dije: ¡olvídeme de todo, señor! Y así fue. Los primeros días, sin embargo, la cabanga: tristezas, dolencias, sabe . . . porque mi mujer, decía ella, estaba desconsolada sin mi; de saber que me había perdido . . . veinte años eran veinte siglos; así decía . . . Pero cosas de la vida, muy pronto las cartas dejaron de llegar. Eso me llenó de celos mezclados con amarguras. Fueron los días más perros de mi vida, porque, por otro lado, comprenderá señor, que yo tenía poco tiempo en esta penalidad y no podía hallarme, no podía dormir. Estaba así, como paja seca, con el pecho de aserrín. En realidad yo todos los días quería que me picara una víbora, o que me matara un rayo para salir de eso . . . Y un día recibí la noticia de que mi mujer se había ido con otro. Esa noche lloré; se lo digo sin pena, lloré como un pobre tonto, sin esperanzas en este mundo. Saber que tenía veinte años de cárcel por delante; que la mar era ancha y no podía jugármela para huir de aquí; que yo era tan sólo una simple criatura humana abandonada en el océano de lágrimas . . . Oiga, muchos hombres lloran en la prisión, no de cobardía, se lo digo; pero lloran como niños.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Bueno y después de aquella noticia que la recibí con algo de duda, todo quedó claro, no supe más de la dicha mujer, nunca más, hasta la fecha, y me dije: para mí, se murió.

Yo luché por olvidar eso que era duro de olvidar en esta soledad. Y así fue. Me hice cuenta de que el penal era como mi pueblo, mi caserío; que aquí me habrían de enterrar, como a tantos otros que murieron de viejos, o mordidos por la culebra, o por la mentada Ley de fuga, de un tal sargento llamado "Carbón", con el tiro en la nuca . . . Pero para no cansarlo y volviendo al asunto, le digo yo que por esta necesidad de mujer, muchos se han vuelto brujos, aquí en Coiba.

Hay gentes, hoy en día, que por la noche dejan el cascarón en el rancho, alzan el vuelo y se van, como decir a Veraguas a Chiriquí, y hasta Colombia. Ya cuando la madrugada clarea, regresan las almas y se meten, de nuevo en sus cascarones, para estar los hombres listos a la hora que suena el pito para levantarse. Y Blas Pérez, fue uno de los que un día casi llega amaneciendo, porque su alma andaba por un baile que había en la costa. Allá en Pixbae se puso a beber guarapo y cuando menos acordó, el hombre acató de ver que estaba llegando el día y pegó el vuelo para acá. Ya la gente estaba levantada y trabajo le costó, de no ser por mi ayuda, borracho como venía . . . Oiga, porque el cascarón, la muda queda acá y usted mira y dice: ¡allí está un cristiano dormido, pero que va! Acostado, gozando con su mujercita o con su querida en tierra firme; allá, mire es en donde está a esa hora. Y yo he visto eso, créamelo. Blas Pérez vivía en un rancho, al frente del mío. Una noche siento yo una conversación, cosa rara, voz de mujeres, y me puse a pesquisar . . . Resulta que era la mujer de Blas, con su hija y una sobrina que habían venido volando a visitarlo. Palpablemente, amigo, que yo oía a las mujeres, al otro lado y Blas que les contestaba. No le quise decir nada al hombre para no molestarlo. Otro día, sin embargo, oigo de nuevo a las dichas mujeres voladoras que llegaban, con una sobrina, llamarse Margarita. La tercera noche siento que me jalan la manta, y le digo yo, entonces, al día siguiente a mano Blas: oiga Blas yo estoy conociendo que a su rancho llegan de noche algunas gentes . . .

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

–Bueno sí, me respondió.– ¿Dígame, y esa jalada de manta que me pegaron anoche, eso que fue? –Ajá, me dijo reído, tal vez fue la Margarita, la sobrina, que quiere tener amores con usted.

Pero sabe, todas esas son cosas del demonio y yo no me dejé enredar. Aunque para decirle verdad, Margarita siguió llegando, y el recuerdo de la voz suya me fue arañando las telas del corazón; eran vainas de Blas Pérez, que me quería llevar para el partido del "malino". –

Era ya tarde, en la noche de la isla penal de Coiba. Una sola estrella parpadeaba muy lejanamente en la curvatura de la soledad. Truenos y centellas, por allá, quién sabe por dónde . . . De cerca, la rutina del mar, su agua verde golpeando las arenas y los arrecifes. En mi corazón, apagados latidos de hombre fiera. Quise al instante tener pacto con el diablo, fugarme y volar a tierra firme o irme en la barca invisible . . . y dejé el rancho, salí huyendo hacia el mar.

–Blas Pérez . . . Blas Pérez– . . . grité con toda la fuerza. Entonces, de las olas surgió aquel marinero.

–¿Es usted el señor Blas Pérez? . . .

–Yo soy Blas Pérez, a su mandar.

Pero entre el sordo murmullo del mar oí: –"Se fuga, alla va . . . ¡Alto! . . . –y un tiro de carabina traspasó la noche. Caí. Venía un pelotón de guardias.

Blas Pérez, me tomó en sus brazos . . . Pronto sentí dejar, sobre la orilla la muda, la cáscara humana, y empecé a volar, a volar hacia la costa, para hundirme en el transparente lecho de mi amada.

Panamá, cárcel modelo, 1954.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Galápago en su Concha

Para Augusto Fábrega.

Comer comida. Carne si pudiera ser; carne seca, salada, ensartada en un chuzo de rama de guayabo, que le da su gusto; recostar el palito entre las piedras del fogón, sobre las brasas. . . El filo de la carne, chorreando la mantequita. Si fuera posible un algo de arroz blanco y frijoles colorados con culantro, y plátano pintón, igualmente asado en el braserío . . .

Un hambre vieja, así, de muchos días . . . Uno habituado a comer, por esa maldita costumbre de la gente. Podría ser, en todo caso, "peje". Digamos: macana o sardina, también secas; fritas, que charrasquean en el diente, y una taza de café negro; de café molido en la casa.

Uno se acostumbra a comer que después, si no lo hace, parece que la vida se termina, y cualquier cosa, de sólo imaginarla, relacionada con comer, a la hora del hambre, produce desasosiego: un huesito de gallina, "concolón" del arroz, no importa que ya esté en la basura.

Esta era un hambre de gente caminante que anda por un sendero largo y espera que al llegar a la primera choza, alguien le diga, amorosamente:

—¿No quisiera usted probar aunque sea un caldito de paloma? Y uno, con esa cara de burro desdichado, orgullo

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

por medio, como que pide, implora con la blanca pepita del ojo, pero sin atreverse a rogar.

Ahora que podría ser chicheme. Un buen chicheme espeso, con el propio dulce del maíz. El chichime da fuerzas. El hombre puede vivir tan sólo de chicheme, como las vacas viven de la pura paja. El pifa; pifa conocido . . . Sí, irle quitando con la uña, cuidadosamente la cascarita roja amarillenta; suculento pifa rayado. Y luego partir la yema en dos, ver brotar el cuesquito negro; partir el cuesco, porque adentro tiene su néctar blanco, chuparlo. Desgranar la masa del pifa en la boca; paladearla, ensalivarla para ganarle el gusto a vida. Comer pifa (o pixbae para decirlo más sofisticadamente) es como comer huevo pasado por agua, duro.

Y cuentan que el indio Zapato Bugué tenía un hambre así, de varios días. Aunque él sabía aguantar, porque era su oficio, de subhombre, en los tiempos generalmente malos para la indiada de la sierra. Dicen que para resistir con mayor ventaja, en esos apuros, el indio duerme. Así en el sueño como que la vida pasa y uno queda; o como que el devenir es más lento y la respiración más larga.

Y Zapato Bugué en los peladeros de la cordillera, en las sequías agotadoras dormía largos trechos del tiempo, o perseguía de día animalejos y musarañas, por las cañadas resecas; cualquier cosa comía . . . Pero eso era antes, cuando simplemente era indio. Ahora Zapato Bugué había dejado a los pueblos, en busca de salarios y ya empezaba a civilizarse y a aprender las cosas de la gente "civile", como decía el alcalde. El alcalde de aquel pueblecito pegado a los estribos de la cordillera guaymí dijo, cuando el censo pasó por allá, lo siguiente:

- Bueno, por acá, gente hay poca, indios sí hay bastantes.

De modo que Zapato Bugué metido a mozo de las vaquerías, o peón de las cosechas de café, o machetero de los ingenios había aprendido las ventajas de los ciudadanos, de las gentes y tenía sus malas mañas de comer tres veces al día. Y ahora andaba por allí, metido en sí mismo, con sus afilados ojos, las manos vacías; callado, sin solicitar, ni pedir; en el ejército de los desocupados; indígena con dignidad, timidez, orgullo y miedo.

Y tenía hambre porque no había podido colocarse en

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

aquel pueblo y tampoco en el otro a donde fue, caminando, al estilo de la raza, a pie, y no sabía por qué en los pueblos no había trabajo ni nadie daba nada por nada.

Y andando y andando, como dicen los cuentos viejos, se dirigió a la pequeña aldea siguiente. Entonces sintió, de verdad la mordedura del hambre. Pensó en asuntos posibles y en los recuerdos: plátano sancochado, conejo asado, chicheme . . .

Pero el camino tenía de lado y lado solamente cercas, paja seca, ganado flaco. Si hubiera visto una vaca parida, la habría ordeñado a la fuerza, porque una vez trabajó de vaquero y conocía ese truco, pero no había tales vacas, sino puros toretes de engorde.

Y así fue como llegó a la entradita de la aldea, a un lugarcito fresco de viejos árboles de mango y grandes piedras negras, redondeadas. Allí Zapato Bugué se echó a dormir para no sentir las puñaladas del hambre en la barriga. Esto sí era hambre y no cuentos de restaurantes. Pero no pudo agarrar el sueño; se incorporó, y recostado en una piedra observó la curvatura cruel de su mundo.

Y tuvo suerte Zapato de hallar a unos chiquillos que regresaban de pajarear y llevaban, jugando, como pelota de fútbol, un pequeño galápago o tortuga de llano.

Cuando el indio vio el galápago rebotar de mano en mano sintió desesperación y quiso pasar por encima de su prudencia, caer en el grupo de mocosos y arrebatarles la presa. Pero se quedó quieto observando con ansiedad, fijamente, con los afilados ojos, el movimiento de los chicos. Los muchachos comprendieron la desazón del hombre. Dejaron el juego, lo penetraron con sus miradas de pelados curiosos de los poblados que acostumbran en su fantasía de película, ver en cada indio un mundo de misterio.

Zapato Bugué no sabía cómo implorar, pedir, solicitar el galápago, pero al momento los niños perdieron el interés en el pobre bicho y lo abandonaron.

Zapato, cauteloso, dejó ir a los muchachos, y como robando tomó presuroso el animalucho. Lo sopesó y apuró el paso hacia la primera casa. Allí estuvo sin decir nada hasta cuando le preguntaron si deseaba algo.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

Glosario de los regionalismos usados en este volumen

A

a la pedrada: moda del sombrero panameño, con el ala delantera levantada hacia atrás.
adolenciados: entristecidos
agua en la azotea: estar loco
añingotarse: colocarse en cuclillas.
arroceros: pajaritos pequeños

B

balo: árbol que se usa para hacer cercas
balsas: alguna madera liviana que queda después de realizar la quema del monte.
balso: madera muy liviana
balseo: recoger las balsas para terminar de quemarlas.
biombo: tipo de honda hecha con ligas de caucho y una horquilla de madera.
barrigón: árbol grande de tronco verde en forma de botella.
bujo: bebida fermentada, hecha de miel de caña.
barajustaste: de barajustar, huir.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

-Fósforo, présteme un fosforito señora-.

Le dieron los fósforos; se fue al fondo del patio, recogió ramitas secas; puso tres piedras; hizo candela, metió más ramas. Cuando ya ardía bastante sobre las piedras colocó el galápago, patas para arriba, como una olla. El se acuclilló pacientemente y empezó a atizar el fuego y a soplar para que diera más llamas. El galápago sacaba y metía desesperadamente la cabeza de entre su recia caparazón; igual hacía con las patas, casi aletas. En esa agonía estuvo. Zapato buscaba más leña; volvía a "añingotarse"; otra vez soplaba con mayor fuerza. Poco a poco las patas y la cabeza del animal se rendían y cuando ya no salieron más de adentro del cocinado, el hombre desatizó el fogón, sacó el animalejo de las tres piedras; dejó enfriar un poco, y luego con arte viejo fue quitando la cáscara de arriba, para comer con gusto y voracidad el sazonado galápago en su concha.-

Ciudad de Panamá, 1973.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

E

espaveces: árboles coposos y grandes.

F

fulito: blanco, rubio.

G

galápago: tipo de tortuga.
gandules: frijoles de palo, guandúes.
gallote: gallinazo.
garrotillos: látigos.
guarumos: árbol de madera liviana, yagrumos.
guarapo: bebida fermentada hecha de miel de caña.
güeveta: guevón, boludo.

J

japiaba: de japiar, hacer un tipo de grito, para desafiar al contrario; usado mucho en los trabajos colectivos: peonada, juntas, y fiestas.
joda: la molestia, joda del trabajo, la dificultad.
jondeaba: de jondear, echar.
junaputas: hijo de puta.
junta: trabajo voluntario, colectivo.
juye: de huir, huye.

L

lagartillos: árbol de hojas menudas.
leñera: golpiza dada con madera, con garrotes.

M

macana: tipo de pez de río, delgado y alargado.
macano: árbol de madera dura.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

C

cabanga: tristeza, melancolía, saudade.
cacicongo: tipo de buitre, más grande que el gallinazo.
cantadera: encuentro de cantadores de mejorana: décimas.
camarón: trabajo eventual.
caracucha: flor de un arbusto; de color rojo, blanco, lila.
carates: árboles utilizados para hacer cercas.
carricillo: un tipo de cañaza muy delgada.
cerbulaca: maleza muy común.
cigua: árbol de flor muy olorosa.
coco de agua: vasija hecha del fruto del calabazo.
cocorito: mochuelo.
conga: levadura para fermentar el guarapo o bujo.
concolón: el arroz que se adhiere al fondo de la paila, al ser cocinado.
cotona: camisa rústica de tela de algodón; derivación del inglés: cotton.
cuadrado: ser cuadrado, castigado en la jerga militar.
cucho: perro o nombre de perro.
culebronas: deudas, o los acredores que cobran.
cuencón: con los ojos nadando en las cuencas.

CH

chicotear: azotar.
chicheme: bebida hecha de maíz pilado.
chiflado: loco.
chinchorra: hamaca rústica.
chingo: pantalón corto.
chiro: trabajo eventual.
chirrión: vergajo.
chivato: diablo en forma de chivo o venado.
chumico: arbusto de hoja rasposa que se usa como lija.

D

dientúa: la muerte.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

malino: maligno, el diablo.
matillo: arbusto que se utiliza para leña.
micho: gato.
miguito: poquito.
mocha: machete recortado.
motete: jaba hecha de bejucos.

N

nojordá: no es verdad.

Ñ

ñapa: llapa.
ñiblinera: neblina.
ñopería: los blancos, los ricos, la aristocracia de los poblados.

O

octubrera: llovedera.
ombé: hombre; usado como exclamación.

P

pagaban el peón: de pagar el peón, pago en servicio.
pájaro brujero: pájaro de color sucio y canto agorero.
paquetazo: meter en una urna más votos que el número de votantes; abrir ilegalmente la urna y cambiar los votos.
panamá: árbol parecido a la ceiba, de donde se dice se originó el nombre del país Panamá.
pegarle un plomo: solicitar dinero prestado con miras a no pagarlo.
pelado al coco: al rape.
pelaito, pelao: niño.
pele el bollo: pelar el bollo, morirse.
peje: pez.
perchona: persona con bocio.
pifá, o pixbae: deliciosa fruta de una palma.
pindines: bailes populares con música típica.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

pollera montuna: traje campesino de labor, ya en desuso.
por venticinco: entonación de la guitarra panameña.
punto montijano: un son de la música folklórica panameña.

Q

quema: método primitivo de preparar la tierra para la roza.

R

rabiblancas: rabiblanca, una paloma parecida a la torcaz, se aplica el término a los aristócratas y burgueses.
rabiadera: jugar halándole el rabo a las terneras, acción realizada desde un caballo.
rajadero: lugar donde se raja la leña.
raspadura: panela.
rejo: dar rejo, castigar con látigo de cuero.

S

socavonera: guitarra panameña de 4 cuerdas.
sombrero de cogollo: sombrero de paja de toquilla; blanco.

T

totuma: vasija hecha del fruto del calabazo o totumo.
tuco de balso: pedazo de madera de balso.
tula: vasija hecha de una fruta parecida a la calabaza y que se usa para cargar agua y conservar la chicha o el guarapo.
tulivieja: personaje de la leyenda que anda por las quebradas en busca del hijo perdido.

V

vaina: asunto, cualquier cosa u objeto.
vidajenear: andar pesquisando la vida ajena.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA
3 4189 00019 6759

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.

ISBN 9962-608-01-5

BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.